

Introducción - El fundamento de la verdad

Siete grandes verdades

Capítulo 1 - ¿Dónde encuentro la Verdad?

¿Dónde encuentro la verdad?

¿Quién, ante la pregunta: “¿te gusta que te engañen?”, respondería: “sí”? A todo el mundo le gusta saber la verdad. Es natural que los humanos lo busquen. Desde que nacimos hemos buscado conocerlo. Desde los niños hasta los ancianos, desde los chinos hasta los estadounidenses y los brasileños, todos tienen el mismo deseo: saber la verdad. Es similar a la motivación de los animales para buscar comida. Se despiertan y van a buscarla. ¿Quién lo puso? Un breve ejemplo nos permitirá responder a esta pregunta. Cuando vemos coches circulando por la calle, notamos que todos tienen cuatro ruedas. Porque lo tienen ellos? Porque el fabricante los planeó y construyó de esa manera. De ahí entendemos nuestro caso. Todos los seres humanos tienen el deseo de conocer la verdad porque Dios, su Creador, la puso en ellos.

Dios planeó que el deseo de todos los hombres fuera satisfecho a través de un Ser, una sola persona. Jesús dijo: “Yo soy... la verdad” (Juan 14:6). Él es la verdad en persona. Por tanto, el deseo que Dios ha puesto en todos de conocer la verdad es el deseo de conocer a Cristo. Por eso, la Biblia lo llama “el Deseado de todas las naciones”. (Hageo 2:7). El sabio escribió: “Su palabra es muy dulce; sí, todo él es deseable” (Cnt. 5:16). Pero la gente no lo sabe. Siempre buscan la verdad, sin saber en quién está. Entonces, Dios ordenó que se predicara el evangelio, las buenas nuevas, al mundo entero, diciendo: “¡El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros!” (Juan 1:14). Predicar el evangelio es una manera de decir: ¡Oye, el que buscas ya llegó a ti! Él es Jesucristo, el Señor. Él dijo: “el que a mí viene, no tendrá hambre; y el que cree en mí no tendrá sed jamás” (Juan 6:35). Él es el único capaz de saciar el hambre de verdad de todos los seres humanos. Él es “el hombre que os ha dicho la verdad que oyó de Dios” (Juan 8:40).

Si usted es partidario de alguna filosofía religiosa que no tiene a Cristo como centro, puede pensar que estamos siendo demasiado entusiastas en nuestra presentación de

Cristo y su capacidad para satisfacer nuestras mayores necesidades. Sin embargo, una breve consideración de Sus obras ciertamente mostrará que este no es el caso. Juan el Bautista una vez cuestionó si Cristo era o no el Deseado de todas las naciones. Le envió a sus discípulos con la pregunta: "¿Eres tú el que debe venir o estamos buscando a otro?" En respuesta, Jesús "inmediatamente sanó muchas de sus enfermedades y males y espíritus malignos; y dio la vista a muchos ciegos. Entonces Jesús respondió y les dijo: Id y contad a Juan lo que habéis visto y oído: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos resucitan y a los pobres se les predica el evangelio. Y bienaventurado el que no se escandaliza en Mí" (Lucas 7:20-23). ¡Cuánto sufrimiento alivió Jesús, cuántas cargas le quitó a la gente! Una vez, al salir de una sinagoga, "le acompañaba una gran multitud del pueblo, y él los sanó a todos" (Mateo 12:15).

¡Qué día tan memorable para quienes vivían en esa ciudad! Ya nadie necesitaba ir al hospital ni depender de medicamentos; Ya nadie cojeaba con bastón ni caminaba con muletas. Su alegría era ver a la gente feliz. ¡Qué maravilloso fue estar al lado de este Hombre! ¿Y qué cobró Él para hacer todas estas obras maravillosas? Que crean que Él era capaz de hacerlos. Dijo: "al que cree todo le es posible" (Marcos 9:23). Todos los que creyeron en Jesús como el único conducto de bendición, amor y poder de Dios recibieron gracia.

Quien estaba al lado de Jesús sentía que el Cielo había bajado a la tierra para bendecir a los hombres. Aunque era humano, no parecía agobiado al tomar sobre Sí el peso de sus preocupaciones y cuidados, sino que dijo: "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar" (Mt. 11). :28). Finalmente, como registran las Escrituras, Él dio Su vida por nosotros, tomando nuestros pecados y el peso de nuestra culpa sobre Sí mismo. Oró por aquellos que lo crucificaron, diciendo: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen" (Lucas 23:34). ¿Qué hombre puede compararse con Él, que hizo tan grandes obras y demostró un amor tan desinteresado? Todo aquel que evalúe imparcialmente los hechos podrá decir: "nadie". Ningún hombre que haya vivido jamás en esta tierra se ha acercado a hacer lo mismo. Las obras de Jesús nos dan la certeza de que fue enviado del cielo, demostrando un amor desconocido por los hombres, que tiene su origen en Dios. "El que me ha visto a mí, ha visto al Padre" (Juan 14:9). Y "Dios es amor"; "El que no ama no conoce a Dios" (yo Juan 4:8). Creemos sinceramente que todo ser humano quisiera tener a su lado a alguien así, que le ame de forma sincera y veraz, desinteresada y altruista; quien sinceramente busca ayudarlos y verdaderamente bendecirlos. En un mundo donde, por todos lados y mediante diferentes métodos, los hombres buscan utilizarse unos a otros, como objetos, para lograr sus fines egoístas, todos anhelan tener la compañía de alguien que tenga el carácter manifestado por Jesús.

Una vida al servicio de la humanidad

De todas las obras que hacen de Jesús el Deseado de los hombres destaca una: Su muerte por nosotros, en la cruz del Calvario. ¿Por qué fue sacrificado? "Para que por la muerte... librara a todos los que por temor a la muerte estaban sujetos a servidumbre durante toda su vida" (Heb. 2:14). El miedo más profundo del hombre es el de la muerte.

Como dice el texto, afecta a todos. Ahí radica la base de la ansiedad humana. ¿Y por qué existe? "El aguijón de la muerte es el pecado, y el poder del pecado es la ley" (I Cor. 15:56). Este texto significa: el miedo a la muerte "pica" o punza la conciencia del hombre, porque ha pecado contra Dios. Y lo que hace que el hombre se dé cuenta de que ha pecado es la ley. "El pecado es transgresión de la ley" (1 Juan 3:4). Estamos hablando de los Diez Mandamientos de la ley de Dios, escritos en Éxodo 20:3-17. "La paga del pecado es muerte" (Romanos 6:23). El hombre tiene miedo de morir porque es pecador, transgresor de la ley del Universo, los Diez Mandamientos. Y está sujeto a servidumbre durante toda su vida por miedo a morir. Pero la buena noticia es que Jesús murió en Su lugar. El Justo para los injustos. Su muerte pagó la pena por el hombre, y al creer en Él el hombre vive. Es justificado de sus pecados por la fe. Con Él está la vida eterna y la libertad del temor a la muerte. "La dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús" (Rom. 6:23). Y "murió por todos los hombres" (II Cor. 5:14). El don de la vida en Cristo se ofrece a todos. Por eso también Él es el Deseado de todas las naciones. Quien lo conoce encontrará en Él al Salvador y Amigo que tanto necesitaban. Cristo es el único que apaga la sed del alma. E invita: "El que tenga sed, venga; y el que quiera, que tome gratuitamente del agua de la vida" (Apoc. 22:17).

Cerca de nosotros

Generalmente las personas más famosas y deseadas de este mundo suelen esconderse de las masas para disfrutar de la privacidad. Pero el Deseado de todas las naciones se volvió accesible a todos, todos los días, incluso después de haber subido al cielo. Es más, Él ni siquiera espera a que lo busquemos: ¡siempre viene a nosotros e insiste en que lo aceptemos! Prometió: "He aquí, yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin de los tiempos" (Mateo 28:20). Él y su salvación no están muy lejos. "Tú estás cerca, Señor" (Sal. 119:151). Alguien podría pensar: "¿pero cómo está Jesús cerca si no lo vemos? Los discípulos lo vieron, pero nosotros no". Lo que parece ser una aparente desventaja es en realidad una fuente de mayor alegría para nosotros. Precisamente porque no está aquí, visible, Jesús puede estar más cerca que nunca cuando estuvo con los discípulos. Él puede vivir dentro de nosotros. "Cristo vive en mí", dijo Pablo (Gálatas 2:20). El misterio manifestado a los santos y al mundo es "Cristo en vosotros" (Col. 1:27). Limitado por la humanidad, Cristo no podría estar en todas partes mientras estuviera en esta tierra. Por lo tanto, fue para nuestro beneficio que Él fue al cielo y recibió la unción del Espíritu Santo de Dios. Una vez ungidos con el aceite celestial, el espíritu, Cristo lo derramó sobre nosotros, enviándolo a través de ángeles ministradores (Hechos 2:32, 33; Hebreos 1:13). Los ángeles hablan a nuestras conciencias, transmitiendo fielmente la guía de Jesús cuando más la necesitamos. Así se cumple la promesa de Jesús: "He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; Si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré en su casa y comeré con él, y él conmigo" (Apocalipsis 3:20). La "revelación de Jesucristo", que Dios le dio, "la envió a nosotros por medio de un ángel" (Apocalipsis 1:1).

Cuando escuchamos la guía de Jesús proporcionada por los ángeles, se les ordena fortalecernos con la porción del espíritu santo que Cristo les dio, permitiéndonos vencer el pecado. Entonces, nuestras acciones y hábitos comienzan a cambiar, y esto afecta nuestro carácter, es decir, quiénes somos, moralmente hablando. Son

ennoblecido, nuestro carácter se transforma. La gente comienza a ver que se está construyendo en nosotros una semejanza de Jesús. Comenzamos a actuar como Él actuó en diferentes situaciones. Así vive Cristo en nosotros. Las palabras que Pablo escribió: "Cristo vive en mí", tienen este significado.

Así, mediante este proceso que incluye la cooperación de todos los ángeles del cielo, Cristo, la Verdad, vive dentro de los hombres que alguna vez fueron malos y pecadores, transformando sus corazones y mentes. Enséñeles cómo la verdad contenida en los Diez Mandamientos se aplica a cada situación de sus vidas y les capacita para vivir de acuerdo con ella. Y enséñanos, si nosotros también lo aceptamos.

La buena nueva del evangelio

El evangelio es el mensaje que invita y enseña a las personas a saciar, en Cristo, su sed de verdad. Responde al deseo que Dios pone en el hombre de conocerla. Por lo tanto, cuando Cristo es presentado a cualquier persona, ésta queda impresionada para tomar una decisión. O reconoce en Jesús al amado de su alma, a quien necesita, o hiere su propia conciencia al rechazarlo. Aunque no lo parezca, al ser humano le resulta difícil rechazar a Jesús, ya que esto es rechazar la verdad. ¿Y qué pasa cuando alguien no acepta la verdad? Siempre regresa a tu conciencia, "pinchando", pinchando o pinchando. Se siente como si alguien dentro de ti dijera: "Ella es lo que debes aceptar; ¿Por qué lo rechazas? (Ecl. 12:11). Saulo luchó, en su mente, contra las agujas de la verdad. Rechazó a Jesús y a sus seguidores y lo trató como a un impostor. Pero su conciencia le decía lo contrario. Por eso, cuando Jesús se le reveló, le dijo: "Saulo, Saulo... difícil te es resistir a los agujones" (Hechos 9:4, 5). De ello se deduce que, para rechazar a Jesús, el hombre necesita luchar contra la verdad. De lo contrario, lo aceptarás. Y si lo aceptas y continúas creyendo en Él, serás salvo, porque todo el que cree en Él de corazón será salvo. "¿Qué debo hacer para ser salvo?... Cree en el Señor Jesús y serás salvo, tú y tu casa" (Hechos 16:30, 31).

Está escrito: "y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti como el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado" (Juan 17:3). La vida eterna consiste en conocer a Dios y a Jesucristo. Pero Jesús dijo: "el que me ha visto a mí, ha visto al Padre" (Juan 14:9). Quien le conoce, conocerá al Padre, por lo tanto, la vida eterna es conocer a Jesucristo, porque conocerlo también es conocer al Padre, y así como el evangelio invita a conocer la verdad en Cristo, de hecho los invita a recibir la vida eterna por conocer a Jesús, para ser SALVADO de la muerte al conocerlo. Jesús dijo: "Yo soy... la verdad". Y también: "Y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres... todo aquel que comete pecado, siervo del pecado es... por tanto, si el Hijo os libera, seréis verdaderamente libres". (Juan 14:6; 8:32, 34, 36). Al conocer a Cristo, seremos verdaderamente libres del pecado; liberado del pecado. En otras palabras, a medida que conozcamos a Cristo, obedeceremos los mandamientos de Dios. Nuestro grado de conocimiento de Cristo será proporcional a nuestra obediencia a su ley. Así,

conocer a Cristo, la verdad, libera al hombre de la condenación y contaminación del pecado; hace del hombre un ser salvo, moralmente victorioso y libre.

Hacia la Vida Eterna - construyendo nuestra Casa Espiritual

Una vez que hayamos aceptado a Cristo, nuestro mejoramiento moral debe continuar hasta que "lleguemos al conocimiento del Hijo de Dios, varón perfecto, en la plena medida de la estatura de Cristo, para que ya no seamos niños fluctuantes". , sacudidos por todo viento de doctrina, por engaño de hombres que con astucia engañan fraudulentamente" (Efesios 4:13, 14).

Pablo compara nuestro crecimiento a la estatura de Cristo con la obra de construir una casa: "Así que ya no sois extraños ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos y de la familia de Dios; edificado sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, de los cuales Jesucristo es la principal piedra del ángulo; en quien todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor; en quien también vosotros sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu" (Ef. 2:19-22). En su carta a los Corintios, el apóstol explora esta comparación con mayor profundidad:

"Porque somos colaboradores de Dios; Eres la granja de Dios, el edificio de Dios. Según la gracia de Dios que me fue dada, puse los cimientos como sabio constructor; y otro se basa en él. Pero que cada uno vea cómo construye. Porque nadie puede poner otro fundamento que el puesto, que es Jesucristo. Pero si lo que alguno construye sobre el fundamento es oro, plata, piedras preciosas, madera, heno, paja, la obra de cada uno se hará manifiesta; porque el Día lo demostrará, porque por fuego está siendo revelado; y cualquiera que sea el trabajo de cada uno, el fuego mismo lo probará". 1 Corintios 3:9-13

En este pasaje, el apóstol Pablo compara la iglesia con un edificio. Escribiendo a los Corintios, dice: "vosotros sois el edificio de Dios". Luego afirma que él puso el fundamento: "Jesucristo" (versículo 11). Pablo les predicó "Jesucristo y éste crucificado", como el portador de los pecados del mundo, como el completo Salvador de los hombres (1 Cor. 2:2), y los corintios lo aceptaron. Así, Jesús quedó establecido en sus mentes como el fundamento de su fe.

Jesús es la verdad (Juan 14:6). Al predicar, Pablo había introducido la verdad en la mente de los creyentes corintios. Pero también dijo que "otro construye" sobre esta base. Otro predicador del evangelio, en este caso el evangelista Apolo, como se puede ver en los capítulos 1 y 2 de la carta, enseñó más verdades de la palabra de Cristo a los corintios. Por tanto, Apolo "construyó sobre este fundamento". El trabajo de los predicadores del evangelio se comparó con el trabajo de los hombres que construyen una casa. Cada verdad arrojada al corazón de los oyentes ayudó a construir verdades en sus mentes. Todo predicador es un constructor.

Siete columnas

La comparación muestra que las verdades enseñadas por los predicadores del evangelio forman parte de la construcción del "edificio espiritual" en la mente de los creyentes. Como los verdaderos predicadores no hablan por sí mismos, sino que están inspirados por el espíritu de Cristo, es cierto que Él mismo es el constructor de nuestra casa espiritual. "Y Moisés fue fiel, en toda la casa de Dios, como siervo... Mas Cristo como Hijo, en Su casa; ¿De quién somos casa" (Heb. 3:5, 6). La Biblia lo presenta como la misma Sabiduría que nos instruye: "Mas vosotros sois suyos en Cristo Jesús, que nos ha llegado a ser Sabiduría de Dios ..." (I Cor. 1:30). Hablando de Él como Sabiduría, el libro de Proverbios capítulo 9, versículo 1, dice: "La sabiduría edificó su casa, mostró sus siete columnas". Proverbios 9:1.

Cristo construye siete columnas de verdad en nuestra mente. Después de que lo aceptemos como nuestro Salvador personal, Él nos enseñará, como la Sabiduría que Él es, verdades que servirán como pilares en nuestra mente. ¿Tu rol? Lo mismo que las columnas de una casa: evita que se derrumbe por los vientos y las inundaciones, mantenla firme para que no se caiga. Jesús mencionó los elementos que son utilizados por Satanás para derribar nuestra casa espiritual: "y cayó lluvia, se desbordaron los ríos, soplaron los vientos y golpearon contra aquella casa" Mateo 7:25. A Juan le dijeron: "las aguas que has visto... son pueblos, multitudes, naciones y lenguas" (Apocalipsis 17:15). Las aguas representan por tanto la persecución, la burla y la mala influencia de las personas. Y respecto a los vientos, Pablo escribió: "para que ya no seamos como niños, sacudidos de un lado a otro y llevados de todo viento de doctrina, por la astucia de los hombres, con la astucia con que nos inducen al error" (Efesios 4:14). Así, los vientos de la doctrina y las aguas de la persecución y las malas influencias son los elementos que pueden llevar nuestra casa espiritual a la ruina. Aquellos que aprendan y crean en los siete pilares de la fe de Jesús se salvarán de la desgracia.

Construir con material duradero

Pablo, en la carta a los Corintios, muestra que no todos los predicadores del evangelio enseñan las grandes verdades, los siete pilares de la fe. Más bien, las reemplazan con otras doctrinas, comparables a "madera, heno y paja", que no resisten la prueba de las aguas y los vientos del error. Comparando a los mensajeros con los albañiles, dice: "Pero si alguno edifica sobre el fundamento de oro, plata, piedras preciosas, madera, heno, paja, la obra de cada uno se hará manifiesta" I Corintios 3:12, 13. Algunos mensajes son como "oro, plata y piedras preciosas" a los ojos del cielo; Doctrinas bíblicas, basadas en la palabra de Dios. Otros son "madera, heno y paja"; doctrinas que son preceptos de hombres. Pablo dice que "la obra de cada uno se hará manifiesta; porque el Día lo demostrará, porque por fuego está siendo revelado; y cualquiera que sea la obra de cada uno, el fuego mismo la probará" (I Cor. 3:13). El fuego demostrará si la fe se desarrolló en los creyentes como resultado de la predicación de los mensajeros. El fuego es la prueba de la fe, como dijo Pedro: "Amados, no os sorprendáis del fuego ardiente que aparece en el

entre vosotros, diseñado para ponerlos a prueba, como si algo extraordinario os sucediera" (I Pedro 4:12).

Cuando los vientos de la doctrina y las aguas de la persecución sean arrojados sobre los cristianos, aquellos que han recibido enseñanzas de los hombres, semejantes a la madera, el heno y la hojarasca, serán descarriados. En cambio, quienes han sido alimentados con las verdades de la palabra de Dios, con las doctrinas bíblicas, notan el contraste entre lo aprendido y el error, y pueden permanecer firmes en la verdad. Al igual que una casa sostenida por pilares, estos no se caen.

Una ilustración

Como ejemplo, supongamos que alguien recibe como enseñanza el mensaje de que "solo cree y ya serás salvo en Cristo Jesús, no importa cómo te comportes de ahora en adelante". Él descansa en él y no se le advierte acerca de la necesidad del hombre de cooperar con Dios, obrando su salvación con temor y temblor, mientras Dios obra en él "el querer y el hacer" (Fil. 2:12, 13). Por lo tanto, no lucha ferozmente, con la ayuda del poder de Dios, contra sus defectos de carácter. Antes, cuando vienen las dificultades y la persecución, rápidamente se escandalizan, abandonando el camino del derecho. Sin embargo, todavía confía en que, como profesa creer en Jesús, tiene asegurada su salvación. El día del juicio le revelará que se equivocó; Demasiado tarde verá que, como está escrito, en la ciudad santa "no entrará jamás nada contaminado, ni siquiera el que practica abominación y mentira, sino sólo los que están escritos en el libro de la vida del Cordero". (Apocalipsis 21:27). Su hogar espiritual no tenía los pilares de las verdades bíblicas. Por eso se derrumbó.

De ahí que nos demos cuenta de que no podemos dejar de buscar conocer las verdaderas doctrinas de la Palabra, apoyándonos en el pensamiento de que "no son punto de salvación". Un pequeño desvío en una de las vías del tren conduce a un enorme desnivel unos kilómetros más adelante. Y la Biblia nos aconseja evitar escuchar a los predicadores de doctrinas de hombres: "Quien va más allá de la doctrina de Cristo y no permanece en ella, no tiene a Dios; El que permanece en la doctrina tiene tanto al Padre como al Hijo. Si alguno viene a vosotros y no trae esta doctrina, no lo recibáis en casa ni le acogáis. Porque quien lo acoge se hace cómplice de sus malas acciones". II Juan 9-11.

Siete verdades que determinan la victoria o la derrota

Volvamos ahora al texto de Proverbios: "La sabiduría edificó su casa, mostró sus siete columnas". Proverbios 9:1. El número de verdades escritas por Jesús en nuestra mente es siete. No son ocho ni cinco. Siete es el número de la plenitud, de algo.

completo en la Biblia. Hay siete días de la semana. El número de sellos en el Apocalipsis es siete, así como hay siete trompetas y siete plagas. Siempre hay siete. Dios quiere que conozcamos las siete grandes verdades de la Biblia: los siete pilares de la fe. La historia de Sansón, en el Antiguo Testamento, ilustra la fuerza que los siete pilares dan a los cristianos. Es bien sabido que el secreto de su fuerza sobrenatural residía en el hecho de ser nativo, consagrado a Dios desde su nacimiento y, como muestra de este compromiso, no se cortaba el cabello. El cabello de Sansón tenía siete trenzas. ¿Y qué pasó cuando los perdió? La Biblia dice: "Entonces Dalila hizo dormir a Sansón sobre sus rodillas, y llamando a un hombre, hizo que le afeitaran las siete trenzas de la cabeza; ella comenzó a someterlo; y sus fuerzas lo abandonaron". Jueces 16:20.

En este pequeño libro vimos la importancia de tener los siete pilares del conocimiento en nuestra vida espiritual. Te invito a leer los demás libros de esta serie y conocerlos, uno por uno. Que tu mente se alimente con las Siete Grandes Verdades de la Biblia.

Dios te bendiga.

Jairo Carvalho

Capítulo 2 - Primera Gran Verdad – ¿dónde está Jesús AHORA?

Dado que Jesús es la verdad, siete grandes verdades en la Biblia revelan a Cristo y Su obra.

Estaban Pedro y Juan en compañía de Juan el Bautista, cuando éste vio pasar a Jesús y dijo: He aquí el Cordero de Dios. Y los dos discípulos le oyeron decir esto y siguieron a Jesús. Y Jesús se volvió y vio que le seguían, y les dijo: ¿Qué buscáis? Y ellos dijeron: Rabí (que significa Maestro) ¿dónde vives? Y Él les dijo: venid y ved. Fueron, vieron dónde vivía y se quedaron con él aquel día".

(Juan 1:35-39). No estarían satisfechos con sólo escuchar acerca de Jesús. Querían conocerlo y la mejor manera de hacerlo era estar en su compañía. Por eso,

Fueron directos al grano y preguntaron: "¿dónde vives?" Dado que los pilares, pilares de la fe, están relacionados con Cristo y su obra, el primero sólo podría ser el que responda a esta pregunta: "¿dónde vives?". Todo verdadero discípulo, que ama al Salvador, querrá también conocerlo en la intimidad de su hogar. "¿Dónde vives?" será tu primera pregunta. Y a todos los que lo hagan sinceramente, Jesús responderá como lo hizo en el pasado con sus discípulos: "venid y ved". Esta es la primera de las grandes verdades de la Biblia que estudiaremos.

Antes de ascender al cielo, el Salvador prometió: "He aquí, yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo" (Mateo 28:20). De hecho, Él siempre estaría con nosotros, en Espíritu, como Consolador. Él dijo: "Yo pediré al Padre, y él os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre, el Espíritu de verdad... No os dejaré huérfanos, vendré a vosotros... el mundo. Ya no me veréis, pero vosotros me veréis" (Juan 14:16-19). Hasta el día de hoy lo vemos, porque el Consolador es Él mismo, viniendo a nuestros corazones. Pero vemos con los ojos de la fe, porque Él no está personalmente con nosotros. Estar en espíritu no es lo mismo que estar en persona. Pero ¿dónde lo encontramos hoy, en persona? La historia y la Biblia nos brindan evidencia abrumadora que responde a la pregunta. Sin embargo, también nos enseñan que, en esta búsqueda, los sinceros pueden decepcionarse porque no comprenden adecuadamente las palabras de Cristo.

Expectativas humanas decepcionadas

Mientras estuvo en la tierra, reiteró muchas veces que era necesario que el Hijo del Hombre padeciera, muriera y resucitase al tercer día. Sin embargo, los discípulos no prestaron atención a estas palabras. Querían estar donde Él estaba; pero, después del Calvario, lo perdieron de vista. Estaban tan decepcionados, como si nunca les hubieran instruido acerca de la cruz. No lo siguieron por la fe del Calvario hasta la mañana de la resurrección. ¡Piensa en lo maravilloso que sería si, habiendo comprendido las palabras de Cristo, hubieran estado de guardia en la tumba para ver el glorioso triunfo del Salvador sobre la muerte! Pero su falta de comprensión los privó de esta bendita experiencia.

"Lo que fue es lo que será; no hay nada nuevo bajo el sol" (Eclesiastés 1:9). Por lo tanto, es natural que comprendamos que, en los últimos días, aquellos que sinceramente buscaron encontrar a Cristo y saber dónde estaría Él en persona también enfrentarían desilusión. Sin embargo, si perseveraban en la búsqueda, lo encontrarían. ¿Dónde encontramos, en la historia moderna, tal movimiento? Los registros señalan sólo uno, en el siglo XVIII, cuyo centro estaba en los Estados Unidos de América. Un hombre, después de un estudio cuidadoso de las Escrituras, llegó a la conclusión de que pronto podría conocer a Jesús en persona. Su investigación fue respaldada por el estudio de varios otros investigadores de diferentes denominaciones religiosas, quienes presentaron una conclusión similar: Jesús regresaría a la tierra por segunda vez en los próximos años.

El movimiento para anunciar las buenas nuevas y prepararse para el evento pronto se extendió a medida que

fuego de paja. Las palabras resonaron: "Temed a Dios y dadle gloria, porque ha llegado la hora de su juicio" (Apoc. 14:7). La profecía que los llevó a la convicción decía: "hasta dos mil trescientas tardes y mañanas; y el santuario será purificado" (Daniel 8:14). La comprensión común de la época era que el santuario de Dios era el planeta Tierra. Así, entendieron que las palabras "el santuario será purificado" significaban que Jesús pronto vendría a buscar a los suyos y purificar la tierra con fuego. Y estarían preparados para encontrarse con Él. Para ello guiaron todo en sus vidas para que, en la fecha del acontecimiento, estuvieran preparados.

Las dos mil trescientas tardes y mañanas

"Entonces oí hablar a un santo; y otro santo dijo al que hablaba; ¿Cuánto tiempo durará la visión de sacrificio continuo y transgresión devastadora, hasta que el santuario y el ejército sean entregados para ser pisoteados? Y me dijo: hasta dos mil trescientas tardes y mañanas; y el santuario será purificado" (Dan. 8:13, 14).

El ángel señaló un tiempo en el que prevalecería la transgresión, donde el santuario y el ejército de Dios, Sus verdaderos siervos, serían pisoteados. Las palabras nos remiten sin lugar a dudas a la época medieval. Entonces, el hombre se pone en el lugar de Dios, asumiendo el título de Vicario o sustituto de Cristo en la tierra. El verdadero santuario de Dios ha sido reemplazado por el santuario de la iglesia de este hombre en la tierra. La Biblia dice: "hay un Mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo" (I Tim. 2:5); pero este hombre también buscó establecer la mediación de otros: María y los santos. En lugar de establecer la ley de Dios, estableció la transgresión de la ley, imponiendo a los hombres la obediencia a los dogmas de la iglesia, en lugar de a los mandamientos de Dios. El mandamiento dice: "no te harás imagen tallada" (Éxodo 20:4), mientras que la iglesia sancionó el culto a imágenes. Lutero y otros protestantes denunciaron muchas desviaciones de la verdad promovida por la iglesia. Pero lo más llamativo fue su actitud de pisotear al ejército de Dios, a Sus siervos, matándolos en cámaras de tortura, hogueras, guillotinas y calabozos:

"En un momento en que el poder religioso se confundía con el poder real, el Papa Gregorio IX, el 20 de abril desde 1233, editado dos folletos que marcan el reinicio de la Inquisición. En los siglos siguientes, juzgó, absolvió o condenó y entregó al Estado (que aplicaba la "pena capital", como era común en la época) a varios de sus enemigos que propagaban herejías". Fuente: <http://pt.wikipedia.org/wiki/Inquisi%C3%A7%C3%A3o> - consultado el 27.09.2007 (énfasis nuestro).

¿Cuáles fueron las "herejías" o doctrinas no aceptadas por la iglesia? Las claras enseñanzas de la Palabra de Dios: "El justo por la fe vivirá"; y "por gracia sois salvos", sin obras ni sacramentos (Heb. 10:38; Ef. 2:8, y otras verdades enseñadas en las Escrituras. El papa medieval transgredió abiertamente la ley de Dios, cambiándola; llamó a la luz, oscuridad, y

oscuridad, luz. Reemplazó el santuario de Cristo por el de su iglesia, su intercesión por la suya y el sacrificio de Jesús por el sacrificio de la misa, en la que afirmó que Cristo fue nuevamente sacrificado. Y condenó a muerte a los estudiantes de las Escrituras, los verdaderos soldados de Cristo. Así se cumplieron las palabras acerca de “la visión del continuo sacrificio y de la transgresión devastadora”, de modo que el santuario y el ejército serían entregados para ser pisoteados” (Dan. 8:13). Pero la profecía decía que después de esta era de oscuridad moral y espiritual, el santuario sería purificado:

“¿Cuánto tiempo durará la visión...? Y me dijo: hasta dos mil trescientas tardes y mañanas; y el santuario será purificado” (Daniel 8:14).

El poder papal sufrió una herida mortal en 1798 cuando las fuerzas de Napoleón Bonaparte invadieron Roma. Luego encarcelaron al Papa Pío VI, lo llevaron al exilio y, según algunas fuentes, luego lo decapitaron. Su supremacía ha terminado.

Se acercaba el tiempo predicho en las Escrituras en que el santuario sería purificado. De hecho, muchos se sintieron movidos a estudiar este pasaje en su momento, con especial énfasis en el estudio realizado por William Miller, quien determinó el tiempo de cumplimiento con tal precisión y con tal base probatoria que sus conclusiones no podían ser refutadas, ni siquiera por los más grandes intelectos de la época. Su estudio se basó en el método de permitir que las Escrituras se revelen, de ahí su coherencia.

¿Viste que la visión de las dos mil trescientas tardes y mañanas no está explicada en el capítulo 8 de Daniel, como dice: “Y yo, Daniel, me debilité y estuve enfermo por algunos días; Entonces me levanté e hice los negocios del rey; y quedé asombrado ante la visión, y no había nadie que la entendiera”. (Daniel 8:26, 27). En el capítulo 9, el profeta informa que, algunos años después, “en el año primero de Darío, hijo de Asuero... mientras yo todavía hablaba en oración, aquel hombre Gabriel, a quien había visto en mi visión al principio, Llegó volando rápidamente y me tocó a la hora del sacrificio de la tarde. Y él me instruyó, y me habló, y dijo: Daniel, ahora he salido para hacerte entender el significado de la visión. Al principio de vuestras súplicas, vino la orden, y vine a declararosla, porque sois muy amados; Por tanto, entiende la palabra y entiende la visión” (Dan. 9:1, 21-23).

Había llegado el momento de que el ángel aclarara la visión, completando la misión recibida en el capítulo 8: “Gabriel, haz entender a éste la visión” (Dan. 8:16). Desde el inicio del libro de Daniel, hasta el capítulo 8, la única visión que reporta no haber entendido fue la de las dos mil trescientas tardes y mañanas; así, la única visión que el ángel pudo haber venido a aclarar es ésta.

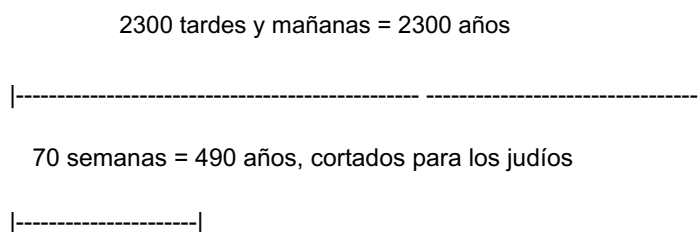
Las setenta semanas

El ángel comienza diciendo: “Setenta semanas están determinadas sobre tu pueblo y sobre tu santa ciudad, para terminar la transgresión, poner fin a los pecados, expiar la iniquidad, introducir la justicia eterna y sellar la visión y la profecía. , y ungir el Lugar Santísimo. Conoce y entiende: desde la salida de la orden para restaurar y edificar a Jerusalén, hasta el Mesías Príncipe, siete semanas y sesenta y dos semanas” (Dan. 9:24, 25). Comienza explicando una parte del período de 2300 tardes y mañanas, o 2300 días. “setenta semanas están decretadas sobre tu pueblo”, Israel, al que pertenecía Daniel. El término traducido según lo decretado es el original.

“chatak”, que literalmente significa: cortar. Las setenta semanas son un período separado del total de 2.300 días. Como punto no fue señalado a mitad del período para el comienzo de las setenta semanas, se supone que son el comienzo, las primeras setenta semanas de tiempo contadas a partir de los 2300 días.

70 semanas x 7 días de la semana = 490 días

La Escritura enseña que, en la profecía simbólica, un día representa un año: “según el número de los días en que explorasteis esta tierra, cuarenta días, cada día representando un año, llevaréis vuestras iniquidades durante cuarenta años” (Núm. 14:34). Por tanto, el tiempo es 490 años. A continuación se muestra la comprensión en un gráfico para hacerlo más fácil:



Considerando las 70 semanas como la primera parte del período de tiempo total, el punto de partida para su conteo también será 2300 días.

¿Cuándo comenzarían las 23:00 tardes y mañanas?

“Sabe y comprende: desde la orden de restaurar y edificar Jerusalén” (Dan. 9:25). Este es el punto de partida del conteo. Hubo tres decretos para construir Jerusalén. Los dos primeros, Ciro y Darío, ordenaron la reconstrucción de la ciudad. Pero la profecía apuntaba a una orden con un doble objetivo: restaurar el gobierno independiente y construir la ciudad. Esto fue dado por Artajerjes, un poco más tarde, como informa Ezra, en el capítulo 7:

“Esta es una copia de la carta que el rey Artajerjes dio al sacerdote Esdras, escriba de las palabras y mandamientos de Jehová y de sus estatutos sobre Israel: Artajerjes, rey de reyes, al sacerdote Esdras, escriba de la ley de Dios en el Cielo, paz, perfecto! Decretado por mí que en mi reino, cualquiera del pueblo de Israel y de sus sacerdotes que quiera ir con vosotros a Jerusalén, debe ir. Porque el rey y sus siete consejeros te han mandado que investigues en Judá y en Jerusalén, conforme a la ley de tu Dios que está en tu mano; y tomar la plata y el oro que

El rey y sus consejeros dieron voluntariamente al Dios de Israel, cuya morada está en Jerusalén; y toda la plata y el oro que el rey y sus consejeros dieron voluntariamente al Dios de Israel, cuya morada está en Jerusalén... Y por mí, rey Artajerjes, está decretado a todos los tesoreros que están al otro lado del río que todo lo que sea El sacerdote Esdras, escriba de la ley del Dios del Cielo, os pide, hágase pronto... todo lo que se ordene, según el mandamiento del Dios del Cielo, hágase pronto para la Casa del Dios del cielo” (Esdras 7:12 -16, 21, 23).

Aquí está la orden de construir parte de Jerusalén – en este caso, el templo. Y la parte que ordena restaurar el gobierno se encuentra más adelante: “Y tú, Esdras, según la sabiduría de tu Dios que está en tu mano, pon gobernadores y jueces para juzgar a todo el pueblo que está al otro lado del río, el a todos los que conocen las Leyes de tu Dios, y a los que no las conocen tú se las darás a conocer. Y a cualquiera que no guarde la ley de vuestro Dios y la ley del rey, se le hará justicia inmediatamente, ya sea con muerte, o con destierro, o con multa sobre sus bienes, o con prisión. (Esdras 7:25, 26). El decreto autorizó a Esdras a establecer un gobierno basado en la ley de Dios. Restauró la autonomía del gobierno israelí. El decreto cumplió la profecía. Según la historia, aunque emitido en el año 458 a.C., se cumplió en el año 457 a.C., más precisamente en el otoño de la tierra de Israel, que se produce alrededor de los meses de septiembre y octubre. Esta fecha fue muy cuestionada por los teólogos, pero la polémica recibió un golpe mortal tras el hallazgo de los papiros de Elephantina, en Egipto, que confirmaron que ese era el año del decreto. Fue entonces cuando comenzó el cómputo de las setenta semanas, y las 2300 tardes y mañanas.

2300 tardes y mañanas = 2300 años

|-----|

70 semanas = 490 años, cortados para los judíos

|-----|

457 a.C.

sesenta y dos semanas

Continuando con la explicación de la profecía, el ángel dijo:

“desde la salida de la orden para restaurar y edificar a Jerusalén, hasta el Mesías Príncipe, siete semanas y sesenta y dos semanas” (Dan. 9:25).

Sesenta y dos semanas se extenderían desde el año 457 hasta el Mesías, Cristo.

Otras versiones de la Biblia tienen la palabra “Ungido” en lugar de Mesías:

“Sabe y entiende: desde la salida de la orden para restaurar y edificar a Jerusalén hasta el Ungido Príncipe, habrá siete semanas, y sesenta y dos semanas” (Dan. 9:25 - Versión Almeida Revisada y Actualizada).

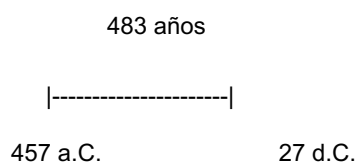
La palabra no es difícil de entender. El Antiguo Testamento presenta varias ocasiones en las que las personas eran ungidas con aceite, que representaba al Espíritu Santo. “Dios ungió a Jesús de Nazaret con el Espíritu Santo y con poder” (Hechos 10:38). “Cuando Jesús fue bautizado, inmediatamente salió del agua, y he aquí, los cielos se le abrieron, y vio al Espíritu de Dios que descendía como paloma y venía sobre él”. (Mateo 3:16). Así, con la palabra “Ungido”, las semanas de profecía señalaron el tiempo del bautismo de Jesús:

$$7 \text{ semanas} + 62 \text{ semanas} = 69 \text{ semanas}$$

$$69 \text{ semanas} \times 7 \text{ días a la semana} = 483 \text{ días}$$

En profecía: 483 días = 483 años.

Desde el 457 a.C. transcurren cuatrocientos ochenta y tres años hasta el bautismo de Jesús. Poniéndolo en una gráfica tenemos:



Al hacer los cálculos, puedes pensar que te has equivocado en el cálculo, ya que $457 + 27 = 484$ años. Resulta que, cuando contamos fechas, debemos recordar que no existe el año CERO (0). Cuenta así: 2° a.C., 1° a.C., 1° d.C., 2° d.C. (sin el cero). Si hubiera cero en la línea de tiempo, cuando partiéramos de 457 y añadiéramos 483 años de tiempo, llegaríamos en:

$$483 - 457 = 26.$$

Pero como no hay cero, la cuenta avanza un año: $26 + 1 = 27$ a.C. Ahora bien, sin preocuparnos demasiado de las matemáticas, si solo tenemos fe en la palabra de Dios, también veremos cómo la profecía se cumplió al pie de la letra. En el año 27 a.C., según el ángel, el Príncipe debería ser Ungido. La unción se hacía con aceite de oliva y era símbolo del derramamiento del Espíritu Santo. Y la historia cuenta que Jesús fue bautizado, y

por tanto ungido, en el año 27. a.C. Esto coincide exactamente con el tiempo indicado en la profecía de las setenta semanas. Lo que Dios había predicho unos 500 años antes se cumplió estrictamente. ¡Nuestro Dios es maravilloso!

La última semana

“Sabed y entendad: desde la salida de la orden para restaurar y edificar a Jerusalén hasta el Ungido Príncipe, habrá siete semanas, y sesenta y dos semanas” (Dan. 9:25). 7 (siete) + 62 (sesenta y dos) suman 69 semanas. Para setenta, falta uno más. ¿Por qué separó el último? Porque esta es una especie de sello de garantía de la profecía.

Hablando de la última semana, el ángel dice: “y hará con muchos pacto firme por una semana; y a la mitad de la semana hará cesar el sacrificio y la ofrenda” (Daniel 9:27). Jesús, el Príncipe, realizaría el concierto. Pablo lo señala como “Mediador de un mejor pacto” (Heb. 8:6). Y Él es el único Mediador entre Dios y los hombres: “hay... un Mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo” (I Tim. 2:5).

A mitad de la semana, Él haría cesar el sacrificio. Esto se refiere a los sacrificios realizados en el santuario hebreo. Cuando Jesús estaba a punto de comenzar Su ministerio, Juan el Bautista lo señaló y dijo: “He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo”. (Juan 1:29). Él fue el verdadero sacrificio. Las de animales fueron instituidas sólo para mantener viva en la mente del pueblo la promesa de Dios de entregar a Su Hijo como Cordero para morir, pagando por sus pecados. Cuando el Hijo fuera asesinado en el altar de la cruz, los sacrificios de animales ya no tendrían razón de continuar. Ya no era necesario realizar una ceremonia que simbolizara una promesa ya cumplida.

El ángel predijo esto a Daniel con las palabras: “y a la mitad de la semana hará cesar el sacrificio”.

La última semana de los setenta comenzó en el año 27 d.C. Una semana son siete días. Y en la profecía, como hemos visto, un día equivale a un año. Así, la mitad de la última semana equivale a tres días y medio, o tres años y medio. Nos lleva al año 31. La historia confirma que Jesús murió en la cruz del Calvario exactamente en este año. La profecía del ángel se cumplió en el momento señalado y la cruz confirma su exactitud.

3,5 años Media semana

|-----|

27 d.C.

31 d.C.

bautismo de cristo

muerte de cristo

La ofrenda de cereal, que también cesaría (Dan. 9:27), era el nombre que se le daba a las ofrendas de pan y jugo de uva, que también representaban a Cristo. Jesús se refirió a ellos como símbolos de sí mismo cuando estaba a punto de tomar la última cena. En cuanto al pan, "lo partió y dijo: Esto es mi cuerpo que es para vosotros" (I Cor. 11:24). Y cuando llegó el jugo de uva, "tomó la copa, diciendo: Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre" (I Cor. 11:25). Simbolizaban un Salvador venidero; pero ahora ya había venido. En adelante, la memoria del sacrificio se haría a través de la ceremonia de la santa cena, instituida por Jesús antes de su muerte; ya no por los sacrificios del santuario hebreo. Por eso, cuando Jesús murió en la cruz, "el velo del santuario se rasgó en dos, de arriba a abajo" (Mateo 27:51). Los sacerdotes rociaban la sangre de los animales sobre este velo: "el toro debe ser degollado delante de Jehová. Luego el sacerdote ungido traerá un poco de la sangre del toro a la tienda de reunión. Y el sacerdote mojará su dedo en esa sangre y la rociará siete veces delante de Jehová, delante del velo" (Levítico 4:15-17). El rasgado del velo por manos invisibles fue una demostración dada por el cielo de que ya no se aceptaría la sangre de los sacrificios de animales. "La sangre de Jesucristo, su Hijo, nos limpia de todo pecado" (1 Juan 1:9). Pablo declaró que Jesús le dijo al Padre: "Sacrificios y ofrendas y holocaustos y ofrendas por el pecado no quisiste, ni te agradaron (que se ofrecen conforme a la ley); ahora dijo: Aquí estoy para hacer tu voluntad. Quita lo primero para establecer lo segundo" (Heb. 10:8, 9). Se quitó el santuario de los hebreos y sus servicios y se estableció el servicio del santuario del cielo, en el cual Cristo presentaría a Dios, no el sacrificio de animales, sino los méritos de su sangre derramada a favor de los pecadores. "Aún no se había descubierto el camino al Santuario, mientras aún estaba en pie el primer tabernáculo...

Pero cuando vino Cristo sumo sacerdote... por un tabernáculo más grande y más perfecto, no hecho de manos, es decir, no de esta creación, ni con sangre de machos cabríos y de becerros, sino con su propia sangre, entró una sola vez en el lugar santo" (Heb. 9:8, 11, 12).

El final de las setenta semanas.

Como hemos visto, setenta semanas corresponden a 490 años. Note que el texto dice que estaban determinados... "sobre tu ciudad". Daniel era judío; su ciudad era Jerusalén. Al final del tiempo señalado, terminaría el período concedido especialmente a los judíos y el mensaje del evangelio sería desterrado de Jerusalén.

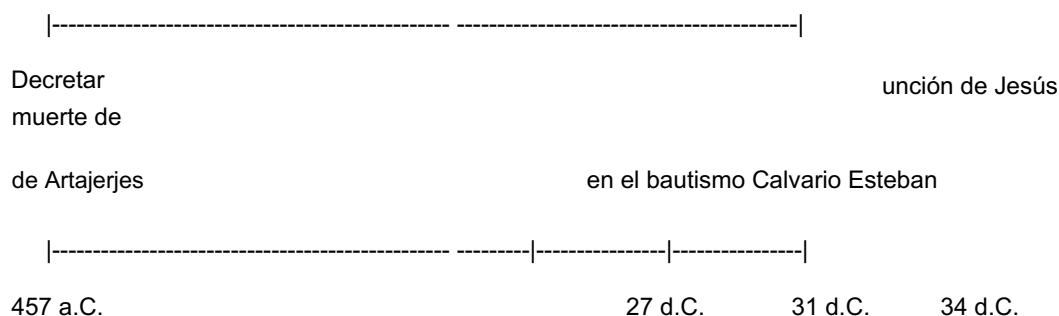
La última semana de los setenta comenzaría con el bautismo de Jesús. Predicaría durante tres años y medio, muriendo a mitad de semana, en el año 31. D.C. Cuando Jesús, durante su ministerio, ordenó a los discípulos proclamar el evangelio, dijo: "id más bien a las ovejas descarriadas de la casa de Israel" (Mateo 10:6). Este orden estaba en armonía con las palabras de la profecía. Fueron en la última semana, los últimos siete años de diferencia para los judíos. Todavía era tiempo de que el evangelio les fuera presentado de una manera especial. Eran el pueblo elegido de Dios en la tierra. Sin embargo, después de su resurrección, Jesús anuncia a sus discípulos que pronto la predicación del mensaje ya no se limitaría sólo a ellos: "sino que recibiréis poder, cuando venga sobre vosotros el Espíritu Santo; y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra. (Hechos 1:8). El punto de partida para predicar el evangelio al mundo fue la muerte de Esteban. "Entonces apedrearon a Esteban, quien

Orando, dijo: Señor Jesús, recibe mi espíritu. Y cayendo de rodillas, clamó a gran voz: Señor, no les tomes en cuenta este pecado. Dicho esto, se quedó dormido...

En aquel día se levantó gran persecución contra la iglesia que estaba en Jerusalén; y todos menos los apóstoles fueron esparcidos por las regiones de Judea y Samaria... los que fueron esparcidos iban por todas partes proclamando la palabra". (Hechos 7:59; 8:1,4).

Esteban murió en el año 34 d.C., precisamente cuando se cumplieron los 490 años, o setenta semanas, predichos en Daniel 9. Luego, los predicadores del evangelio fueron expulsados de Jerusalén por los propios judíos. Así terminó el período separado para ellos como pueblo especial. La profecía se cumplió. Cabe señalar que el tiempo de los judíos terminó, no por un decreto arbitrario de parte de Dios, sino por su propia elección y acción. Entonces la invitación que se les hizo y fue rechazada se extendió a todas partes de la tierra. Años más tarde, Pablo informó que el evangelio había sido "predicado a toda criatura bajo el cielo" (Col. 1:23).

SETENTA SEMANAS (490 años)



Hasta ahora, la profecía se ha cumplido al pie de la letra. Esto nos da certeza de que la interpretación respecto del tiempo es correcta. Por lo tanto, podemos estar seguros sobre el momento del cumplimiento final de las 2300 tardes y mañanas.

Hasta las 2300 tardes y mañanas...

Después de que hubieran pasado las setenta semanas, o 490 años de la profecía, quedaría 1810 para terminar los 2300 años:

$$2300 - 490 = 1810 \text{ años.}$$

Las setenta semanas terminaron en el año 34 d.C. Entonces, las 2300 tardes y mañanas terminarían en:

34 d.C. + 1810 = 1844 d.C.

La profecía señala lo que sucedería en el cumplimiento de los tiempos: "hasta dos mil trescientas tardes y mañanas; y el santuario será purificado" (Dan. 8:14):

Decreto de _____ y el santuario

Artajerjes hasta las 23:00 de la tarde y de la mañana... será purificado

|-----|

457 a.C.

1844 d.C.

Como ya hemos mencionado, los estudiosos de la profecía al momento de su cumplimiento entendieron que el santuario era el planeta Tierra. Por lo tanto, para ellos, Jesús debería regresar a ella para purificarla con fuego en el tiempo señalado. Esperaban encontrarlo en persona aquí en la tierra. A la pregunta "¿dónde vives?", formulada hace milenios por los discípulos, ellos respondieron: "pronto, en 1844, vivirás aquí en la tierra". Pero, al igual que los discípulos, estaban camino a la desilusión. Su fe sería duramente probada. Los discípulos no lo siguieron por fe hasta la cruz, ya que sus esperanzas eran verlo sentado en el trono de Israel, como rey temporal, rompiendo el yugo de los romanos. Del mismo modo, los creyentes que esperaban la venida o el advenimiento de Cristo (de ahí el nombre "adventistas"), no lo siguieron por fe en el verdadero santuario.

Por lo que hemos visto hasta ahora, tenían razón al contar el tiempo. Las 2300 tardes y mañanas se cumplieron efectivamente en 1844. Sin embargo, no entendían dónde estaría el Maestro, dónde estaba el verdadero santuario.

En el libro de Hebreos se revela que Jesús es "ministro del santuario y del verdadero tabernáculo, que fundó el Señor, y no el hombre". "Cristo no entró en un santuario hecho de mano... sino en el cielo mismo, para presentarse ahora por nosotros delante de Dios" (Heb. 8:2; 9:24). El santuario donde Jesús ministra no fue hecho por manos humanas, por lo tanto no es de esta tierra. Jesús entró en el cielo mismo; entonces entendemos que ahí es donde está el santuario. Las palabras "el santuario será purificado" apuntan a la purificación de este santuario en el cielo. La pregunta "¿dónde vives?", formulada por los creyentes de los últimos días, a partir de 1844, recibe la respuesta del mismo Jesús, en su palabra: "Cristo, Sumo Sacerdote, vino... entró una sola vez en el santuario" (Hebreos 9:11, 12). Su obra se representa como duradera hasta el tiempo del fin. El libro de Daniel muestra que es allí donde Jesús recibirá el reino para poder venir por segunda vez a la tierra y dárselo a Sus hijos. El santuario es el lugar donde está el trono de Dios (Apocalipsis 4:1, 2).

El profeta vio en visión el momento en que Jesús irá al trono del Eterno Dios, llamado allí el “Anciano de los Días”, y recibirá el reino: “Estaba mirando en mis visiones nocturnas, y he aquí, él venía en el nubes del Cielo uno como el Hijo del Hombre y vino al Anciano de Días, y lo acercó a Él. Y le fue dado dominio, y honra, y reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran. . ; Su dominio es un dominio eterno que no pasará, y su reino es el único que no será destruido”. (Dan. 7:12, 13).

Sabemos que después de recibir el reino, Jesús vendrá a la tierra por segunda vez para buscar a Sus santos y compartir Su herencia con ellos. Por eso entendemos que Jesús permanecerá en el santuario hasta que reciba el reino de manos del Padre, donde hoy vive. Es allí donde debemos acudir, por fe, en oración, para contemplarlo y alegrarnos de su presencia personal. La verdadera fe viene por el oír la palabra de Dios (Rom.

10:17). Debemos conocer la revelación dada en la Biblia sobre el santuario y la obra de Jesús allí, a medida que avanza el plan de redención. Así, tendremos una comunión más estrecha con Él que todos los demás en la tierra, porque, por la fe, estaremos con Él donde Él esté, tal como lo estuvieron los doce discípulos en el pasado.

El mundo cristiano dice que Él está en el cielo, un lugar tan grande o más grande que nuestro planeta, pero los siervos de Dios conocen Su dirección. ¿Dónde vives? “En el santuario”, escuchan. En el próximo libro aprenderemos sobre el lugar donde vive Jesús y la obra que realiza allí a favor nuestro. Veremos cómo aún hoy Él obra para que pronto estemos con Él en el cielo. Tendremos el privilegio de caminar muy cerca de nuestro Maestro. ¿Vamos juntos?

Capítulo 3 - Segunda gran verdad: La casa de Jesucristo – el santuario celestial

Después de morir en la cruz, Jesús pasó 3 días en el sepulcro, desde el viernes por la tarde hasta el domingo por la mañana. Luego resucitó, ascendió al cielo, volvió, “fue visto por ellos por espacio de cuarenta días y hablando del Reino de Dios...” luego, “cuando le vieron, fue llevado a lo alto, y un nube lo recibió, escondiéndolo de sus ojos. Y mientras ellos miraban al cielo, mientras él ascendía, he aquí, dos hombres se pararon junto a ellos, vestidos de blanco, y les dijeron: Varones galileos, ¿por qué estáis en pie al cielo? Este Jesús, que fue llevado de entre vosotros al cielo, vendrá de la misma manera que le viste ir al cielo”. Hechos 1:1-4, 9-11.

Al llegar al cielo, Jesús fue “Exaltado, pues , a la diestra de Dios... Dijo el Señor:... Siéntate a mi diestra” Hechos 2:32-34. “Vencí y me senté con mi Padre en su trono” (Apocalipsis 3:21). Pablo aclara: “Ahora bien, el resumen de lo que hemos dicho es que tenemos tal Sumo Sacerdote, que se sienta en el cielo a la diestra del trono de

Su Majestad, ministra del santuario y del verdadero tabernáculo, que fundó el Señor, y no el hombre". (Hebreos 8:1, 2). Después de sentarse con el Padre en el cielo, Jesús llegó a ser "ministro del santuario". No uno hecho por hombres, sino el llamado "verdadero tabernáculo", que "fundó el Señor, y no el hombre".

Jesús está "a la diestra del Padre en el santuario celestial". Siglos antes de que Jesús viniera a la Tierra, el Señor ordenó a Moisés construir el santuario de Israel, copia del original en el cielo, que le fue mostrado como modelo: "Moisés fue divinamente advertido, y el tabernáculo estaba por terminarse; porque fue dicho: Mira, haz todo según el modelo que te fue mostrado en el monte". (Hebreos 8:5). El santuario en la tierra era una especie de modelo, un modelo más pequeño del verdadero en los cielos, una copia del divino hecha por la mano del hombre, para instruirlo en el plan de salvación. Después de ascender al cielo, Cristo entró en "el tabernáculo más grande y perfecto, no hecho de manos, es decir, no de esta creación" (Heb. 9:11). Así, al estudiar el santuario en la Tierra, conoceremos el santuario en el cielo.

La Biblia describe el santuario terrenal de la siguiente manera: "Y estaba preparado el tabernáculo, cuya parte delantera, donde estaban el candelero, la mesa y la exhibición de los panes, se llama Lugar Santo; detrás del segundo velo, estaba el tabernáculo llamado el Lugar Santísimo, al cual pertenecía un altar de oro para el incienso y el arca del pacto completamente cubierta de oro, en la cual estaba una urna de oro que contenía el maná, la vara de Aarón, que florecía, y las tablas del pacto; y encima, los querubines de gloria, que con su sombra cubrían el propiciatorio. De estas cosas, sin embargo, no hablaremos en detalle ahora". Hebreos 9:1-5.



Figura: Tabernáculo de Moisés, con el Santuario al fondo

En el primer compartimento del santuario estaban:

- El candelero (versículo 2) - un candelero de siete brazos, que tenía, en los extremos, lámparas alimentadas por aceite;
- La mesa y los panes de la proposición (versículo 2) que estaban sobre ella.
- El libro del Éxodo dice que también había un altar de incienso: "Y harás un altar para quemar incienso... Y lo pondrás delante del velo que está delante del arca del Testimonio" (Ex.30: dieciséis) .

Este era el compartimiento "santo" del santuario terrenal. El segundo fue llamado "lugar santísimo", o santísimo. Separando el primer compartimento del segundo, había una cortina, llamada "segundo velo". "más allá del segundo velo estaba el tabernáculo que se llama el Lugar Santísimo" (Heb.9:3). La siguiente figura muestra el lugar santo, con su disposición de mobiliario:

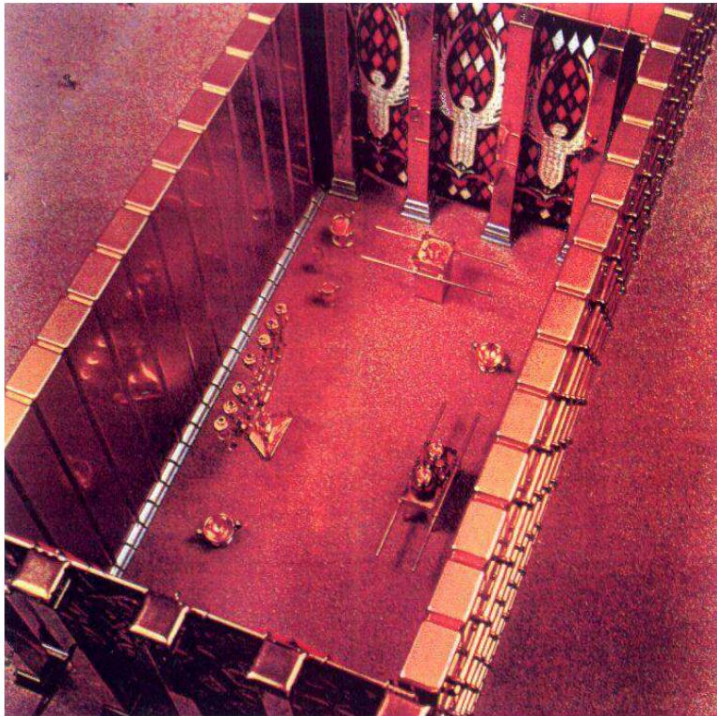


Figura 1 – Foto de una réplica del lugar "santo" del santuario. Al fondo, el telón que separa el lugar santo del lugar santísimo. Frente a ella, el altar del incienso. A la derecha, la mesa con los panes de la proposición; y a la izquierda, el candelabro con sus siete lámparas.

Nota: En el Apéndice 1 de este libro se presenta una descripción más detallada de la importancia del mobiliario del santuario.

Detrás del segundo velo estaba el compartimento santísimo, que "tenía el incensario de oro y el arca del pacto cubierta de oro por todas partes, en la cual

había un vaso de oro que contenía el maná, y la vara de Aarón que había reverdecido, y las tablas del pacto; y sobre el arca estaban los querubines de gloria, que cubrían el propiciatorio” Heb 9:4, 5.

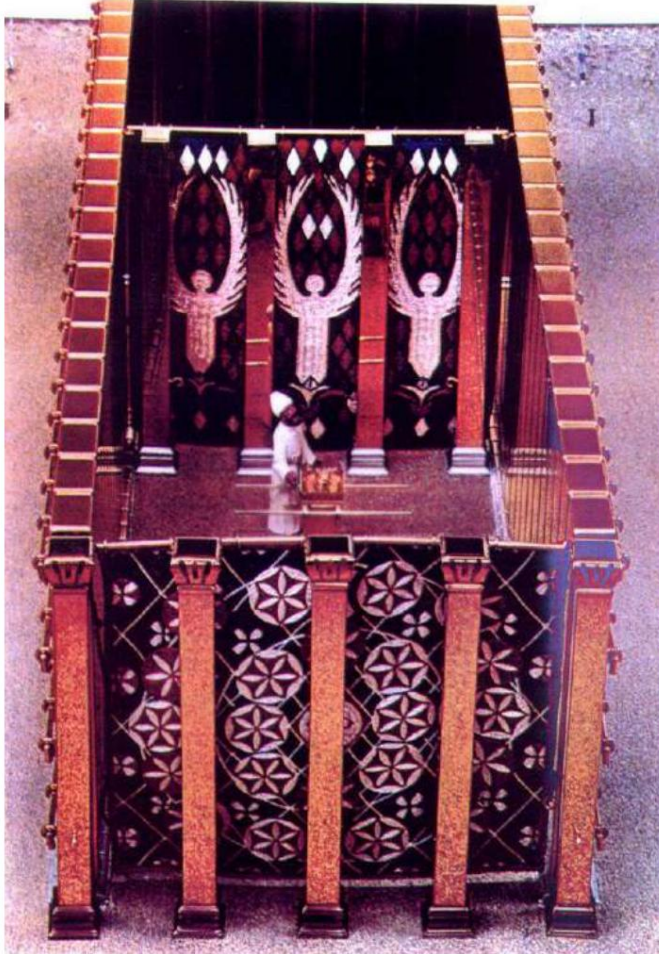


Figura 2 – Sacerdote junto al altar del incienso, frente al segundo velo, que separa el lugar “santo” del lugar “santísimo”.

Cristo fue al cielo para ministrar en el verdadero santuario, que es “mayor” que el santuario en la tierra “y más perfecto”. Esto se debe a que no está “hecho de manos, es decir, no de esta creación”. Él es el “VERDADERO TABERNÁCULO, que FUNDÓ Jehová, y no el hombre” (Heb. 9:11; 8:2). Es allí donde Él se sentó a la diestra del Padre ¿Cuál es Su obra? El santuario típico de Israel tenía “sacerdotes que ofrecían ofrendas”, “que sirven de ejemplo y sombra de las cosas celestiales” (Heb. 8:4, 5). El ministerio de los sacerdotes hebreos en la tierra representaba el de Cristo en el cielo. Y ministraban a favor de los pecadores, como lo ordenaba la ley de Moisés: “Y si alguna otra persona del pueblo de la tierra pecare por error, haciendo contra alguno de los mandamientos de Jehová lo que no se debe hacer, y así sea culpable; o si se le hace saber el pecado en que ha cometido, traerá como ofrenda una cabra sin defecto, por el pecado que ha cometido... Pero si como ofrenda trae una

cordero para la ofrenda por el pecado, lo traerá sin defecto. Y pondrá su mano sobre la cabeza de la ofrenda por el pecado y la decapitará como ofrenda por el pecado en el lugar donde se degüella el holocausto. Luego el sacerdote tomará con su dedo un poco de la sangre de la ofrenda por el pecado y la pondrá sobre los cuernos del altar del holocausto; entonces toda {el resto de} su sangre se derramará al pie del altar. Y le quitará toda la grasa, como se quita la grasa del cordero de las ofrendas de paz; y el sacerdote lo hará arder sobre el altar, sobre las ofrendas encendidas a Jehová; Así el sacerdote hará expiación por medio de ella de los pecados que ella ha cometido, y su pecado le será perdonado. (Levítico 4:27, 28, 33-35).

El pecador debe presentar un animal como ofrenda por su pecado. Él “puso sus manos sobre la cabeza de la ofrenda” (v. 33), confesando su pecado y transfiriéndolo a ella. Luego “le cortó el cuello”. El cordero que murió con los pecados representó a Cristo, que tomaría sobre sí nuestros pecados, siendo inmolado en el verdadero altar de la cruz del Calvario: “Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros... como oveja delante de sí misma”. esquiladores, no abrió su boca... cuando su alma sea hecha expiación por el pecado... Mi Siervo, el Justo, justificará a muchos, porque llevará sus iniquidades”. (Isaías 53: 6, 7, 10 11). El animal sacrificado debe ser “sin defecto” (v.28), ya que representaría a Cristo, que no pecó: “ Al que no conoció pecado , por nosotros lo hizo pecado ” (II Cor. 5:21). El propio pecador “degolló” a la víctima, reconociendo que por su pecado era culpable de la muerte del Hijo de Dios. Nuestros pecados mataron a Jesús, no por los clavos en sus manos y pies, sino por la angustia, por el peso de su culpa. El salmista prefiguró los pensamientos de Cristo en la cruz: “Derramé como agua ... Mi corazón es como cera y se ha derretido dentro de mí”. (Sal. 22:14). Por tanto, somos tan culpables de Su asesinato como los judíos.



Figura 3 – vista externa del tabernáculo terrenal, incluido el altar de sacrificios, ubicado en el patio externo (llamado “atrio” en la Biblia) donde se sacrificaban los animales. Al fondo aparece la “tienda de la congregación”, con sus compartimentos Santo y Santísimo.

El propósito de este ritual simbólico era dirigir la fe del adorador al amor de Jesús por nosotros al morir en nuestro lugar y al amor de Dios por pagar por nuestra culpa en el sacrificio de la vida de su único Hijo: “En esto está el amor: no en eso amamos a Dios, pero Él nos amó y envió a Su Hijo como propiciación por nuestros pecados”. “Y sabemos y creemos en el amor que Dios tiene por nosotros”. (I Juan 4:10, 16). La contemplación, por la fe, de este amor que perdona al pecador, tenía como objetivo cambiar la vida del devoto y llevarlo a vivir en armonía con ella. Esto destierra el egoísmo del alma y motiva al hombre a vivir como Cristo: “Porque el amor de Cristo nos constriñe, juzgándonos así: que si uno murió por todos, también todos murieron. Y murió por todos, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos... Así que si alguno está en

Cristo es una nueva criatura: las cosas viejas pasaron; he aquí todo está hecho de nuevo”. “Amados, si Dios así nos amó, también nosotros debemos amarnos unos a otros” (I Juan 4:11; II Cor. 5:14, 15, 17). En esta nueva experiencia, al permanecer en el amor de Dios a través de la fe en Cristo, la vida del adorador estará en armonía con la ley de Dios: “Porque este es el amor de Dios, que guardemos sus mandamientos; y sus mandamientos no son gravosos”. (I Juan 4:3). El pecador comienza la nueva vida para vivir en esta tierra como vivió Cristo, y mientras decida permanecer así estará en perfecta armonía con todo lo que sabe de la ley de Dios. Cumplir la letra de los Diez Mandamientos es caminar en el amor de Dios. Y quien ama a Dios sobre todas las cosas y a su prójimo como a sí mismo está conforme al principio que es la base de toda ley. Pablo escribió: “De hecho: No cometerás adulterio, no matarás, no hurtarás, no dirás falso testimonio, no codiciarás; y si hay algún otro mandamiento, todo se resume en esta palabra: Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Romanos 13:9).

Regresando ahora al santuario hebreo. Era el objetivo divino que, siguiendo el ritual establecido en Levítico, el pecador disfrutara de la experiencia genuina con Cristo - para obedecer los mandamientos. Así, el ritual era la predicación del evangelio en figura; Lo que aprendemos hoy sobre el sacrificio de la cruz y el plan de redención al leer el Nuevo y el Antiguo Testamento quedó ejemplificado en símbolos para el adorador israelita.

La secuencia del ceremonial establecido en el Levítico para el perdón de los pecados llevó al israelita, y nos lleva hoy, a comprender que la obra de Jesús a favor nuestro no terminó en la cruz: “Si toda la congregación de Israel yerra... si hacen, contra cualquiera de los mandamientos de Jehová, lo que no se debe hacer... el becerro será degollado delante de Jehová. Luego el sacerdote ungido traerá un poco de la sangre del toro a la tienda de reunión. Y el sacerdote mojará su dedo en esa sangre y la rociará siete veces delante de Jehová, delante del velo. Levítico 4:13, 15-17. El sacerdote tomó la sangre de la víctima y la roció sobre el segundo velo del santuario, que dividía los compartimentos Santo y Santísimo. Así, el pecado confesado por el pecador sobre la víctima sacrificada era trasladado al santuario. La siguiente figura muestra una

Sacerdote colocado dentro del Lugar Santo, cerca del segundo velo sobre el cual fue rociada la sangre:

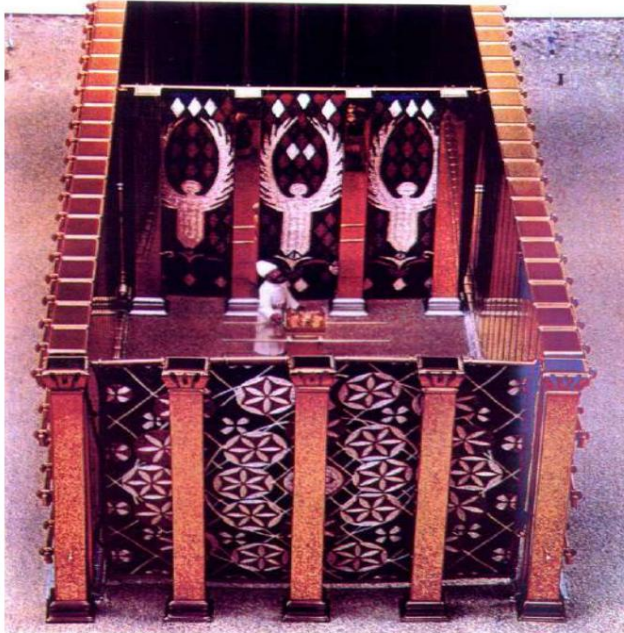


Figura 4 – Sacerdote colocado junto al altar del incienso, frente al segundo velo

Cumpliendo lo prefigurado en el ceremonial, Jesús inició su obra como Sacerdote a favor de los pecadores en el santuario celestial, comenzando a actuar como Intercesor. Pablo, en su día, escribió: “hay... un Mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre” (I Tim. 2:5). “Porque todo sumo sacerdote, tomado de entre los hombres, es constituido para los hombres en lo que respecta a Dios, para ofrecer presentes y sacrificios por los pecados, y tener tierna compasión por los ignorantes y los extraviados, porque él mismo está rodeado de debilidad. ... Así también Cristo... llamado por Dios Sumo Sacerdote” (Heb. 5:1, 2, 5, 10).

La obra de llevar el pecado al segundo velo se llevaba a cabo en el compartimento “Santo” del santuario. El sacerdote se acercó a la cortina y roció la sangre sobre ella. Este también es el caso en el cielo. Después de resucitar, Cristo comenzó a ministrar en el compartimento “Santo” del santuario celestial. Juan lo vio junto a los siete candeleros de oro, representados por el candelabro del santuario terrenal, que estaba en el lugar “Santo”: “Yo estaba en el espíritu... Y me volví para ver quién me hablaba. Y cuando me volví, vi siete candeleros de oro; y en medio de los siete candeleros, uno semejante al Hijo del Hombre” Apoc. 1:10.12.13.

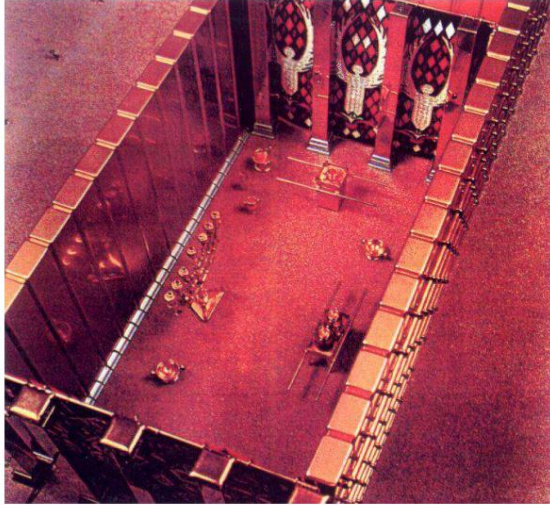


Figura 5 – Los candeleros (candelabros) estaban en el lugar santo del santuario (a la izquierda, en la figura)

Así como el sacerdote llevaba al santuario la sangre con el pecado confesado y la rociaba sobre el segundo velo, Jesús, habiendo entrado en el santuario celestial, comenzó a presentar los méritos de su sacrificio a Dios, a favor de los pecadores arrepentidos. Los pecados eran transferidos al compartimiento “Santo” del santuario por obra del Sacerdote. Lo mismo ocurriría en la realidad del plan de redención. El perdón se registraría junto con los pecados confesados por los hombres en el santuario celestial. La Biblia revela que cada ser humano tiene un libro en el que están registradas sus obras, buenas y malas: “se sentó el juicio y se abrieron los libros”

(Dan. 7:10). “Y los muertos fueron juzgados por las cosas que estaban escritas en el libros, según sus obras”. (Apocalipsis 20:12). “He aquí, escrito está delante de mí... vuestras iniquidades y las iniquidades de vuestros padres juntamente, dice Jehová” (Isaías 65:5, 6); “Jehová mira y oye; y hay un memorial escrito delante de él, para los que temen a Jehová y para los que recuerdan su nombre” (Mal. 3:16). El perdón está registrado en estos libros. Sin embargo, los pecados no se borran inmediatamente. En el santuario terrenal, el perdón definitivo de los pecados sólo se obtenía después de que el sacerdote realizaba una obra llamada “expiación”.

“Y el sacerdote tomará con su dedo de la sangre de la ofrenda por el pecado, y la pondrá sobre los cuernos del altar... y el sacerdote hará expiación por él por su pecado, y le será perdonado” (Levítico 4: 25, 26). (Versión King James - Inglés).

Esto también tipificó la obra de Cristo. El perdón definitivo de los pecados se obtendrá cuando Jesús realice la obra de expiación. Hasta entonces, los pecados de todos quedarán registrados. ¿Y cuándo haría Él esta importante obra? ¿Dónde? ¿Cómo se lleva a cabo? Lo explicaremos en el próximo libro de esta serie.

Libro 4 - Tercera gran verdad: ¿Qué está haciendo Jesús ahora por mí?

La expiación

“Entonces Jehová dijo a Moisés: Dile a tu hermano Aarón que no entre en todo tiempo en el santuario, detrás del velo, delante del propiciatorio que está sobre el arca... Con esto entrará Aarón en el santuario: con un novillo para expiación. ... Y el sacerdote ungido y consagrado para administrar el sacerdocio en lugar de su padre hará la expiación... Y esto os será por estatuto perpetuo, para hacer expiación por los hijos de Israel. , de todos sus pecados, una vez al año” (Levítico 16:2, 3, 32, 34).

El Sumo Sacerdote sólo debe entrar al Santísimo, detrás del velo, en el día de la expiación. Este término tiene que ver con los pecados, porque según leemos el Sumo Sacerdote tenía que hacer expiación... por todos sus pecados. En el mismo capítulo encontramos la descripción de en qué consistió esta obra: “Y hará expiación por el santuario por las inmundicias de los hijos de Israel y por sus transgresiones, según todos sus pecados... y limpiará de las inmundicias de los hijos de Israel” (Levítico 16:16, 19). Durante todos los días del año, los pecadores hacían sacrificios por sus pecados y, a través de la sangre de las víctimas, estos eran transferidos simbólicamente al santuario. Fue contaminado con los pecados recibidos. Luego, “una vez al año” (versículo 34), se hacía la expiación o “purificación” del santuario. Como sugiere el nombre, en este día el santuario fue limpiado de pecados.

El ceremonial enseñaba que aquellos que no afligieran sus almas en ese día, preparándose para recibir el beneficio de la obra de expiación, serían eliminados del pueblo: “es el Día de la Expiación, para hacer expiación por vosotros delante de Jehová tu Dios. Porque toda alma que no se entristezca ese mismo día, será cortada de su pueblo” (Levítico 23:28, 29). Esto muestra que el tiempo de oportunidad para borrar los pecados terminó en este día. No hubo una segunda oportunidad. La expiación fue la última obra del Sumo Sacerdote a favor de los pecadores.

El año religioso hebreo representó la obra de Cristo en el plan de redención. Así como el templo en la tierra era purificado una vez al año, el santuario en el cielo será purificado sólo una vez, durante el plan de redención. Y siguiendo el ejemplo de lo hecho en la tierra, Jesús sale del compartimiento “Santo” del santuario celestial y pasa al “Santísimo”, para comenzar esta obra. Esto es lo último que hizo Cristo a favor de los hombres. Es en el tiempo de la expiación cuando la puerta de la gracia y del perdón se cerrará para siempre para los hombres. Antes del diluvio, la puerta del arca de Noé estaba cerrada, sellando el destino de los que estaban dentro y de los que estaban fuera. Así

también será en expiación: en un tiempo conocido por Dios, la misericordia, despreciada durante tanto tiempo, ya no suplicará a los hombres pecadores.

Terminará el período de gracia concedido a los hombres y comenzará el de los juicios retributivos. Se desatarán entonces las siete últimas plagas del Apocalipsis, azotes nunca experimentados por el hombre, por terribles que sean.

Es de gran interés para nosotros saber cuándo comenzaría Jesús la obra de expiación, porque entonces sabremos cuándo entraría al Santísimo. También sabremos si la última fase del plan de redención ya ha comenzado y si se acerca el fin del tiempo de gracia. La profecía que estudiamos en el libro 2 decía: "hasta dos mil trescientas tardes y mañanas, y el santuario será purificado" (Dan. 8:14). Como hemos visto, se cumplió el 22 de octubre de 1844. Fue en esta fecha que Jesús inició la obra de purificación o expiación del santuario. Como se hace en el Lugar Santísimo, sabemos que Jesús entró allí en esta fecha.

Purificación del pueblo de Dios

En el ceremonial típico, los israelitas eran purificados de todos los pecados en el día de la expiación: "en aquel día se hará expiación por vosotros, para purificaros; y seréis limpiados de todos vuestros pecados delante de Jehová. (Levítico 16:30). Los pecados confesados durante el año permanecían en el santuario hasta ese día. Luego, según lo determinado, el Sumo Sacerdote, habiendo "terminado de expiar el santuario, la tienda de reunión y el altar", puso los pecados sobre el macho cabrío: "hará que el macho cabrío viva. Y Aarón pondrá ambas manos sobre la cabeza del macho cabrío vivo, y confesará sobre él todas las iniquidades de los hijos de Israel, y todas sus transgresiones, conforme a todos sus pecados; y los pondrá sobre la cabeza del macho cabrío y lo enviará al desierto por mano de un hombre designado para tal efecto. Para que ese macho cabrío lleve todas sus iniquidades a la tierra solitaria; y el hombre enviará el macho cabrío al desierto".

(Levítico 16:20-22). Los pecados eran sacados del santuario y puestos sobre el macho cabrío.

Así, el santuario quedó limpio y los adoradores israelitas tuvieron la seguridad de que sus pecados habían sido borrados. Este servicio fue "una alegoría del tiempo presente...

Pero cuando Cristo, sumo sacerdote de los bienes venideros, vino en un tabernáculo más grande y más perfecto, no hecho de manos, es decir, no de esta creación, ni con sangre de machos cabríos y de becerros, sino con su propia sangre, Entró una sola vez en el santuario" (Heb. 9:9, 11, 12). Haría expiación por los pecados de todos los verdaderos israelitas. Y no nos confundamos aquí: la Biblia enseña que aquellos que se dejan guiar por el espíritu de Cristo, que se someten a su influencia, son considerados hoy israelitas y judíos:

"No todos los que son de Israel son israelitas; ni por ser descendientes de Abraham son todos hijos"; "Porque no es judío el que lo es exteriormente, ni está circuncidado el que lo es exteriormente en la carne. Pero es judío el que es interiormente, y la circuncisión es la del corazón, en espíritu, no en letra, cuya alabanza no proviene de los hombres, sino de Dios. (Romanos 9:6, 7; 2:28, 29). Son ellos, los guiados por el espíritu, quienes reciben los beneficios del día de la expiación. Quizás nunca hayan entrado a una iglesia; pero si han oído y obedecido la voz de la conciencia, que es la voz de Cristo, por el espíritu, son contados como de Cristo. Es como dice Pablo en Romanos: "Porque cuando los gentiles no tienen la ley, naturalmente hacen las cosas que son de la ley... muestran la obra de la ley.

ley escrita en su corazón, dando testimonio su conciencia y sus pensamientos, ya sea acusándolos o defendiéndolos, en el día en que Dios juzgará a los hombres por Jesucristo, según mi evangelio” (Rom. 2: 14-16).

En el ceremonial típico, la ceremonia del día de la expiación se llevaba a cabo sólo a favor de los israelitas y extranjeros que se habían unido al pueblo de Israel. Esto significa que, en el gran plan de redención, sólo aquellos que una vez se sometieron a la guía de Su espíritu tendrán sus casos considerados en el gran día de la expiación. Los casos de los impíos serán considerados separadamente en otro momento. Después de la segunda venida de Cristo (ver Apocalipsis 20:11-15).

Pago proporcional por Obras

Volviendo al ceremonial típico, el macho cabrío sobre el que se depositaban los pecados no era sacrificado: “ese macho cabrío llevará todas sus iniquidades a la tierra solitaria; y el hombre enviará el macho cabrío al desierto” (Levítico 16:22). Por lo tanto, debe representar a alguien que no murió por nosotros, pero que llevará el castigo por nuestros pecados. El Apocalipsis desvela el misterio. Juan informa que vio el dragón, símbolo de Satanás (Apoc. 12:9), en rojo: “Y se vio otra señal en el cielo, y he aquí, era un gran dragón rojo” (Apoc. 12:3). En la Biblia, el rojo es un símbolo del pecado: “aunque vuestros pecados sean... rojos como el carmesí” (Isaías 1:18). Por lo tanto, el dragón rojo representa a Satanás, quien tomó sobre sí los pecados. Él es, por tanto, el chivo expiatorio. Jesús, en Su obra como Sumo Sacerdote, finalmente confesará los pecados de los santos sobre Él. Engañó a los hombres, representando falsamente el carácter de Dios, induciéndolos a unirse a él en la transgresión de los Diez Mandamientos.

Sin embargo, al contemplar el amor de Dios demostrado en el sacrificio de Su Hijo por su salvación, vieron Su verdadero carácter y se arrepintieron de su rebelión contra Su ley. Confesaron sus pecados y caminaron en obediencia. Se demuestra entonces que, si hubieran conocido de antemano el verdadero carácter de Dios, nunca habrían pecado. Por lo tanto, el verdadero culpable de tus pecados es Satanás.

Cuando los pecados sean removidos del santuario en el cielo, con justicia recaerán sobre Satanás, quien deberá pagar proporcionalmente por ellos el castigo del lago de fuego. Esto no significa que seremos salvos por la muerte de Satanás. Puesto que la “paga del pecado es muerte”, Jesús se convirtió en nuestro sustituto y murió en nuestro lugar (Ro. 6:23). Pero la justicia de Dios requiere que cada persona sea recompensada “según sus obras” (Apocalipsis 22:12). Así, Nerón debió sufrir un castigo más severo que el de un hombre común y corriente que, aunque no aceptó la salvación ofrecida por Dios, no asesinó a tantos hombres. En la misma línea, los pecados de Saulo, que persiguió, mató y obligó a los cristianos a blasfemar, antes de convertirse, fueron más graves que el de Pedro, de cortarle la oreja a Malco, miembro de la turba que arrestó a Cristo.

Ambos pecaron, pero mientras uno lo hizo defendiendo a Cristo, el otro lo hizo persiguiendo y queriendo destruir a Cristo. Resulta que ambos aceptaron la gracia de Dios y fueron salvos. Pero aun así, debe haber un pago en proporción a sus obras. Si, por un lado, ambos tenían que morir, por otro, Saúl ardería en el fuego más tiempo que Pedro, en proporción a sus obras. Esta pena proporcional, quienquiera

enfrentará a Satanás. El sacrificio por la salvación fue la muerte de Cristo; el pago proporcional por la severidad de las malas obras de los santos será pagado por Satanás.

Lo anterior se basa en la revelación, de las Escrituras, de que las malas obras son combustible para el fuego de la condenación: "si alguno... formare un edificio de... madera, heno, paja, la obra de cada uno se manifestará; en verdad, el Día lo declarará, porque será descubierto por el fuego; y el fuego probará cuál es la obra de cada uno... Si la obra de alguno es quemada, sufrirá daño". El pecado de los malvados será el combustible que los mantendrá ardiendo en el fuego. Una vez que se acabe el combustible, morirán y se convertirán en cenizas. Por lo tanto, el diablo arderá por más tiempo. Pero eventualmente, todo se convertirá en "cenizas" (I Cor. 3:12, 13; Mal. 4:1-3).

¿Fuego eterno?

La Biblia no dice que el diablo ya esté hoy en un lugar lleno de llamas, llamado infierno. Señala un tiempo, en el futuro, en el que recibirá su castigo: "Te haré perecer, oh querubín protector, entre piedras de fuego" (Ezequiel 28:16). Entonces será quemado. Dios habla de este día en el que Satanás será destruido, en el versículo 18: "habéis profanado vuestros santuarios; Entonces hice salir fuego de en medio de vosotros, y os consumió, y os reduje a ceniza sobre la tierra a los ojos de todos los que os veían" (Eze. 28:18). Considerando que el diablo mismo será quemado sólo en el futuro, entendemos que no hay ningún hombre que esté ardiendo en el infierno hoy. La pena del lago de fuego se ejecutará sólo después del juicio final. Jesús dijo: "Y cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria, y todos los ángeles con él, entonces se sentará en el trono de su gloria; y todas las naciones serán reunidas delante de él, y él separará a unos de otros, como separa el pastor las ovejas de los cabritos. Y pondrá las ovejas a su derecha, pero los cabritos a su izquierda... Entonces dirá también a los de su izquierda: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles." (Mateo 25:31-33, 41). Juan, contemplando la misma escena en el futuro, dijo: "Y vi un gran trono blanco y al que estaba sentado en él, de delante del cual huyeron la tierra y el cielo, y no se encontró lugar para ellos. Y vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie delante del trono, y los libros fueron abiertos. Y se abrió otro libro, que es el de la vida. Y los muertos fueron juzgados por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras. Y el mar entregó los muertos que había en él; y la muerte y el infierno entregaron los muertos que había en ellos; y fueron juzgados cada uno según sus obras... Y el que no se halló inscrito en el libro de la vida, fue arrojado al lago de fuego" (Apocalipsis 20:11-15). "Entonces la muerte y el infierno fueron arrojados al lago de fuego.

Esta es la muerte segunda, el lago de fuego" (Apoc. 20:14 - Versión Americana Revisada y Actualizada). Nota: el lago de fuego corresponde a la muerte segunda. Por tanto, los que sean arrojados en ella, morirán. Entonces los malvados "serán como si nunca hubieran existido" (Obá 1:16).

Volviendo a la expiación, como ocurría en el típico ceremonial, donde el Sacerdote confesaba sus pecados sobre el macho cabrío, Cristo, el Sumo Sacerdote, abandonará el santuario,

llevando tus pecados con Él y los confesarás a Satanás. Entonces los pecados de los santos serán borrados para siempre de los registros del santuario celestial. Pero el Señor dice que somos el "santuario de Dios" en 1 Corintios 3:16. Entonces, cuando los pecados sean borrados del santuario, también serán borrados de nuestra memoria: ya no recordaremos los pecados. Dios tampoco los recordará, porque prometió: "Y este será mi pacto con ellos cuando quite sus pecados".

"Porque este es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice el Señor: Pondré mis leyes en su entendimiento, y las escribiré en sus corazones; y yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo... Seré misericordioso con sus iniquidades y sus pecados y sus transgresiones. No me acordaré más."

(Romanos 11:27; Hebreos 8:10, 12). Se concederá el perdón definitivo de los pecados.

Perdón definitivo

Muchos enseñan que el perdón definitivo de los pecados se dio en la cruz del Calvario. Así, inducen a las multitudes a creer que, por muy malvada que haya sido su conducta después de aceptar a Jesús como su Salvador, el cielo es su hogar. Como resultado de este engaño, la iniquidad y la hipocresía actúan en las iglesias como levadura en la masa, y los pecados no son reprendidos por la exaltación de la ley de Dios en los púlpitos, empeorando cada vez más su condición moral. Sin embargo, la Biblia enseña que el perdón definitivo sólo se concederá al final de la obra de expiación: "El sacerdote hará por él expiación por su pecado, y le será perdonado". (Levítico 4:26). Los propios apóstoles de Cristo, que aprendieron la verdad directamente de Él, enseñaron que el perdón máximo era algo que se obtendría en el futuro, en el día de la expiación. Pablo, explicando la justificación por la fe, escribió: "siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús, a quien Dios puso como propiciación mediante la fe en su sangre" (Rom. 3: 24, 25). Pablo se refirió aquí al ceremonial del santuario. Esto dispone: "y el sacerdote hará expiación por ellos, y su pecado será perdonado". (Levítico 4:20). Entonces los pecados serán borrados de los libros de registro y el perdón será definitivo. El salmista dijo: "conforme a tu misericordia; Borra mis transgresiones, conforme a la multitud de tus misericordias". (Sal. 51:1). Los pecados se borran definitivamente, no por la cruz, sino por la obra de propiciación realizada por el ministerio sacerdotal de Cristo. El día de la expiación se hacía la propiciación. Tiene este nombre porque se realiza sobre el propiciatorio, que, en el santuario de los hebreos, era el espacio libre encima del arca del pacto y debajo de las alas de los ángeles cubrientes. En realidad, representa el trono de Dios. La Biblia enseñó: "Di a tu hermano Aarón que no entre en todo tiempo en el santuario, detrás del velo, delante del propiciatorio que está sobre el arca" (Levítico 16:2).

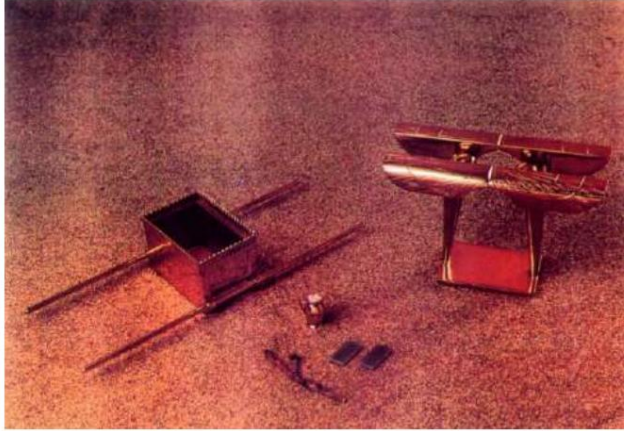


Figura 1 – Arca de la alianza y su contenido. El propiciatorio es el espacio entre la tapa del arca y las alas de los ángeles cubrientes, donde se manifestaba la gloria de Dios, la Shekinah. – REALIZAR UNA INDICACIÓN MOSTRANDO DÓNDE SE ENCUENTRA EL INMUEBLE PROPIO.

La propiciación es la obra del Intercesor de pedir perdón por los pecados de los hombres, para que sean definitivamente borrados. Cuando el pueblo de Israel fue sorprendido por Moisés en el acto de adorar al becerro de oro, les dijo: “Habéis cometido un gran pecado; Pero ahora ascenderé al SEÑOR; tal vez haré expiación por tu pecado. Entonces Moisés volvió a Jehová y dijo: Ahora este pueblo ha cometido un gran pecado al hacerse dioses de oro. Perdona, pues, ahora su pecado; Si no, por favor bórrame de tu libro que has escrito”. (Éxodo 32:30-32).

Jesús, nuestro Sumo Sacerdote, después de entrar en el lugar santísimo, haría propiciación, suplicaría el perdón definitivo para su pueblo. Pablo se refirió a esta obra cuando escribió: “siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús, a quien Dios puso como propiciación mediante la fe en su sangre” (Rom. 3: 24, 25). Ya entonces predicó que en el futuro se concedería a los creyentes el perdón definitivo, la eliminación del pecado. El apóstol Juan también predicó el perdón futuro, a través de la obra de propiciación: “En esto consiste el amor, no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados”. (1 Juan 4:10).

Pablo explicó que los creyentes en la época de los apóstoles recibían la bendición del perdón (justificación) en el momento en que creyeron, aunque el perdón definitivo se obtendría en la expiación siglos después. Para ilustrar esta verdad, citó el ejemplo de Abraham, a quien se llamó “padre de muchas naciones” mucho antes de que Sara quedara embarazada de Isaac: “De modo que es por la fe... para que la promesa sea firme para toda la posteridad... que es de la fe de Abraham, el cual es padre de todos nosotros (como está escrito: Te he puesto padre de muchas naciones), delante de aquel en quien creyó... Dios, que vivifica a los muertos y llama a las cosas, que no son como si ya lo fueran”. (Romanos 4:17). Para Dios, que lee el futuro, Abraham ya era padre de los que creen desde que se lo prometió. Del mismo modo, el hombre puede contemplar, a través de la fe en la promesa, la bendición del perdón definitivo, mucho antes de haberlo recibido. Desde que aceptó a Jesús, se encuentra libre del sentimiento de culpa e inocente ante la ley. Los que creyeron antes de 1844, año en que comenzó la obra de expiación, murieron en esta fe.

La última generación

Quienes vivan en el momento en que Jesús está a punto de completar la propiciación recibirán la bendición del perdón definitivo "en vida". Si Jesús borrara sus pecados registrados en el cielo y ellos continuaran cometiendo pecados en la tierra, tendría que volver a sus casos para interceder por ellos nuevamente y borrarlos, y eso sería un círculo vicioso: el hombre se ensucia y Jesús limpia. Entonces, mientras viviera esta generación de pecadores, Jesús tendría que permanecer en el lugar santísimo para borrar continuamente sus pecados. Pero Jesús prometió dejar lo santísimo y venir a la tierra a buscar a su iglesia. "Vendré otra vez y os tomaré conmigo", dijo (Juan 14:3). Entonces debe terminar la obra de borrar los pecados. Por lo tanto, debe haber un grupo de personas que lleguen al punto de no volver a cometer pecados. El profeta Juan vio a este grupo en una visión: "Y miré, y he aquí el Cordero que estaba en pie sobre el monte Sión, y con él ciento cuarenta y cuatro mil, que tenían su nombre y el nombre de su Padre escrito en sus frentes. son los que siguen al Cordero por dondequiera que va... no se halló engaño en su boca; porque son irreprochables" (Apocalipsis 14:1, 4). Tienen el nombre del Padre, esto significa que tienen el carácter del Padre celestial, así como los niños, cuando nacen, tienen rasgos de carácter de sus padres en la tierra. Siguen al Cordero dondequiera que vaya. porque por la fe siguieron al Cordero inmolado por ellos hasta el lugar santísimo. Allí contemplaron Su obra de, a través de los méritos de Su sangre, darles el perdón definitivo de sus pecados y purificarlos de su conciencia. Cooperando con Jesús mientras hacían la expiación, luchando, por la fe, contra las pasiones del pecado y de la carne que operaba en ellos, quedaron completamente limpios. Estos, el ciento y cuarenta y cuatro mil, pertenecen por tanto a la generación que verá el regreso de Jesús, ya que estarán preparados para ello. Sin pecado, pueden vivir en la presencia del Dios santo sin un Intercesor. Cuando Cristo salga del santuario y venga a la tierra, cuando ya no esté ante el Padre para interceder por los pecadores, ellos serán irreprochables, esperándolo. Serán la iglesia pura de santos vivientes, listos para ser trasladados al cielo sin ver la muerte: "Y oí como la voz de una gran multitud, y como la voz de muchas aguas, y como la voz de de grandes truenos, que decían: ¡Aleluya! Por ahora reina el Señor, Dios Todopoderoso. Gocémonos y alegrémonos, y démosle gloria, porque han llegado las bodas del Cordero, y su esposa se ha preparado. Y le fue dado vestirse de lino fino, limpio y resplandeciente; porque el lino fino es la justicia de los santos" (Apocalipsis 19:6-8).

Los ciento cuarenta y cuatro mil no serán los únicos que se salvarán durante el tiempo de la expiación. La Biblia declara que muchos morirán salvos en el tiempo del fin: "Y oí una voz del cielo que me decía: Escribe: Bienaventurados los muertos que de ahora en adelante mueren en el Señor. Sí, dice el Espíritu, para que descansen de sus trabajos, y sus obras los sigan" (Apocalipsis 14:13). Pero entre todos los salvos, los ciento cuarenta y cuatro mil tendrán la experiencia del Padre – nunca morirán – por lo que tendrán el nombre del Padre escrito en sus frentes.

Dios borrará los pecados de nuestra memoria.

Mediante la obra de expiación, el pueblo fue limpiado de sus pecados. Así también en el plan de redención. Jesús hace la propiciación: como Intercesor, pide a Dios el perdón definitivo para los creyentes, por los méritos de su sangre. Dios concede y los pecados de los creyentes son borrados, tanto del santuario del cielo como de sus conciencias. El libro de Hebreos explica que ésta era la verdad espiritual ejemplificada por la obra del sacerdote al rociar la sangre: "Porque si la aspersion con sangre de machos cabríos, y de toros, y con las cenizas de la novilla, santifica a los que están contaminados, como el purificación de la carne, ¿cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, purificará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo? (Hebreos 9:13, 14). "Porque siendo la ley una sombra de los bienes futuros y no una imagen exacta de las cosas, nunca puede, mediante los mismos sacrificios que se ofrecen continuamente cada año, perfeccionar a los que vienen a ellos. De lo contrario, habrían dejado de ofrecerse, porque, una vez purificados los oferentes, nunca más tendrían conciencia del pecado" (Heb. 10:1,2).

La obra de borrar los pecados y purificar el santuario es una. E incluye no sólo una declaración de perdón de parte de Dios, sino la eliminación de los pecados de la mente y la conciencia del hombre. Esto significa que una vez que se haya hecho propiciación en el cielo a nuestro favor, ya no podremos recordar los pecados que hemos cometido. De hecho, la Biblia declara que Dios mismo los olvidará: "este es el pacto que haré... dice el Señor: pondré mis leyes en sus corazones y las escribiré en sus mentes. Y nunca más me acordaré de sus pecados y de sus iniquidades" (Heb. 10:16, 17).

No hay ganas de hacerlo de nuevo.

"Si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas las cosas son hechas nuevas... Dios... nos ha reconciliado consigo mismo por medio de Jesucristo" (II Cor. 5:17, 18). Para que los hombres sean irreprochables, Jesús debe capacitarlos para que no vuelvan a cometer los mismos pecados por los que fueron perdonados. Por tanto, el perdón de Dios no se limita a una declaración legal de justificación del hombre que yerra, sino que también incluye el otorgamiento de poder al hombre, para que deje de pecar. Por eso Pablo declara que el evangelio es "poder de Dios para salvación a todo aquel que cree" (Romanos 1:16). Juan, en la misma línea, afirma: "A todos los que le recibieron, les dio potestad de ser hijos de Dios: a los que creen" (Juan 1:12). "Todo aquel que es nacido de Dios, no comete pecado; porque su simiente permanece en él; y no puede pecar, porque es nacido de Dios. En esto se manifiestan los hijos de Dios" (I Juan 3:8, 9). Incluso si un pecado o una tentación es tan difícil de superar como caminar sobre el agua, un hombre por fe lo superará tan fácilmente como Pedro caminó sobre el mar, mirando a Jesús. Mientras mantiene fija la mirada de la fe en Jesús, el hombre no comete pecado; porque su semilla, el Espíritu Santo, permanece en él. Y dado que a Cristo se le ha dado toda autoridad en el cielo y en la tierra (Mateo 28:18), tiene el poder infinito de Dios mismo a su disposición. Y se lo comunica al hombre pecador para que pueda vencer. Una vez que el hombre ha recibido este poder, es tan fácil no pecar como lo es para el Dios infinito vencer a Satanás o al hombre mismo. Dios puede vencerlos con

tan fácilmente como cuando arrojas una pequeña piedra al lago. Con la misma facilidad, el pecado se vence en la vida de quien mira a Jesús.

¿Significa esto que no hay posibilidad de que el hombre vuelva a caer? Lo hay, porque el hombre puede optar por apartar la vista de la fe de Jesús. Pedro así lo hizo y empezó a hundirse. Si continuaba en esta condición, se ahogaría. Pero al hundirse, volvió a mirar al Salvador pidiendo salvación. Su petición fue rápidamente respondida. Entonces Jesús le dijo: "Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?" (Mateo

14:31). Lo mismo sucede en la vida espiritual. Al elegir apartar la vista de la fe de Jesús, dejando que la mente se ocupe de otras cosas además del Salvador, Sus méritos, Sus mandamientos, Su persona divina y Su amor por la familia humana, el hombre comienza a hundirse. Luego, cuando se da cuenta, le ruega a Jesús que lo ayude. En este momento se aplican también a él las palabras dirigidas a Pedro: "Hombres de poca fe, ¿por qué dudasteis?" Muestran que la fe es el resultado de mirar al Salvador, contemplarlo leyendo la Biblia. Jesús es el Autor de la fe (Heb. 12:2). Sólo mirándolo a Él el hombre tiene esta fe. Quitando sus ojos de Él, tratando de permanecer Sin Él, el hombre simplemente no tiene fe. "Separados de mí nada podéis hacer", dijo Jesús (Juan 15:5). Pedro apartó la mirada de Él y su fe flaqueó. Y quienes hagan lo mismo también dudarán. Por el contrario, el que mira a Él no quedará confundido. "Mis ovejas escuchan mi voz. Yo los conozco y ellos me siguen... Nadie puede arrebatarlos de mi mano" (Juan 10:27, 28). Nadie, ni todos los poderes de la tierra unidos, puede llevar a alguien que mira fijamente a Jesús por la fe a cometer un solo pecado.

En la obra de expiación, Jesús borra los pecados y purifica a quienes por fe se apoderan de Su poder.

El ceremonial levítico prescribía que, al terminar la obra de expiación, el Sumo Sacerdote saldría a bendecir al pueblo: "Entonces Aarón levantó sus manos hacia el pueblo y los bendijo; y descendió, habiendo hecho la ofrenda por el pecado, el holocausto y la ofrenda de paz. Entonces Moisés y Aarón entraron en la tienda de reunión; luego salieron y bendijeron al pueblo; y la gloria de Jehová apareció a todo el pueblo". (Levítico 9:22, 23). Así también, cuando Jesús termine la obra de expiación, saldrá a bendecir a su pueblo con la inmortalidad. "Porque el Hijo del Hombre vendrá en la gloria de su Padre, con sus ángeles; y luego dará a cada uno según sus obras". (Mateo 16:27); "El Señor mismo descenderá del cielo con voz de mando, con voz de arcángel y con trompeta de Dios; y los que murieron en Cristo resucitarán primero; Entonces nosotros los que estemos vivos y que hayamos quedado seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor". (I Tes. 4:16, 17). "Los muertos resucitarán incorruptibles y nosotros seremos transformados. Porque conviene... que esto que es mortal se vista de inmortalidad". (I Corintios 15:51-54).

La sentencia investigadora

Antes de borrar los pecados de los creyentes, es necesario comprobar quiénes realmente permanecieron en la fe hasta el final. Porque no tiene sentido borrar los pecados de quienes abandonaron al Salvador y despreciaron su gracia, después de haberla conocido. “Si el justo se aparta de su justicia, y hace iniquidad, y hace conforme a todas las abominaciones que hace el impío, ¿vivirá? Todas las justicias que ha hecho no serán recordadas; en su transgresión con que transgredió, y en su pecado con que pecó, en ellos morirá”. (Ezequiel 18:24). Por tanto, la obra de purificación del santuario está asociada a la investigación de la vida de todos aquellos que alguna vez fueron convertidos. Hay un tribunal, en el que Jesús es nuestro Abogado: “Si alguno peca, Abogado tenemos ante el Padre, a Jesucristo, el Justo. Y Él es la propiciación por nuestros pecados, y no sólo por los nuestros, sino también por los de todo el mundo”. (1 Juan 2:1, 2).

Juan explicó que si bien Jesús es la propiciación, Él es nuestro Abogado. Comenzó a hacer expiación en el propiciatorio del santuario celestial en 1844. Entonces comenzó el juicio.

Para que podamos recibir el perdón definitivo de los pecados, debemos ser absueltos en los tribunales. En el ceremonial típico, no todos recibían los beneficios de la obra de expiación: “es el día de la expiación, para hacer expiación por vosotros delante de Jehová vuestro Dios. Porque toda alma que en ese mismo día no sea afligida, será cortada (eliminada) de su pueblo”. (Levítico 23:29). Así también, Cristo, en la obra de expiación, hará la obra de escudriñar los libros de todos los que han entrado al servicio de Cristo, que han llegado a ser sus colaboradores, “cuyos nombres están en el libro de la vida” (Fil. 4:3), para ver cuáles son dignos de recibir el beneficio de la propiciación, siendo sus pecados definitivamente perdonados. Todos los que sean “pesados en la balanza” del santuario “y hallados faltos” (Dan. 5:27) serán eliminados. Daniel vio en visión al tribunal del cielo sentándose para comenzar la obra del tribunal investigador:

“Seguí mirando, hasta que se levantaron tronos, y se sentó un Anciano de días; Su vestido era blanco como la nieve, y el cabello de su cabeza como lana limpia; Su trono, llamas de fuego, y sus ruedas, fuego ardiente. Un río de fuego brotó de delante de Él; miles de miles le sirvieron, y millones de millones estuvieron ante Él; Se sentó el juicio y se abrieron los libros”. (Dan. 7:9, 10). Escenas de eterna importancia e interés pasaron ante los ojos del profeta. La Escritura dice: “El fin de todo lo que se ha oído es: temer a Dios y guardar sus mandamientos; porque este es el deber de todo hombre. Porque Dios juzgará toda obra y toda cosa secreta, sea buena o sea mala”. (Ecl. 12:13, 14). Desde aquí entendemos que cada obra, de cada individuo, será juzgada. Y la evaluación no será superficial: “incluso todo lo que está oculto” será comparado con el estándar de la justicia.

“Dios juzgará los secretos de los hombres por medio de Jesucristo”, y entonces “todos los que sin ley pecaron también perecerán; y todos los que pecaron bajo la ley, por la ley serán juzgados. Porque los que oyen la ley no son justos delante de Dios, pero los que practican la ley serán justificados”. (Romanos 2:16, 12, 13).

El estándar de justicia con el que se compararán las obras de cada uno para ser justificados (perdonados) o condenados es la santa ley de Dios, los Diez Mandamientos. Pensamientos, intenciones y motivos, palabras y acciones, todo será investigado a fondo, porque "Jehová no ve como ve el hombre. Porque el hombre ve lo que tiene delante de sus ojos, pero el Señor mira el corazón. (I Sam. 16:7).

Todas nuestras obras, conocidas y ocultas, quedan fielmente registradas en libros. Dijo el salmista: "Tú has contado mis andanzas; pon mis lágrimas en Tu botella; ¿No están en tu libro?" (Sal. 56:8). "Tus ojos vieron mi cuerpo informe, y en tu libro estaban escritas todas estas cosas que fueron formándose de día en día" (Sal. 139:16). "Por tanto, no juzguéis nada antes de tiempo, hasta que venga el Señor, el cual también revelará lo oculto de las tinieblas y revelará los pensamientos de los corazones" (I Cor. 4:5). Las buenas y las malas obras se registran por igual: "Jehová mira y oye; y hay un memorial escrito delante de él, para los que temen a Jehová y para los que recuerdan su nombre. (Malo. 3:16); "He aquí, escrito está delante de mí... vuestras iniquidades y las iniquidades de vuestros padres juntamente, dice Jehová" (Isaías 65:5, 6).

En el juicio, Jesucristo se presenta como Abogado de los hombres: "Si alguno peca, Abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo, el Justo. Y Él es la propiciación por nuestros pecados, y no sólo por los nuestros, sino también por los de todo el mundo". (I Juan 2:1, 2). Satanás se presenta ante el tribunal para acusarlos de los pecados que cometieron, pidiendo su condenación: "el gran dragón, la serpiente antigua, llamado diablo y Satanás... el acusador de nuestros hermanos... que delante de nuestro Dios acusó al día y noche." (Apocalipsis 12:10). Es cierto que incluso aquellos que aceptaron a Jesús como su Salvador personal cometieron pecados. Assim, só podem ser absolvidos no juízo pelo trabalho de Jesus como seu Intercessor e Advogado de defesa: "Porque Cristo não entrou num santuário feito por mãos, figura do verdadeiro, porém no mesmo céu, para agora comparecer, por nós, perante a face de Deus"; "Por lo tanto, también puede salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos". (Hebreos 9:24; 7:25).

Para beneficiarse de la obra de intercesión de Cristo, los creyentes deben confesar y abandonar sus pecados: "El que encubre sus transgresiones nunca prosperará; pero el que los confiesa y los abandona alcanzará misericordia". (Proverbios 28:13). Si, en el juicio, alguien tiene "pecados no arrepentidos y no perdonados, que permanecen en los libros de registros, su nombre será eliminado del libro de la vida y el registro de sus buenas obras borrado del libro conmemorativo de Dios. El Señor dijo a Moisés: 'Borraré de mi libro a todo el que peca contra mí' (Éxodo 32:33)". (El Conflicto de los Siglos, página 390 - Editora Advertência Final). El que un día recibió a Jesús como su Salvador personal y luego lo abandonó por completo, desoyendo las advertencias y consejos de la Palabra de Dios, viviendo como quiso, sin considerar la voluntad del Señor, no será absuelto. Está escrito: "Pero si el justo se aparta de su justicia, y hace iniquidad, y hace conforme a todas las abominaciones que hace el impío, ¿vivirá? de todos tus

Las justicias que ha hecho no serán recordadas; en su transgresión con que transgredió, y en su pecado con que pecó, en ellos morirá". (Ezequiel 18:24).

Muchos descansan en una falsa seguridad, entendiendo que una vez que hayan aceptado a Jesús, sin importar cómo sea su vida futura, el cielo será su hogar. Como hemos visto, la Palabra de Dios no dice esto. Para ser salvo, es importante no sólo abrazar la fe en Cristo, sino permanecer en la fe hasta el fin. El apóstol Pablo escribió: "Porque tenéis necesidad de paciencia, para que, después de haber hecho la voluntad de Dios, podáis recibir la promesa. Porque aún queda un poco de tiempo, y lo que está por venir llegará y no tardará. Pero los justos vivirán por la fe; y si se retira, mi alma no se complace en él. Pero no somos de los que van a la perdición, sino de los que creen para la conservación del alma". (Hebreos 10:36-39). Considerando la grandeza del sacrificio hecho por el inocente Salvador en la cruz, no hay manera de que podamos considerar irrazonables las condiciones de salvación presentadas por Dios: "Decís: El camino del Señor no es recto. Oíd ahora, oh casa de Israel: ¿No es recto mi camino? ¿No están torcidos vuestros caminos? Si un justo se aparta de su justicia y comete iniquidad, morirá por ello; en su iniquidad que ha cometido, morirá. Pero si el impío se aparta de su maldad y practica el derecho y la rectitud, mantendrá viva su alma. Porque cualquiera que reconsidera y se arrepiente de todas las transgresiones que ha cometido ciertamente vivirá, no morirá. Sin embargo, la casa de Israel dice: El camino del Señor no es recto. ¿No son rectos mis caminos, oh casa de Israel? ¿Y no están torcidos vuestros caminos? Por tanto, yo os juzgaré a cada uno según su camino, oh casa de Israel, dice el Señor DIOS; Ven y apártate de todas tus transgresiones, y la iniquidad no será tu piedra de tropiezo. Desechad de vosotros todas las transgresiones con que habéis transgredido, y cread dentro de vosotros un corazón nuevo y un espíritu nuevo; ¿Por qué habéis de morir, oh casa de Israel? Porque no me complazco en la muerte del que muere, dice el Señor JEHOVÁ; Conviértete, pues, y vive". (Ezequiel 18:25-32).

Todos los que verdaderamente se han arrepentido de sus pecados y por fe reclamaron la sangre de Cristo como su sacrificio expiatorio tienen el perdón colocado junto a sus nombres en los libros celestiales. Debido a que han llegado a ser participantes de la justicia de Cristo, sus caracteres se consideran en armonía con la ley de Dios, sus pecados son borrados y se les considera dignos de la vida eterna. Vuestras transgresiones serán borradas: "Yo, yo mismo soy el que borro vuestras transgresiones por amor de Mí mismo, y no me acuerdo de vuestros pecados". (Isaías 43:25). Jesús dijo: "El que venciere será vestido de vestiduras blancas, y de ninguna manera borraré su nombre del Libro de la Vida; al contrario, confesaré su nombre delante de mi Padre y delante de sus ángeles". (Apocalipsis 3:5). "Por tanto, a cualquiera que me confiese delante de los hombres, yo también le confesaré delante de mi Padre que está en los cielos; pero al que me niegue delante de los hombres, yo también le negaré delante de mi Padre que está en los cielos". (Mateo 10:32, 33).

¿Cuál será la experiencia de quienes serán absueltos en el juicio?

"Si cumples la ley real según la Escritura: Amarás a tu prójimo como a ti mismo, te irá bien. Pero si tenéis respeto a las personas, cometéis pecado y sois condenados por la ley como transgresores. Porque quien guarda toda la ley y

tropezar con un punto se convirtió en culpa de todos. Porque el que dijo: No cometerás adulterio, también dijo: No matarás. Así que, si no cometes adulterio, sino que matas, eres transgresor de la ley. Así hablad y así obrad, como debe ser juzgado por la ley de la libertad. Porque el juicio será sin misericordia para el que no ha tenido misericordia; y la misericordia triunfa sobre el juicio.

Hermanos míos, ¿de qué le sirve a uno decir que tiene fe y no tiene obras? ¿Puede la fe salvarte? Y si un hermano o una hermana está desnudo y le falta el alimento diario, y alguno de vosotros les dice: Id en paz, calentaos y saciaos; y no les dais lo necesario para el cuerpo, ¿de qué les servirá? Así también la fe, si no tiene obras, está muerta en sí misma". (Santiago 2:8-17). La verdadera fe en Cristo lo introducirá en el corazón del creyente y lo llevará a producir las mismas buenas obras que Cristo realizó cuando estuvo en la tierra. Te llevará a comparar tus pensamientos, motivos, propósitos, palabras y acciones con la Palabra de Dios, y a someterlos a sus enseñanzas. A través del Espíritu Santo de Dios, el creyente será transformado, sometiéndose diariamente a las enseñanzas de la Biblia. Una profesión de fe que no conduzca a esta experiencia no puede salvar al hombre. Según la Biblia, la verdadera fe es "la fe que obra por el amor" (Gál. 5:6), es decir, que lleva al hombre a producir buenas obras, en armonía con la norma de la ley. "Aquí está la paciencia de los santos; Aquí están los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús". (Apoc. 14:12). "Porque este es el amor de Dios, que guardemos sus mandamientos; y sus mandamientos no son gravosos". (1 Juan 5:3). "¡Oh! ¡Cuánto amo tu ley! ¡Es mi meditación durante todo el día!"; "Me deleito en hacer tu voluntad, oh Dios mío; sí, tu ley está dentro de mi corazón". (Sal. 119:97; 40:8).

La verdadera fe llevará al creyente sincero a una batalla diaria contra enemigos internos y externos. Ambos se oponen al deseo de Dios de que actuemos según lo ordenado en Su Palabra. Pero "su mandamiento es vida eterna" (Juan 12:50). Si bien la ley de Dios nos señala el camino de la vida eterna y la conducta correcta, las pasiones internas, como el orgullo, el egoísmo y la vanidad, y los ángeles malvados y las personas que no están en sumisión a Cristo, nos presionan a abandonar el camino de la obediencia y continuar en él. transgresión. Será con luchas similares a las que tuvo Cristo, orando muchas veces al Padre, que podremos, por el poder del Salvador, mantenernos en el camino correcto. Pero al hacerlo, estaremos edificando un carácter que será aprobado en el juicio y considerado digno de la vida eterna: "Él nos ha dado promesas sumamente grandes y preciosas, para que por medio de ellas lleguéis a ser partícipes de la naturaleza divina, habiendo escapado de la corrupción. , que por la concupiscencia hay en el mundo"; "Porque todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos y la soberbia de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo. Y pasa el mundo y sus concupiscencias; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre". (2 Pedro 1:4; 1 Juan 2:16, 17). "El que venciere será vestido de vestiduras blancas, y no borraré su nombre del libro de la vida; y confesaré tu nombre delante de mi Padre y delante de sus ángeles". (Apocalipsis 3:5).

¿Cuáles son los casos considerados en los tribunales?

La Biblia dice: "El que en él cree, no es condenado; pero el que no cree, ya está condenado, porque no cree en el nombre del unigénito Hijo de Dios" (Juan 3:18).

Por tanto, los casos considerados en el juicio investigador son sólo los de quienes creyeron en Jesús. Estos tienen sus nombres escritos en un libro llamado: "libro de la vida". Pero esto no significa que allí se mencione a todos los que alguna vez levantaron la mano y dijeron "yo creo" con la boca. Las Escrituras declaran que "con el corazón se cree en la justicia" (Romanos 10:10). Sólo se cuentan aquellos que permitieron a Jesús renovar sus corazones por su Espíritu Santo. "El que no nace... del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios" (Juan 3:5). Estos no se quedan inactivos. El Espíritu los lleva a trabajar a favor del reino de Cristo. Así, en el libro están escritos los nombres de todos los que han entrado al servicio de Dios: "Y también te pido, mi fiel compañera, que ayudes a estas mujeres que trabajaron conmigo en el evangelio, y con Clemente, y con los demás colaboradores, cuyos nombres están en el libro de la vida". (Filipenses 4:3).

El tribunal del cielo sólo evaluará el caso de aquellos que tienen su nombre escrito en el libro de la vida, y el juicio estará encaminado a verificar si el nombre permanecerá en él o será tachado: "El que venciere será vestido de túnicas blancas, y no borraré su nombre del libro de la vida; y confesaré tu nombre delante de mi Padre y delante de sus ángeles". (Apocalipsis 3:5). La Palabra revela que, en la ciudad santa, la nueva Jerusalén, entrarán "sólo los que están inscritos en el libro de la vida del Cordero" (Apoc. 21:27). Y en cuanto a los que tienen sus nombres tachados, la Escritura revela cuál será su sentencia: "Y el que no fue hallado inscrito en el libro de la vida fue arrojado al lago de fuego". (Apocalipsis 20:15).

¿Habrá una segunda oportunidad?

La Biblia nos enseña que no habrá una segunda oportunidad. "Está establecido que los hombres mueran una sola vez, y después viene el juicio" (Heb. 9:27). Es en esta vida donde decidimos nuestro destino eterno. No habrá una segunda oportunidad después de la muerte.

Considerando la importancia de este juicio en el destino eterno de todos los seres humanos, sería razonable que Dios les advirtiera de su tiempo, así como les enviara un mensaje capaz de preparar a todo aquel que lo desee. Al estudiar la palabra de Dios, vemos que así fue. Encontramos este mensaje enviado a través de tres ángeles, mencionados en el libro del Apocalipsis:

"Y vi otro ángel volar en medio del cielo, y tenía el evangelio eterno, para proclamarlo a los moradores de la tierra, y a toda nación, tribu, lengua y pueblo, diciendo en alta voz ,... viniendo, es la hora de su juicio..." (Apocalipsis 14:6, 7).

Este evangelio es comunicado a los hombres a través del mensaje de los tres ángeles que aparecen en Apocalipsis 14, en los versículos que siguen al anterior. Es el último y más importante mensaje enviado a los hombres, porque de su aceptación o rechazo depende nuestro destino eterno. Jesús, desde el santuario, sigue con intenso interés la recepción del mensaje por parte de los hombres que compró con su propia sangre. La conoceremos y estudiaremos en el próximo libro de esta serie: "El Último Mensaje". Espero que tú también tengas la oportunidad de leerlo. Que Dios continúe guiándote en la lectura y el aprendizaje,

Pastor Jairo Carvalho.

Libro 5: Cuarta gran verdad: El Mensaje de los Tres Ángeles

“Y vi otro ángel volando en medio del cielo, y tenía un evangelio eterno para predicar a los moradores de la tierra, y a toda nación, tribu, lengua y pueblo, diciendo en alta voz: Temed Dios, y dadle gloria; porque ha llegado la hora de su juicio; y adorad al que hizo los cielos y la tierra, el mar y los manantiales de agua.

Un segundo ángel lo siguió, diciendo: Ha caído, ha caído Babilonia la grande, la que hizo beber a todas las naciones el vino de la ira de su fornicación. Y un tercer ángel los siguió, diciendo a gran voz: Si alguno adora a la bestia y a su imagen, y recibe la marca en su frente o en su mano, él también beberá del vino de la ira de Dios preparado. ...sin mezcla, en el cáliz de su ira; y será atormentado con fuego y azufre delante de los santos ángeles y delante del Cordero. El humo de su tormento continúa por los siglos de los siglos; y no tienen descanso ni de día ni de noche los que adoran a la bestia y a su imagen, ni el que recibe la señal de su nombre. Aquí está la paciencia de los santos; Aquí están los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús”. (Apocalipsis 14:6-12).

Juan vio que el próximo evento a cumplirse después del anuncio de estos tres mensajes es la segunda venida de Cristo, cuando vendrá a recoger a sus fieles: “Y miré, y vi una nube blanca, y sentada sobre la nube, una como el Hijo del Hombre, que tenía una corona de oro en la cabeza y, en la mano, una hoz afilada. Y otro ángel salió del templo, clamando a gran voz al que estaba sentado en la nube: ¡Trae tu hoz y siega! ¡Y ha llegado el tiempo de segar, porque la mies de la tierra está madura!

(Apocalipsis 14:14, 15). “la cosecha es el fin del mundo” (Mateo 13:39). Por tanto, el mensaje de los tres ángeles es el último enviado a los hombres, antes de la segunda venida de Cristo. Por eso el primer ángel anuncia: “ha llegado la hora de su juicio”. ¿Cómo prepararse para ello? “Temed a Dios y dadle gloria; porque ha llegado la hora de su juicio”. ¿Y eso qué quiere decir?

Tema a Dios

“Temer” no significa “tener miedo” de Dios. “El principio de la sabiduría es el temor de Jehová” (Sal. 111:10). No es algo negativo, sino bueno y sublime. oh

el hombre teme a Jehová cuando aprecia Su amor: "Tú, Jehová... Te levantarás y tendrás misericordia... entonces las naciones temerán el nombre de Jehová, ... cuando Jehová edifique a Sion, y en Su gloria manifieste, y responda la oración del desamparado, y no desprecie su oración. Esto será escrito para la generación futura; y el pueblo creado alabará al SEÑOR". (Sal. 103:12-18). El temor de Dios no es una expresión de gratitud formal y apática por su amor, como cuando el hombre rico dice "¡gracias!" a la recepcionista del hotel que le abre la puerta. Como dice el texto, el pueblo que le teme "alabará al Señor". Tu corazón estará lleno de alegría y gratitud hacia Dios, porque lo verás como tu benefactor. El temor del Señor incluye también "profundo respeto y reverencia" hacia Él, al contemplar su poder y autoridad, como lo muestra el relato de Jesús, cuando calmó la tormenta: "lo despertaron, diciéndole: Maestro, haz ¿No te importa que perezcamos? Y Él, despertando, reprendió al viento y dijo al mar: Cállate, cállate. Y amainó el viento, y hubo gran calma. Y él le dijo: ¿Por qué eres tan tímido? ¿Aún no tienes fe? Y sintieron gran temor y se decían unos a otros: ¿Pero quién es éste que hasta el viento y el mar le obedecen? (Marcos 4:38-41).

Temer a Dios es estar profundamente agradecido por todo lo que ha hecho por nosotros, respetarlo y reverenciarlo de corazón, y más: apreciar su bondad y justicia hasta el punto de aborrecer las obras que Él desaprueba. "El temor de Jehová es odiar el mal". "Por el temor de Jehová los hombres se apartan del mal". (Prov. 8:13; 16:6). Dios odia el pecado. De modo que el hombre que teme a Dios odia el pecado y ama su ley. La ley, los mandamientos, se basan en el principio eterno y perfecto del amor al prójimo: "el que ama a los demás, ha cumplido la ley. En efecto: No cometerás adulterio, no matarás, no hurtarás, no dirás falso testimonio, no codiciarás, y si hay algún otro mandamiento, todo se resume en esta palabra: Amarás a tu prójimo como a ti mismo... de modo que el cumplimiento de la ley sea el amor" (Rom. 13:8-10). Así, el hombre que teme a Dios ama a su prójimo: "Nadie oprima a su prójimo; mas tú temerás a tu Dios" (Levítico 25:17).

Considerando todo lo que abarca el temor de Dios, la pregunta entonces para nosotros es: "¿cómo podemos tener tal temor de Dios?" Es evidente que nuestro corazón no puede producirlo. Pero necesitamos tenerlo para estar preparados para el juicio. De lo contrario, estaremos perdidos. ¿Qué hacer entonces? Dios nos invita a mirar el ejemplo del Hombre, el que lo posee - Jesús, descendiente de David, hijo de Jesé: "Porque del tronco de Jesé brotará un Retoño, y de sus raíces un Renuevo [Jesús] dará fruto. Y se deleitará en el temor de Jehová" (Isaías 11:1, 3). La Biblia nos enseña que, al contemplar a Jesús, los hombres se llenaban del temor de Dios. Recuerda lo que acabamos de ver: "Cuando despertó, reprendió al viento y dijo al mar: Quédate quieto y enmudece. Y el viento amainó, y hubo una gran calma... Y sintieron gran temor". "Y temieron y se maravillaron, diciendo unos a otros: ¿Quién es éste, que manda a los vientos y al agua, y le obedece?" (Lucas 8:25). Los discípulos se llenaron de temor porque vivían con Jesús. Nosotros también tenemos este privilegio.

"He aquí, yo estoy con vosotros todos los días", dijo, "hasta el fin de los tiempos". (Mateo 28:20).

No lo vemos en persona, pero Él ha prometido que, en espíritu, está con nosotros, y podemos contemplar Su gloria por la fe, como un espejo recibe los rayos del Sol cuando es apuntado hacia él: "Ahora el Señor está el espíritu; y donde está el Espíritu del Señor, hay libertad. Pero nosotros todos, a cara descubierta, mirando como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor" (II Cor. 3:17, 18). Para que entendamos, contemplarlo en el Espíritu significa leer Su Palabra, la Biblia, porque Sus palabras son espíritu: "el espíritu es lo que da vida... las palabras que yo os hablo son espíritu y vida" (Juan 6: 63).

Quien mantenga la comunión con Cristo mediante el estudio de su palabra, temerá a Dios. Esto sólo es posible cuando no somos sólo lectores, sino practicantes de las verdades de la Biblia. Los que no quisieron obedecer las enseñanzas de Jesús se alejaron. "Muchos de sus discípulos se volvieron atrás y ya no andaban con Él. Entonces Jesús dijo a los doce: ¿Queréis irnos también vosotros? Entonces Simón Pedro le dijo: Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna, y nosotros hemos conocido y creído que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios". (Juan 6:66-69).

Dale gloria a Dios

Prepararse para el juicio también implica darle gloria. Dios posee "gloria magnífica" (II Pedro 1:17). Por lo tanto, darle gloria es entregar lo que por derecho le pertenece. "Dad al Señor, oh hijos de los valientes, dad al Señor gloria y fortaleza. Dad a Jehová la gloria debida a su nombre" (Sal. 29:1, 2). Pero esto significa más que simplemente decir: "¡Gloria a Dios!" No es que esto esté mal. Los propios ángeles dijeron: "Gloria a Dios en las alturas", y nosotros debemos hacer lo mismo (Lucas.

2:14). Pero aunque esta expresión, procedente de un corazón que siente lo que dice la boca, honra a Dios, no resume todo el significado del término. Leemos: "Hijo mío, te ruego que des gloria a Jehová Dios de Israel, y confieses delante de él; y dime ahora lo que has hecho, no me lo ocultes. Y Acán respondió a Josué y dijo: En verdad he pecado contra Jehová Dios de Israel, y he hecho esto y aquello" (Josué 7:19). Dar gloria a Dios implica confesar que hemos actuado mal. Es reconocer que Él tiene razón y nosotros estamos equivocados. Que Él no fue en absoluto culpable de nuestra transgresión, ni participó en lo más mínimo en dirigir las circunstancias para llevarnos al error. "Nadie, cuando es tentado, dice: Soy tentado por Dios; porque Dios no puede ser tentado por el mal y no tienta a nadie. Pero cada uno es tentado cuando es arrastrado y seducido por su propia concupiscencia" (Santiago 1:14). Dar gloria implica confesar el pecado, nuestras transgresiones de la ley de Dios. "Todo aquel que comete pecado, también infringe la ley, porque el pecado es transgresión de la ley" (1 Juan 3:4).

Pero dar gloria a Dios no es un mero reconocimiento formal y externo de culpa.

Muchos hombres, para conseguir sus propios objetivos, hacen lo que se llama "mea culpa". Es una confesión externa de error para satisfacer a los demás y darles la impresión de que ha habido arrepentimiento, cambio y camino de su parte. Se hace en un intento de recuperar la confianza del público. Pero no proviene de una profunda tristeza por haber deshonrado a Dios y ofendido a otros, y el consiguiente arrepentimiento por el error cometido. Es común que este tipo de confesiones se hagan de mala gana. Está claro que si el culpable pudiera lograr sus objetivos de otra manera,

En cualquier caso, no haría ninguna confesión. Esta fue la confesión de Acán. Le robó a Dios al esconder lo que llamó: "el buen manto babilónico", incluso mientras hacía su confesión (Josué 7:21). No aborreció el objeto que fue fruto de su pecado. Antes todavía lo codiciaba. Alguien verdaderamente arrepentido aborrecería el manto obtenido al precio de la desobediencia. Este no fue el caso de Acán. Denunció delante de la gente lo que había hecho, sólo porque ya no había forma de ocultarlo. Después de una minuciosa investigación, familia por familia entre todos los millones de Israel, se descubrió que estaba equivocado. Pero con sus palabras demostró que su corazón no odiaba el fruto del pecado. No se arrepintió. La Biblia dice que los malvados "no se arrepintieron para darle gloria" (Apocalipsis 16:9).

La confesión que da gloria a Dios proviene de un corazón verdaderamente arrepentido. De esta naturaleza fue la de David: "Ten misericordia de mí, oh Dios, conforme a tu misericordia; Borra mis transgresiones, conforme a la multitud de tus misericordias. Lávame completamente de mi iniquidad y límpiame de mi pecado. Porque yo conozco mis transgresiones, y mi pecado está siempre delante de mí. Contra ti, contra ti sólo he pecado, y he hecho lo malo ante tus ojos, para que seas justificado cuando hables y puro cuando juzgues... He aquí, tú amas la verdad en lo más íntimo de tu ser... Librame de los crímenes de sangre, oh Dios, Dios de mi salvación, y mi lengua alabará en gran manera tu justicia. Abre, Señor, mis labios, y mi boca cantará tus alabanzas. Porque no os agradan los sacrificios, de lo contrario Yo los daría; no te deleitas con los holocaustos. Los sacrificios a Dios son el espíritu quebrantado; No despreciarás, oh Dios, el corazón quebrantado y contrito". (Sal. 51:1-17). Siendo honestos, llegamos a la conclusión de que no podemos producir tal arrepentimiento y confesión. Pero Dios nos los da si realmente los queremos. "El Dios de nuestros padres levantó a Jesús, a quien vosotros matasteis... Dios con su diestra lo elevó a Príncipe y Salvador, para dar arrepentimiento y perdón de pecados a Israel"

(Hechos 5:30, 31). Y "si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonarnos nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad" (1 Juan 1:9). Una vez purificados por Él, seremos como Él. Y así estaremos preparados para el juicio. "En el Día del Juicio tengamos confianza; porque como él es, así somos nosotros en este mundo" (1 Juan 4:17).

Aquí llegamos al punto de comprender cuál es el significado más grande de darle gloria a Dios: ser semejantes a Él en carácter, mientras vivamos en esta tierra. Jesús, nuestro ejemplo, dijo al Padre: "Te he glorificado en la tierra al haber terminado la obra que me encomendaste hacer". (Juan 17:4). "Por tanto, ya sea que coman o beban o hagan cualquier otra cosa, háganlo todo para la gloria de Dios. Compórtate de tal manera que no ofendas ni a los judíos ni a los griegos ni a la iglesia de Dios. Así como yo en todo agrado a todos, no buscando mi propio beneficio, sino el de muchos, para que sean salvos" (I Cor. 10:31-33). "Vosotros sois la luz del mundo... alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos". (Mateo 5:14, 16).

Adora al Creador

El mensaje del primer ángel continúa diciendo: “y adorad al que hizo el cielo y la tierra, el mar y las fuentes de las aguas” (Apoc. 14:7). Esta es una súplica directa para que los hombres abandonen la idolatría. En el primer mandamiento, Dios dice: “no tendréis dioses ajenos delante de mí” (Éxodo 20:3). El salmista dice: “¡Oh, venid, adoremos y postrémonos! Arrodillémonos ante el Señor que nos creó. Porque él es nuestro Dios” (Sal. 95:6, 7); y “aunque también hay algunos que son llamados dioses, ya en el cielo o en la tierra (como hay muchos dioses y muchos señores), sin embargo para nosotros hay un solo Dios, el Padre” (I Cor. 8:6). Hay un solo Dios, el Padre, de Él dicen los habitantes del cielo: “Tú creaste todas las cosas, y por tu voluntad existen y fueron creadas” (Apoc. 4:11).

El mensaje de Apocalipsis 14 llama al mundo a adorarlo.

“Hay... un Dios y Padre de todos, que está sobre todos” (Efesios 4:6). La Biblia enseña que podemos adorar a Jesús sin pecado (Mateo 14:33; 28:9). Pero, como dice el texto, el Padre está “sobre todo”; incluso sobre Él. Por lo tanto, mientras la adoración se debe a Jesús, la adoración suprema se debe al Padre. En Apocalipsis leemos que al Cordero se le debe dar “acción de gracias, honra, gloria y poder por los siglos de los siglos” (Apocalipsis 5:14).

Pero el mismo Jesús dijo: “el Padre es mayor que yo” (Juan 14:28). La Biblia informa que Jesús cantó himnos de alabanza al Padre, pero en ningún momento el Padre cantó himnos al Hijo (Mateo 26:30). Es cierto que Dios confirió al Hijo la misma gloria y honor que posee, porque Jesús dijo: “Me he sentado con mi Padre en su trono”.

(Apocalipsis 3:21). Dios asignó al Hijo una posición exaltada. “Dios lo exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre; para que ante el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en el cielo, y en la tierra, y debajo de la tierra, y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre” (Filipenses 2:9-11).

Tenía derecho a hacerlo, porque él es Dios. Y espera que “todos honren al Hijo como honran al Padre. Quien no honra al Hijo, no honra al Padre que lo envió” (Juan 5:23). Pero esto no cambia Su posición como Hijo. Un Hijo es sumiso al Padre: “Es necesario que reine hasta que haya puesto a todos los enemigos debajo de sus pies... porque dice: Todo lo ha puesto debajo de sus pies. Pero cuando dice: Todo está sujeto a él, es claro que queda exceptuado aquel que le sujetó todo. Y cuando todas las cosas le estén sujetas, entonces también el Hijo mismo se sujetará a aquel que le sujetó todas las cosas, para que Dios sea todo en todos” (1 Cor. 15:25-28).

Cristo no se convirtió en Hijo de Dios sólo cuando vino a la tierra. Fue mucho antes, desde los días de la eternidad. Sabemos que un Hijo es obediente al Padre y aprende de Él.

Cuando el Hijo, en un pasado lejano, actuó en la creación del universo junto con Su Padre, dijo: “entonces yo estaba con Él y fui su alumno” (Prov. 8:30). Por lo tanto, Jesús es el Hijo engendrado literal de Dios. “Hijo de Dios” no es un título, en el momento de la encarnación, sino la expresión de lo que es Jesús. Nació en un pasado lejano, en la eternidad. Cuando vino a la Tierra siguió siendo Hijo, pero de otra manera.

Esta verdad se nos enseña en el libro de Hebreos. Pablo menciona las palabras de Dios: “¿A cuál de los ángeles dije alguna vez: Mi Hijo eres tú, yo te he engendrado hoy? Y nuevamente: ¿Seré yo su Padre y él será mi Hijo?” (Hebreos 1:5). Se informan dos momentos distintos:

1 – Cuando Cristo fue engendrado, en la eternidad: “Tú eres Mi Hijo, hoy te he engendrado”

2 – Cuando Cristo encarnó y vino a la tierra: “Yo seré su Padre, y él será Mi Hijo”

Hebreos nos cuenta también un tercer momento, cuando Jesús, resucitado, entra de nuevo por los portales celestiales, como Primogénito de los muertos: “Y otra vez, cuando trae al Primogénito al mundo, dice: Adoren todos los ángeles de Dios. A él”

(Hebreos 1:6). “Primogénito” significa “primogénito”, lo que demuestra que Jesús sigue siendo Hijo, aunque sea de otra manera (como un Hombre resucitado).

Volviendo al punto, vemos que Cristo fue el Hijo de Dios desde la eternidad. Él es Hijo en el mismo sentido en que nosotros somos hijos de nuestros padres. El mismo término usado en la Biblia para designar a Cristo como Hijo (engendrado) se usa para los hijos de los hombres: “Abraham engendró a Isaac, e Isaac engendró a Jacob” (Mat. 1:2). Y Dios engendró a Cristo. Las cosas de Dios se entienden con sencillez.

Aquí vale la pena demarcar claramente la diferencia entre un sujeto “creado” y un Hijo generado. Hay una gran diferencia. Los hombres fueron hechos a semejanza física de Dios, según Su imagen moral (Gén. 1:26; Col. 3:10). Pero el Hijo fue generado según la forma física exacta y expresa la imagen moral del Dios infinito (Fil. 2:6; Heb. 1:3). El hombre, como todas las criaturas racionales, fue creado para desarrollar un carácter perfecto. También lo eran los ángeles, el primer orden de criaturas del Universo: “¿Sería el hombre más puro que Su Creador? He aquí, no confía en sus siervos, y en sus ángeles encuentra necesidad” (Job 4:17, 18). Pero Cristo “fue hecho tanto más excelente que los ángeles, cuanto que heredó un nombre más excelente que ellos” (Heb. 1:4). Heredó un carácter igual al de su Padre. En la Biblia, el carácter se expresa por el nombre. Un ejemplo típico es el nombre “Jacó”, que significa “engañador”.

Su nombre expresaba el defecto de carácter por el cual engañó a su padre para que recibiera la bendición de la primogenitura.

Con respecto a la forma física, el carácter y la autoridad, la posición del Hijo en relación con el Padre era igual (Fil. 2:6; Heb. 1:3). Pero esto no lo convierte en Dios, como Él mismo afirmó: “Yo soy el Hijo de Dios” (Juan 10:36). Y afirmó que su Padre es el único Dios: “Padre... esta es la vida eterna: que te conozcan como el único Dios verdadero” (Juan 17:3). Y esta afirmación no sólo fue cierta mientras Jesús permaneció en la tierra como hombre. Muchos años después de ascender al cielo, inspiró al apóstol Pablo a escribir: “Porque aunque hay algunos que son llamados dioses... sin embargo, para nosotros hay un solo Dios, el Padre” (I Cor. 8:5, 6). Y esta no fue una declaración aislada. Lo repitió, en otras palabras y varias veces, no sólo por Pablo, sino también por los demás apóstoles: “hay... un Dios y Padre de todos, que está sobre todos” (Efesios 4,6). “Porque hay un solo Dios, y un solo Mediador entre Dios y los hombres, Cristo Jesús hombre” (I Tim. 2:5). “Gracia, misericordia, paz, de Dios Padre y de Jesucristo, el Hijo del Padre” (II Juan 1:3).

Algunos hacen uso de textos añadidos a traducciones de la Biblia siglos después, en un intento de demostrar su opinión de que existía un dios llamado "trinidad". Estas adiciones son llamadas, por los propios traductores, "interpolaciones". Los estudiosos de la Biblia saben que la palabra "trinidad" ni siquiera se menciona en todo el libro. Es difícil imaginar que un Dios no revelado en la Biblia sea verdadero. No es. La historia revela que el Dios Trinidad tiene su origen, no en la Biblia, sino en los constructores de la torre de Babel: "Cus engendró a Nimrod, quien fue el primero en ser poderoso en la tierra... el comienzo de su reino fue Babel". Aquí está el relato de Babel: "Y toda la tierra tenía un solo idioma y una sola lengua. Y a medida que los hombres avanzaban hacia el oriente, encontraron un valle en la tierra de Sinar; y allí habitaron. Se dijeron unos a otros: Venid ahora, hagamos ladrillos y quememos bien. Los ladrillos sirvieron como piedras y el betún como mortero. Y dijeron: Edifiquémonos una ciudad y una torre cuya cúspide llegue al cielo, y hagámonos un nombre, para que no seamos esparcidos sobre la faz de toda la tierra. Entonces descendió el Señor para ver la ciudad y la torre que estaban edificando los hijos de los hombres; y dijo: He aquí el pueblo es uno, y todos tienen una misma lengua; y esto es lo que empiezan a hacer; ahora no habrá restricción en todo lo que se propongan hacer. Vamos, bajemos y confundamos allí su idioma, para que no entiendan el idioma del otro. Y el Señor los dispersó desde allí sobre la faz de toda la tierra; y dejaron de construir la ciudad. Por eso se llamó su nombre Babel, porque allí el Señor confundió la lengua de toda la tierra, y desde allí los esparció sobre la faz de toda la tierra". (Génesis 10:9-12; 11:1-8).

Nimrod era el líder, la cabeza de Babel. Su nombre proviene del hebreo "Marad", y significa "rebelde" o "se rebeló". El Creador le había dicho a Noé: "multiplicaos y llenad la tierra" (Gén. 9:1). En oposición al orden divino, el de Nimrod fue: "construyámonos una ciudad y una torre cuya cima llegue al cielo, y hagámonos un nombre, para que no seamos esparcidos sobre la faz de toda la tierra". Hay varias versiones de la historia de Nimrod, y todas se parecen a lo siguiente: era tan malvado e impío que se casó con su propia madre, Semiramis, y tuvo un hijo con ella, llamado Tammuz. Después de su muerte, se creó la leyenda de que el espíritu de Nimrod ascendió y se convirtió en el dios del sol. La Enciclopedia Británica, edición de 1946, que afirma además que "Nimrod llegó a ser adorado como un verdadero mesías".

Más tarde, Semiramis fue considerada la diosa de la luna y su hijo el dios redentor. De ahí se instituyó el culto a las estrellas, al convertirse los espíritus incorpóreos de Nimrod, Semiramis, Tammuz, en dioses. El proceso por el cual los hombres eran convertidos en dioses, en la religión pagana, fue posteriormente denominado "apoteosis", que significa "divinización". Génesis informa que mientras todos los adoradores paganos estaban involucrados en la construcción de la torre, el Señor confundió el idioma de toda la tierra, y desde allí el Señor los dispersó sobre la faz de toda la tierra. Los adoradores de Nimrod, Semiramis y Tammuz se extendieron por todos los rincones del planeta. Y se llevaron consigo su sistema de adoración a tres personas (de ahí la "trinidad") y el conocimiento de la construcción de templos (zigurats y pirámides). Es por eso que los arqueólogos encontraron pirámides de las mismas proporciones en diferentes partes de la Tierra, construidas por personas que, aparentemente, no tenían ninguna conexión entre sí. Esta es también la razón por la que los registros arqueológicos demuestran que el culto a la trinidad, a las estrellas, se practicaba en prácticamente todas las civilizaciones paganas antiguas. Lo que parece un misterio para los investigadores no cristianos se revela a los creyentes en la Bibli

Esto se debía a que todos tenían ancestros comunes: los constructores de Babel posteriores al diluvio. Y, volviendo al punto, esta es también la razón por la que, en muchos idiomas, los días llevan el nombre de la estrella a la que fueron consagrados: sus religiones tienen el mismo origen. Veamos algunos ejemplos:

Domingo:

- en inglés, domingo es domingo: Sol = sol; Día = día. Domingo = día del Sol;
- en alemán, es Sonntag: Sun – Sol; etiqueta = día;
- etc.

Lunes:

- en inglés: lunes: mon = luna; Día = día. Lunes = día de la luna;
- etc.

La historia cuenta que Nimrod murió y su esposa, Semiramis, era una prostituta de culto. Como resultado de sus "labores" religiosas, quedó embarazada y tuvo un hijo. Luego afirmó haber sido fertilizada por el propio Nimrod, quien se había convertido en el dios del sol. El hijo nació el 25 de diciembre y recibió el nombre de Tammuz, y también fue venerado por los paganos de la época. Desde entonces, esta fecha se celebra como el nacimiento de Tammuz, y ha pasado a formar parte del culto a Nimrod (dios del sol). Todo el primer día estaba dedicado al culto del sol: el primer día de la semana, y también del año. La palabra "domingo", nombre del primer día de la semana en portugués, proviene del latín y significa "día del Señor Dios, el sol". El dios falso "Baal, mencionado tantas veces en la Biblia- era simplemente otro nombre de Nimrod 'el poderoso cazador' (Génesis 10:9)" Fuente: El Silencio de los Educadores ST. DÍA DE SAN VALENTÍN. El primer día del año, hoy llamado en español "octava de navidad", también estaba dedicado a ceremonias religiosas de adoración al dios sol.

También sobre la madre y Tamuz, el hijo, cuenta la historia:

"Cuando Tamuz era joven y estaba cazando en el bosque, lo mató un cerdo salvaje. Entonces Semiramis, con todas las mujeres que servían en su religión, lloró y ayunó durante 40 días, al final de los cuales, según la leyenda babilónica, Tammuz volvió a la vida. Esta fue una demostración del poder de la madre. Comenzó a ser adorada con el título de 'reina del cielo' o 'diosa madre'. El símbolo de esta religión era la imagen de la madre con el niño en brazos conocida como 'el misterio de la madre y el niño'". Fuente: <http://solascriptura-tt.org/Seitas/Romanismo/Nacoos-NimrodeSemiramisMariaBabelBabilonia-Trois.htm> - consultado el _____
11/09/2009.

Entonces se estableció el rito de Tammuz. Según la historia, el cuerpo de Tammuz fue cortado en pedazos y enviado a todas partes. Su madre, Semiramis, había ordenado entonces una búsqueda por todas partes para reconstruir el cuerpo y resucitar a su hijo. La búsqueda duró cuarenta días. Al final de ellos se encontró que faltaba un trozo que creían que había sido arrojado al río. Allí también se ordenó un registro del que se sacaron muchos peces, tradición que fue adoptada por la iglesia católica. Los cuarenta días se convirtieron en Cuaresma, y la ingesta de pescado en el llamado Viernes de "Pasión" tuvo lugar en la misma fecha en que terminaron los 40 días de búsqueda del cuerpo de Tammuz. Al finalizar el período de búsqueda, cuenta la leyenda que finalmente se pudo reconstruir el cuerpo del difunto; entonces su madre se habría acostado sobre él durante un día entero para calentar y reavivar el cuerpo. Al final de esto lo habría resucitado. Luego hubo una celebración de la resurrección y culto a la fertilidad con rituales de prostitución. El conejo y los huevos fueron adoptados como símbolos de fertilidad, de ahí la tradición de comer huevos de chocolate en Pascua. Todo esto vino del culto pagano de Tammuz, de la religión pagana.

"Según la leyenda babilónica, Tammuz volvió a la vida. Esta fue una demostración del poder de la madre. Comenzó a ser adorada con el título de 'reina del cielo' o 'diosa madre'. El símbolo de esta religión era la imagen de la madre con el niño en brazos conocida como 'el misterio de la madre y el niño'.

Esta religión se extendió rápidamente por todo el mundo. Los nombres eran diferentes, según los diferentes idiomas, pero el culto a la madre y al hijo era el mismo.

Astarot y Baal en Fenicia.

Ishtar o Inanna en Asiria

Isis y Osiris en Egipto.

Afrodita y Eros en Grecia.

Venus y Cupido en Roma.

Cuando los medos-persas dominaron Babilonia, los sacerdotes de allí... se establecieron en Pérgamo, en Asia Menor. Pérgamo se convirtió en el centro del culto a madre e hijo. Luego fue llevado a Roma con los nombres de Venus y Cupido".

Fuente: http://solascriptura-ft.org/Seitas/Romanismo/Nacoes-____NimrodeSemiramisMariaBabelBabilonia-Trois.htm - consultado el 11/09/2009.

Los tres comenzaron a ser adorados, Nimrod, Tammuz y Semiramis, con nombres diferentes, en cada pueblo pagano. El primero como el dios sol, el segundo como la madre de Dios y el tercero como el dios hijo, Tammuz, también llamado el dios redentor. En Egipto fueron

Orus, Isis y Osiris. El concepto se mantuvo hasta el Imperio Romano Pagano, cuando el paganismo y el cristianismo comenzaron a coexistir en el imperio. El emperador Constancio, antes de asumir el gobierno, cuando aún competía con Maximiliano, prometió al pueblo que, si asumía el poder, convertiría el imperio en "cristiano". Cumplió su promesa, a su manera. En lugar de simplemente declarar el cristianismo bíblico como religión oficial, buscó complacer a ambas facciones del imperio: cristianos y paganos, mediante una fusión de ambas. Afirmó haber tenido una visión del cielo, en la que vio el sol cubierto por una nube en forma de cruz, y dijo que entendió el mensaje: "haciendo esto vencerás". Por ello, buscó unir los conceptos y formas de culto de ambos. Hasta entonces, los cristianos guardaban el sábado, según la enseñanza bíblica y la enseñanza de Jesús: "cuando llegó a Nazaret, donde resucitó; Entró en la sinagoga el día de reposo, según su costumbre" (Lucas 4:16).

Constantino instituyó un cambio. Decretó la observancia del domingo, en el año 321 d.C.: "que todos adoren el venerable día del sol", el día de culto de los paganos. A través de su influencia continuó la mezcla del cristianismo bíblico con el paganismo. Se instituyó el culto a las imágenes, prohibido por el segundo mandamiento, pero ampliamente practicado por los paganos. Las imágenes recibieron nuevos nombres: bíblicos. La imagen de Júpiter, por ejemplo, pasó a llamarse Pedro el Apóstol. Hoy está ubicado en Roma, en el Vaticano. Es la misma imagen pagana, con los cuernos de Júpiter, pero el nombre de Pedro. El culto a la Madre y al Hijo, tan popular entre los paganos, fue renovado posteriormente con otros nombres. Vea la encíclica del Papa:

"En la Anunciación del Ángel, la virgen María recibió la palabra de Dios en su corazón y en su cuerpo y trajo la Vida al mundo. Por eso, es reconocida y honrada como la verdadera Madre de Dios y Redentora". -- Lumen Gentium, Número 53 - Edições Paulinas. **COLOCAR IMAGEN MARÍA CON EL SOL ALREDEDOR DE SU CABEZA ENVOLVIENDO A SU HIJO EN SUS BRAZOS**

Volviendo a los cambios impulsados por Constantino: Como era de esperarse, se abandonó el monoteísmo cristiano. El cristianismo de Cristo y los apóstoles reconocía un Dios, una persona, el Padre (I Cor. 8:6). El paganismo adoraba a la Trinidad. Para satisfacer ambas necesidades, se hizo oficial un dios "triuno" en el credo de la iglesia, como resultado de dos concilios. Aprovechó que, incluso dentro de la Iglesia, ya existían clérigos contaminados por la filosofía pagana, en particular los de Alejandría, que habían introducido el concepto pagano de la trinidad, ordenando a los hombres bautizar en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo y adorar a un dios en tres personas. Estos no fueron aceptados por los verdaderos creyentes, quienes habían sido advertidos contra ellos por el apóstol Pablo alrededor del año 65 d.C.: "Porque esto sé que después de mi partida entrarán entre vosotros lobos rapaces y perdonarán al rebaño. Y que se levantarán de entre vosotros hombres que hablarán cosas perversas, para arrastrar tras sí a los discípulos". (Hechos 20:29, 30). Pero, apoyados por el emperador, los infieles prevalecieron. La trinidad se hizo oficial como creencia de la iglesia. Y, al igual que con las imágenes, las deidades paganas obtuvieron nombres bíblicos. En el año 325 d.C. bajo la tutela de Constantino, el concilio de Nicea definió que Jesús sería considerado como "Dios". Entonces ya no era uno, sino dos. Años más tarde, un segundo concilio, en Constantinopla (381. d.C.), definió que el Espíritu Santo sería el tercer "dios". Entonces de Orus, Isis y Osiris en Egipto, ahora el imperio

El romano cristianizado tenía “Padre, Hijo y Espíritu Santo”, la trinidad pagana cristianizada, inventada por los concilios de los hombres. El cristianismo oficial del imperio ganó el nombre que delata su origen:

Católica, que significa universal: la iglesia oficial del imperio romano (mundial)

Apostólico, porque, a pesar de todos los cambios con relación al cristianismo original, se decía que tenía su origen en los apóstoles.

Romana – como era la religión del imperio romano

Así, la Iglesia surgió de los esfuerzos de Constantino por unir el paganismo originado en Nimrod, el rebelde contra Dios, con el verdadero cristianismo; Fruto de la unión de lo falso con lo verdadero en materia de religión, fue la Católica Apostólica Romana. Y adoraba al dios “trinidad” creado en los concilios de Nicea y Constantinopla. Faltaba una base bíblica para apoyar la adoración del nuevo dios, el nuevo día de descanso y todas las formas de adoración pagana cristianizada. La historia muestra que los nuevos líderes religiosos se han convertido en expertos en “producir pruebas”. Desde presentar rollos que se decía que habían “caído del cielo en Jerusalén” para demostrar el cambio del sábado al domingo, hasta difundir rumores de que la gente estaba especialmente maldecida por trabajar ese día. Y ni siquiera temieron alterar las traducciones de las Sagradas Escrituras. A petición del clero, Erasmo, traductor de la Biblia, contemporáneo de Lutero, añadió a su obra, en I Juan 5:7, el texto entre paréntesis:

“Porque tres son los que dan testimonio [en el cielo: el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo, y estos tres son uno. Y son tres los que dan testimonio en la tierra: el Espíritu, el agua y la sangre, y los tres son unánimes en un solo propósito”.

Pero a día de hoy todavía hay personas honestas que denuncian el incidente. Los traductores de la Versión Revisada y Actualizada, Edición de 1999, confiesan que el texto que aparece entre corchetes “[]” dentro de estos versículos no pertenece al original. En el comentario a esta versión (página 363 – Nuevo Testamento), leemos:

“f 5.8 El texto entre paréntesis no aparece en varios manuscritos”.

No aparece en ningún manuscrito anterior al 1500 d.C. Tampoco podría aparecer, ya que no pertenece al original. Fue producido y ampliado por los hombres. Y hoy en día se incluye sin explicación alguna, como si perteneciera al texto original, en varias versiones de la Biblia llamadas “modernas” o “ecuménicas”. Ni siquiera se salvó el texto referente al bautismo. Hasta el día de hoy, la crítica textual ha registrado varias obras de Eusebio de Cesarea, vivo durante el Concilio de Nicea, en las que comenta el texto de Mateo 28:19 como: “id, haced discípulos... bautizándolos en mi nombre”. ". Eusébio transcribió el texto tal como lo leyó en las Biblias de su época. Cuenta la historia que estuvo a cargo de la biblioteca más grande de su época. Tenía a su disposición la mayor colección de manuscritos de los libros de Mateo. Bueno, curiosamente, el

Los escritos de Eusebio después del Concilio de Nicea aportan otra versión: "id, haced discípulos... bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo".

Recordemos que el Concilio de Nicea fue el primero de los que se introdujo en el cristianismo la creencia pagana en la Trinidad. De acuerdo con lo decidido por los hombres del concilio, Eusebio incluso cambió sus transcripciones de los escritos bíblicos. De hecho, se hizo un esfuerzo casi sobrehumano para que la Biblia validara el error. Tanto es así que hoy en día es difícil encontrar una versión de la Biblia que sea fiel a los antiguos manuscritos de Mateo 28:19. Pero Dios no dejó a los suyos sin testimonio de la verdad. En la misma Escritura, en el libro de los Hechos, abundan los testimonios que revelan en cuyo nombre Pedro ordenó el bautismo, en un discurso tan bendecido por Dios que llevó a más de 3000 personas a adherirse a la fe cristiana en un solo día:

"Arrepentíos y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo" (Hechos 2:38).

Otros pasajes confirman que el bautismo correcto es en el nombre de Jesús. Citamos uno: "Y aconteció que estando Apolos en Corinto, Pablo, habiendo recorrido todas las regiones superiores, llegó a Éfeso, y hallando allí algunos discípulos, les dijo: ¿Recibisteis el Espíritu Santo cuando creísteis? Y ellos le dijeron: Aún no hemos oído que exista el Espíritu Santo. Entonces les preguntó: ¿De qué manera estáis bautizados en Jesucristo? Y los que oyeron fueron bautizados en el nombre del Señor Jesús. Y cuando Pablo les impuso las manos, vino sobre ellos el Espíritu Santo; y hablaban en lenguas y profetizaban" (Hechos 19:1-5).

Los esfuerzos de los hombres por hacer que la Biblia respalde sus teorías no se limitan a los textos de 1 Juan y Mateo. Hay evidencia de traducciones sesgadas en otros cinco textos bíblicos. Originalmente estaban en completa armonía con toda la Biblia. Pero, traducidas de manera que apoyen las teorías sostenidas en su momento, y no como aparecían en el original, llevan al lector a comprender que Jesucristo sería "Dios el Hijo", o "la segunda persona de la trinidad"., como quieren que creamos. Estos textos son ampliamente comentados y comparados con la verdad en el libro "Pero para nosotros sólo hay un Dios, el Padre", Editora Advertência Final. Si quieres profundizar más en este tema, te recomendamos leerlo.

Volviendo al mensaje del primer ángel, concluimos que el mandamiento contenido en él: "adorad al que lo hizo" (Apoc. 14:7), es una orden para que adoremos a Dios Padre, no una trinidad, sino la única verdadera. Dios. Repetimos la declaración de la iglesia apostólica: "aunque también hay algunos que son llamados dioses, ya en el cielo o en la tierra (como hay muchos dioses y muchos señores), sin embargo para nosotros hay un solo Dios, el Padre" (1 Corintios 8:6).

Pero el texto también implica el deseo del Señor Dios de que honremos Su día de descanso. El texto del mensaje es casi el mismo que el mandamiento:

Apocalipsis 14:7: “y adorad al que hizo el cielo y la tierra, el mar y las fuentes de las aguas”.

Cuarto mandamiento: “Acordaos del día de reposo para santificarlo... porque en seis días hizo Jehová los cielos, la tierra, el mar y todo lo que en ellos hay, y en el séptimo día descansó” (Éxodo 20:8, 11).

El mensaje del primer ángel es un llamado de Dios para que el mundo vuelva a guardar el sábado del cuarto mandamiento. Una mirada a nuestro alrededor muestra cómo el mensaje llegó a tiempo. Hoy hay otro día santificado casi universalmente: el domingo. Dios quiere que la gente le obedezca nuevamente. “Guarda el día de reposo, como Jehová tu Dios te ha mandado” (Deuteronomio 5:12). Al contrario de lo que muchos creen, Jesús no abolió ni cambió el día de descanso. El nuevo pacto tampoco excluía la obligación de honrarlo. Dios declaró que el sábado sería una señal para siempre (Éxodo 31:15-17). Y dijo que, en el Nuevo Pacto, escribiría esto, junto con los demás mandamientos de la ley, en nuestros corazones (Heb.

10:16). Discutiremos con más detalle la evidencia bíblica que prueba esto en el libro 6 de esta colección.

El mensaje del segundo ángel

“Y otro ángel lo siguió, diciendo: ¡Ha caído! ¡Ha caído Babilonia, esa gran ciudad que hizo beber a todas las naciones el vino de la ira de su fornicación! (Apocalipsis 14:8).

La historia cuenta que la antigua ciudad de Babilonia fue conquistada por los medos y los persas en el año 531 a.C. Ya en la antigüedad fue completamente destruido y nunca más fue reconstruido. Sus ruinas se encuentran en el territorio del actual Irak. Cuando Juan escuchó las palabras “¡Babilonia ha caído!”, la ciudad literal que llevaba su nombre ya no existía. No tenía sentido, por tanto, entender que la advertencia se refería a ella. Quedaba por entender que el mensaje tenía un significado espiritual. “Babilonia” tenía que referirse a un sistema que replicaba el de la ciudad antigua.

La antigua Babilonia era un gobierno monárquico, en el que su rey, el líder civil, era también la máxima autoridad religiosa. Esto es lo que nos muestra la historia del libro de Daniel: “El rey Nabucodonosor hizo una estatua de oro, cuya altura era de sesenta codos y su anchura de seis codos; Lo crió en el campo de Dura, en la provincia de Babilonia. Y el rey Nabucodonosor ordenó que se reunieran los sátrapas... y todos

gobernadores de las provincias, para venir a la consagración de la estatua que el rey Nabucodonosor había erigido. Entonces se reunieron los sátrapas y todos los gobernadores de las provincias para santificar la estatua que el rey Nabucodonosor había levantado, y se presentaron ante la estatua que Nabucodonosor había levantado. Y el heraldo proclamó en alta voz: A vosotros se os manda, oh pueblos, naciones y pueblos de todas las lenguas: Cuando oigáis el sonido de la bocina, del pífano... y de toda clase de música, os postraréis y adorad la imagen de oro que ha levantado el rey Nabucodonosor. Y el que no se postre y la adore, inmediatamente será arrojado al horno de fuego". (Dan. 3:1-6).

El rey de Babilonia era el responsable de definir la religión y los dogmas, enseñanzas, que debían obedecerse sin cuestionamientos. Era el representante reconocido de la divinidad en la tierra. Como ya hemos estudiado, viniendo de Babel, los babilonios adoraban a la trinidad y dedicaban el primer día de la semana a la adoración. Ésta era la base de su religión. El mensaje del Apocalipsis "Babilonia ha caído" se aplica a cualquier sistema que reproduzca sus formas de religión. El Apocalipsis, en lenguaje simbólico, señala a una iglesia como protagonista en la labor de revivir el culto babilónico. Antes de leer, recuerde que mujer, en la Biblia, significa iglesia, mientras que a Cristo se le compara con esposo (Efesios 5:24, 25):

"Vi una mujer sentada sobre una bestia... en su frente estaba escrito el nombre: MISTERIO, BABILONIA LA GRANDE, MADRE DE LAS RAMERAS Y DE LAS ABOMINACIONES DE LA TIERRA". (Apocalipsis 17:3, 5).

Una iglesia que se autodenomina "madre", y reproduce la forma de culto babilónica. Hoy escuchamos: "santa madre iglesia". Madre es "madre" en español. Esta misma iglesia proclama el primer día de la semana como apartado para la adoración. También ordena el culto a la Trinidad. Y su líder proclama "dogmas", que ordena que los fieles deben obedecer sin cuestionamientos. También, como los babilonios, sanciona el culto a las imágenes talladas. Esta es la Iglesia Católica. El mensaje del segundo ángel, sin lugar a dudas, se aplica principalmente a ella. Ella es la "gran Babilonia", la iglesia responsable de introducir, en todo el mundo cristiano, el modelo y las formas del culto babilónico. Pero, siendo imparciales, observamos que ella no fue la única. Muchas, de hecho prácticamente todas las demás denominaciones cristianas oficialmente establecidas, adoptaron parte del culto babilónico. La inmensa mayoría de las iglesias proclaman el domingo como un día de adoración o adoración a la Trinidad. El Dios verdadero y su sábado son olvidados. Es innegable, por tanto, que tienen un vínculo espiritual con Babilonia. Y es igualmente cierto decir que cayeron.

Conclusión: el mensaje "Babilonia ha caído, ha caído" también se aplica a ellos.

Note cuán perfecto es Dios en Su lenguaje: la palabra "Cayó" aparece dos veces en el texto, precisamente para que el investigador cuidadoso se dé cuenta de que se refiere a la caída de más de una iglesia. Porque no tendría sentido decir que una iglesia cayó y, habiendo caído ya, volvió a caer. Por lo tanto, el mensaje Babilonia ha caído también se aplica a

iglesias protestantes caídas, todas las que tienen doctrinas comunes con las de la antigua Babilonia.

Aquí conviene hacer un paréntesis: es posible que algunos lectores, llegados a este punto, piensen que este libro tiene como objetivo criticar a las iglesias, es decir, hablar mal. Pero eso no es todo. El propósito es llevarnos a comprender las verdades que Dios dejó para los últimos días. Resulta que Dios, en Su Palabra, denuncia los errores de las iglesias, y su consecuente caída. Sólo así podremos sacar a las personas del camino equivocado y dirigir las hacia el camino correcto. Si te diriges al infierno y no lo sabes, Dios necesita advertirte lo antes posible. Entonces nosotros, los editores, tenemos que elegir entre:

1 - simplemente no abordar el tema e ignorar la revelación de Dios, usando como excusa el hecho de que "es un tema controvertido, que podría generar controversia";

2 - presentar la revelación de Dios al pueblo, cumpliendo su voluntad y dejándole a Él las consecuencias.

Elijo la segunda opción. ¿Y tu?

El tiempo señalado por el segundo ángel es aquel en el que Babilonia "dio a beber a todas las naciones el vino de la ira de su fornicación". No puedes decir eso hoy. China y otros países paganos todavía parecen ignorar las doctrinas católicas. Pero, si la revelación bíblica es correcta, veremos cambiar este orden de cosas. Todas las naciones seguirán rindiéndose ante el Papa y sus dogmas. Cómo sabemos esto? Simple. En la Biblia, las bebidas representaban doctrinas. El apóstol Pedro recomendó: "Desead, como niños nacidos de nuevo, leche racional, no falsa, para crecer en ella" (1 Pedro 2:2). Jesús dijo: "El que beba el agua que yo le daré, nunca tendrá sed, porque el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna" (Juan 4:14). Cuando quiso enseñar a los hombres que necesitaban recibir su doctrina con corazón de estudiante, Jesús dijo: "nadie echa vino nuevo en odres viejos; y de otra manera el vino nuevo romperá los odres, y el vino se derramará, y los odres se arruinarán" (Lucas 5:27). entonces el vino

dado por Babilonia a todas las naciones es su doctrina. Se le llama "vino... de su fornicación", lo que significa que, a través de las doctrinas de los hombres que adopta y enseña, esta iglesia traiciona a Cristo y Su verdad enseñada en la Biblia.

El vino es, al mismo tiempo, vino de ira. La historia de innumerables hogueras, guillotinas y otros instrumentos de tortura utilizados retrata la ira que los sacerdotes católicos mostraban contra todos los disidentes de sus doctrinas. Roma no ha cambiado.

Hoy es tolerante allí donde no puede hacer nada. Pero si vuelve a recibir el poder, se verán atrocidades iguales e incluso mayores que las del pasado contra los "herejes". Su pecado: seguir las convicciones de su propia conciencia. Según la profecía, Babilonia dará

futuro, para hacer beber a todas las naciones el vino de la ira de su fornicación. En pocas palabras: la iglesia católica hará que todos los gobiernos de todas las naciones de la tierra acepten e impongan sus doctrinas a la gente. Se difundirán ampliamente enseñanzas como la observancia del descanso dominical y la inmortalidad del alma del hombre pecador. Habrá una religión universal opuesta a Cristo. Este es el tiempo indicado por el segundo ángel del Apocalipsis. Obedecer los dogmas de los hombres o ponerse del lado de Cristo frente al resto del mundo, esta será la decisión que cada ser humano tendrá que tomar. Pero nadie quedará solo para enfrentar todos los poderes de la tierra dispuestos contra la verdad. En este tiempo de crisis, se enviará un ángel poderoso en ayuda de todos los que deseen estar del lado de la verdad. Tu mensaje llegará a todo el planeta y empoderará a quienes deseen mantenerse firmes del lado de lo correcto. Evitará que cualquier poder de la tierra o del infierno los sacuda. Este es el mensaje del tercer ángel.

EL MENSAJE DEL TERCER ÁNGEL

“Y un tercer ángel los siguió , diciendo a gran voz: Si alguno adora a la bestia y a su imagen, y recibe la marca en su frente o en su mano, él también beberá del vino de la ira de Dios, que es encontrado preparado sin mezcla, en el cáliz de su ira; y será atormentado con fuego y azufre delante de los santos ángeles y delante del Cordero. El humo de su tormento continúa por los siglos de los siglos; y los que adoran a la bestia y a su imagen no tienen descanso de día ni de noche, ni el que recibe la señal de su nombre. He aquí la perseverancia de los santos, de los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús”. Apocalipsis 14:6-12.

Esta advertencia es la amenaza más terrible enviada desde el cielo a los hombres. La gravedad del tono sugiere que es tan fácil ponerse del lado de la derecha que no hay excusas para elegir el error. ¿Pero cómo puede ser esto, si los mayores potentados de la tierra están en el lado equivocado? Es porque hay un poder infinito a disposición de quienes eligen el lado de la obediencia a Dios. Esto aparece en el texto, debido a que el tercer ángel lo dice en “alta voz”. Como ya hemos visto, esto significa hablar lleno del poder del Espíritu Santo de Dios (Lucas 1:41, 42). Dios otorgará Su Espíritu Santo, un poder, a quienes reciban el mensaje. El apóstol dijo una vez: “si sois guiados por el Espíritu, no estáis bajo la ley” (Efesios 5:18). Se entiende muy poco sobre el significado de estas palabras.

La ley de Dios gobierna a las personas, las estrellas, los elementos de la naturaleza, los animales, los peces y las aves. Nosotros, como sus sujetos, estamos sujetos a las limitaciones de la naturaleza. No podemos retroceder en el tiempo, caminar sobre las nubes, visitar las estrellas más cercanas o poner la mano en el fuego sin salir lastimados. Desafiar las leyes de la naturaleza significa encontrarse con la muerte. En esto, a todos se les enseña las mismas consecuencias de violar la ley más importante, los Diez Mandamientos, ya que todas las leyes naturales se derivan de ellos. Pero aquellos que son guiados por el Espíritu están “sobre” la ley. Normalmente cosas imposibles las hacían hombres llenos del Espíritu Santo. El apóstol Pablo fue mordido por una serpiente y no sufrió ningún daño. Felipe fue trasladado de una parte de la tierra a otra. Desapareció aquí y apareció allí. Josué ordenó al sol y a la luna que se detuvieran, y eso

El día duró mucho más que 24 horas. Los apóstoles Pedro y Pablo fueron resucitados de entre los muertos. Jesús caminó sobre el agua e invitó a Pedro, quien también hizo lo mismo. Los tres amigos de Daniel entraron en el horno de fuego, que estaba tan caliente que mató a quienes los arrojaron al fuego. Y ni un cabello de sus cabezas fue quemado. Todo el ejército sirio que vino a arrestar al profeta Eliseo quedó cegado y él los llevó ante el rey de Israel. Y Eliseo no fue capturado. Considerando las leyes naturales, todas estas cosas serían prácticamente imposibles. Pero los hombres que recibieron el Espíritu de Dios realizaron estas obras. Y ahora no será diferente. Llenos del Espíritu, los hombres podrán volverse invisibles a los sistemas de seguimiento por satélite, radares, escáneres, podrán atravesar líneas de ejércitos de hombres y humanoides ávidos de su sangre sin ser notados, campos minados de bombas sin resultar heridos, y incluso transferirse de una parte a otra. Todo esto para cumplir el propósito de Dios, de anunciar el verdadero evangelio del reino, no adulterado por los dogmas de los hombres, a todas las naciones. Se cumplirá en sus vidas la promesa del Salmo 91: "caerán mil a tu lado, y diez mil a tu derecha, pero no serás herido". El Espíritu que capacita al hombre para hacer todas estas cosas se recibe por la fe (Gálatas 3:14). Jesús dijo: "Si podéis creer; al que cree todo le es posible" (Marcos 9:27). Entonces, considerando lo que Dios puede hacer por aquellos que creen y reciben Su Espíritu, es tan fácil estar en el lado correcto que no hay excusa para permanecer en el lado equivocado. Incluso si todos los poderes de la tierra se unen contra nosotros, podemos ganar. La verdad es que los creyentes pueden sufrir como los apóstoles del primer siglo. Muchos pueden ser martirizados. Es decir, si Dios entiende que debe mostrarles "cuán importante es sufrir por el nombre de Cristo" (Hechos 9:16). Pero para Dios es tan fácil sacar a cualquiera de nosotros de una situación peligrosa como tirar una piedra al suelo. Y es igualmente fácil para Él permitirnos obedecer cualquiera de Sus mandamientos y bloquear la acción de todos los que intenten obstaculizarnos. "Para Dios nada es imposible" (Lucas 1:37). Y veremos suceder lo imposible. Sólo necesitamos tener fe en que Él cumplirá sus promesas.

Pero todavía alguien podría decir: "pero no tengo fe". Eso no es noticia.

Nadie tiene fe en sí mismo. "La fe... no viene de vosotros mismos; es don de Dios" (Efesios 2:8).

Todos los dones de Dios son dados por Jesús (II Corintios 1:19, 20). Y Jesús mismo ya nos ha sido entregado (Juan 3:16). Entonces el que le recibe, recibirá la fe, y por ella el Espíritu. Y, por el Espíritu, realizará todas las obras de las que hablamos. Por tanto, nada tendréis que temer de los potentados de la tierra.

Reitero que el hecho de que recibamos el Espíritu no significa que nunca más volveremos a sufrir ningún tipo de dolor. En Su sabiduría, Dios diseñó que fuéramos perfeccionados a través del sufrimiento. Jesús, "aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia" (Hebreos 5:8). Por lo tanto, será necesario que Sus seguidores pasen por experiencias similares. Los apóstoles fueron azotados muchas veces, arrestados, jurados de muerte y vagaron por la tierra, perseguidos de un lugar a otro. A lo largo de los siglos, muchos dieron su vida por Jesús. En Su sabia providencia, Dios no los libró, sino que más bien los capacitó para que su ejemplo sirviera de testimonio y estímulo para muchos otros. La sangre de los mártires fue la semilla que regó la cosecha de almas para el cielo. Pero la Biblia revela que, mediante la fe, los creyentes incluso "apagaron la fuerza del fuego" (Hebreos 11:34). Esto explica el hecho de que

morir cantando. El Espíritu Santo les sirvió de “anestesia” y pudieron dar testimonio de Jesús en su última hora. Entonces concluimos que “en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó. Porque estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra criatura podrá separarnos del amor. ¡Dios, que estás en Cristo Jesús, SEÑOR nuestro! (Romanos 8:37-39).

El mensaje del tercer ángel anuncia la terrible consecuencia que con justicia sobrevendrá a quienes rechacen tan grande salvación de Dios: “Si alguno adora a la bestia y a su imagen, y recibe la marca en su frente o en su mano, también beber del vino de la ira de Dios, que está preparado sin mezclar en la copa de su ira; y será atormentado con fuego y azufre delante de los santos ángeles y delante del Cordero” (Apoc. 14:9,10). La ira de Dios será consumada en el derramamiento de siete plagas: “Vi otra señal grande y maravillosa en el cielo: siete ángeles que llevaban las siete plagas postreras, porque en ellas se consuma la ira de Dios” (Apoc.15:1) . Estos son los flagelos más terribles que sufrirán el planeta. Los grandes tornados y tsunamis no son más que gotas en comparación con las copas de la ira de Dios . La demora en el pago de las obras del mal será compensada por la severidad de los juicios. Se demostrará que Dios no es ciego ante toda la injusticia y el mal que se practica hoy. Y el vino de la ira será derramado con ocasión de la séptima plaga: “Y el séptimo ángel derramó su copa por el aire... y las ciudades de las naciones cayeron; y Dios se acordó de Babilonia para darle la copa del vino de la indignación de su ira... Y cayó del cielo un gran granizo sobre los hombres, piedras que pesaban como un talento [unos 34 kilos de peso]; y los hombres blasfemaron contra Dios a causa de la plaga del granizo, porque su plaga era muy grande”. (Apocalipsis 16:17-21).

El castigo de los seguidores de la bestia no termina en una lluvia de piedras. Se señala una segunda consecuencia: será atormentado con fuego y azufre delante de los santos ángeles y delante del Cordero. Muchos malvados morirán apedreados, y los que queden perderán la vida en el momento de la segunda venida de Cristo, que ocurrirá poco después (Apocalipsis 19:21). Esto se confirma en el lenguaje simbólico de Apocalipsis 19: “Vi la bestia, y los reyes de la tierra, y sus ejércitos reunidos para hacer guerra contra el que montaba el caballo y su ejército. Y la bestia fue capturada, y con ella el falso profeta... y los demás fueron muertos con la espada que salía de la boca del que montaba el caballo” (Apocalipsis 19:19-21). Aquel de cuya boca salió la espada afilada es Jesús (Apocalipsis 1:13-16). Su venida a la tierra, montado a caballo, es la descripción simbólica de Su segunda venida a la tierra. Los que mueren por la “espada de Su boca” son los malvados que perecen en este tiempo. Entonces la tierra quedará vacía. El profeta dice: “Miré la tierra, y he aquí, estaba desolada y vacía; y los cielos, y no tenían luz... Miré y vi que no había ningún hombre, y que todas las aves del cielo habían huido” (Jeremías 4:23-25). Los justos muertos resucitarán y, junto con los vivos, serán arrebatados con Cristo al cielo. Los malvados vivos morirán. Y los impíos muertos no resucitarán. Les está reservada una “segunda resurrección”, para recibir la sentencia de condenación y sufrir la pena del lago de fuego. Por eso, Jesús dice: “Bienaventurado y santo el que tiene parte en la primera resurrección;

La muerte segunda no tiene poder sobre éstos, sino que serán sacerdotes de Dios y de Cristo y reinarán con Él mil años". (Apocalipsis 20:6).

La Biblia enseña que, mil años después de que Jesús venga por segunda vez, los malvados resucitarán y se reunirán para recibir la sentencia final. Luego serán quemados en el lago de fuego: "Vi un gran trono blanco y al que estaba sentado en él, de cuya presencia huyeron la tierra y el cielo, y no se encontró lugar para ellos. Y vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie delante del trono, y los libros fueron abiertos. Y fue abierto otro libro, que es el libro de la vida, y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras. Y el mar entregó los muertos que había en él; y la muerte y el Hades entregaron los muertos que había en ellos; y fueron juzgados cada uno según sus obras. Y la muerte y el infierno fueron arrojados al lago de fuego. Esta es la segunda muerte. Y el que no fue hallado inscrito en el libro de la vida fue arrojado al lago de fuego". (Apocalipsis 20:11-21).

Los malvados no arderán para siempre. Serán completamente consumidos y morirán. "He aquí, ese día viene ardiente como fuego; todos los soberbios y todos los que hacen el mal serán como hojarasca; y el día que está por venir los prenderá fuego, dice Jehová de los ejércitos, de modo que no les dejará raíz ni rama... y a los impíos hollarás, porque serán ceniza bajo las plantas de vuestros pies en el día que yo haré, dice Jehová de los ejércitos". (Mal. 4:1, 3). "y serán como si nunca hubieran sido" (Abdías 1:16).

A estas alturas quizás te estés preguntando: "¿pero cómo explicar el texto del mensaje": "El humo de tu tormento dura por los siglos de los siglos"? Simple. Cuando se acaba la leña y se apaga el fuego, el humo sigue subiendo. Nos da el recuerdo de que hubo fuego. La expresión bíblica significa que el castigo de los malvados será recordado para siempre. La plena consecuencia del pecado quedará impresa en la mente de todos, de modo que nadie querrá volver a cometerlo. El pecado no volverá a surgir. La Biblia nos enseña a no pensar, de ninguna manera, que los malvados arderán para siempre. En Judas leemos que las ciudades malvadas de Sodoma y Gomorra "fueron hechas ejemplo de sufrir el castigo del fuego eterno" (Judas 1:7).

Estaban ubicados en el actual territorio de Irak. Y no arden hasta el día de hoy. Hay rastros de azufre en el lugar, pero no hay fuego. Y ni siquiera deberías pensar que el humo literalmente se elevaría para siempre. Porque aunque el Génesis afirma que "Abraham se levantó... y miró a Sodoma y Gomorra, y a toda la llanura; y vio, y he aquí que el humo de la tierra subía, como humo de un horno", hoy no se ve en el lugar ningún humo del fuego de aquel tiempo (Gén. 19:27, 28). El significado del Apocalipsis es simbólico. Repito: la expresión "el humo de su tormento se eleva por los siglos de los siglos" significa que recordará las consecuencias del pecado para siempre. Y por eso nunca más resucitará.

Los que adoran a la bestia y a su imagen no tienen descanso de día ni de noche, ni tampoco el que recibe la señal de su nombre. El día de descanso ordenado por

Dios es como dice el Nuevo Testamento: "Porque en cierto lugar dijo así acerca del séptimo día: Y reposó Dios de todas sus obras en el séptimo día... Por tanto, todavía queda un descanso para el pueblo de Dios. Porque el que ha entrado en su reposo, él mismo descansó de sus obras, como Dios descansó de las suyas. Procuremos, pues, entrar en ese reposo, para que nadie caiga en el mismo ejemplo de desobediencia".

(Hebreos 4:4, 9-11). "El séptimo día es sábado de Jehová tu Dios; No harás ningún trabajo, ni tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu sierva, ni tu ganado, ni tu extranjero que esté dentro de tus ciudades. Porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, el mar y todo lo que en ellos hay, y en el séptimo día descansó; Por tanto, Jehová bendijo el día del sábado y lo santificó" (Éxodo 20:10, 11). El que rechace el día de descanso propuesto por Él, no tendrá descanso.

De aquí se sigue que los adoradores de la bestia rechazarán el sábado. A medida que descubramos quién es la bestia, la razón de esto quedará clara.

El mensaje del segundo ángel denunciaba la caída de Babilonia, la cual vimos era la iglesia católica. En Apocalipsis 17, ella es representada por una mujer: "Vi a una mujer sentada sobre una bestia escarlata, que estaba llena de nombres blasfemos y tenía siete cabezas y diez cuernos. Y la mujer estaba vestida de púrpura y escarlata... y en su frente estaba escrito el nombre: MISTERIO, BABILONIA LA GRANDE" (Apocalipsis 17:3, 4). La bestia sobre la que se sienta representa su sed: "las siete cabezas son los siete montes sobre los cuales se sienta la mujer" (versículo 9). Roma es la ciudad de las siete montañas indicadas en la profecía: "Roma se extiende a lo largo de las orillas del río Tíber, comprendiendo su centro histórico con sus siete colinas: Palatino, Aventino, Campidoglio, Quirinale, Viminale, Esquilino y Celio". (Fuente: Wikipedia, énfasis añadido). Es en Roma donde se encuentra la sede del papado, el Vaticano.

Es reconocido por otras naciones como un país independiente, del cual el Papa es el rey. En la profecía, los papas son comparados con las cabezas de la bestia: "las siete cabezas son siete montes... y también son siete reyes" (Apocalipsis 17:9, 10). El símbolo de la bestia.

Representa al papado, y sus jefes, los papas. Otras características de la bestia, descritas en el capítulo 13, confirman esta interpretación:

1 - La bestia es adorada - por lo tanto representa un poder religioso: "y adoraron a la bestia diciendo: ¿Quién como la bestia? ¿Quién podrá luchar contra ella?" (Apocalipsis 13:4).

2 - La bestia perseguía y mataba a los santos y tenía autoridad sobre las naciones: "se le permitió hacer guerra contra los santos y vencerlos; y le fue dado poder sobre toda tribu, lengua y nación" (Apocalipsis 13:7).

El papado, al establecer la Inquisición, fue responsable de la muerte de millones de personas, a las que clasificó como "herejes". Tu pecado: leer y obedecer la Biblia. El papado era un poder religioso perseguidor que cumplía las especificaciones de la profecía.

De ahí se entiende que el símbolo "bestia" representa el papado. Por tanto, la "marca" de la bestia es la marca de la autoridad papal. No es difícil identificarlo. La literatura católica confirma:

"El domingo es la marca de nuestra autoridad. La iglesia está por encima de la Biblia y la transferencia de la observancia del sábado es prueba de ello" Fuente: The Catholic Record, London, Ontario, 1 de septiembre de 1923 (énfasis y énfasis añadidos).

"Sin embargo, los protestantes no parecen darse cuenta de que... al guardar el domingo... están aceptando la autoridad del portavoz de la iglesia, el Papa". Fuente: Our Sunday Visitor, Catholic Weekly, 5 de febrero de 1950 (énfasis añadido).

La observancia del domingo es la marca de la autoridad papal. Por tanto, es la marca de la bestia. Aquí procede hacer una observación. La "bestia" está representada en Apocalipsis 13 como un poder "persecutor". Algo que hoy no sucede. Aunque en el pasado correspondía exactamente con esta característica, hoy el Papa no ordena abiertamente el asesinato de creyentes. Pero en Apocalipsis 17, Jesús describe que el octavo y último Papa de la historia asumirá nuevamente esta prerrogativa: "la bestia... es también la octava... y va a la destrucción" (Apoc. 17:11)*. Hoy el papado no persigue.

Por tanto, no se puede decir que el actual Papa cumpla el papel de bestia. Y en consecuencia, el domingo proclamado por él no puede todavía ser considerado "marca de la bestia". Pero cuando el último Papa asuma el poder, se convertirá en un persecutor, según la profecía. Por eso Jesús dice que "el octavo es la bestia". Así, el domingo será la "marca de la bestia". Se convertirá en una obligación impuesta, y quienes se nieguen a cumplirla serán perseguidos por la bestia como lo eran los creyentes en la Edad Media. El tema del día de descanso, "Sábado x Domingo", será el tema del momento, debido a la crisis que se creará en torno al mismo, y todos los hombres de la tierra tendrán la oportunidad de tomar una decisión consciente e informada. Elegirán obedecer a Dios guardando el sábado o rendir homenaje al Papa guardando el domingo.

* Este tema se trata en profundidad en el libro "La Octava". Recomiendo leerlo para comprender bien este capítulo del Apocalipsis.

Volviendo al mensaje del tercer ángel: dice que los adoradores de la bestia no tienen descanso. Esto se debe a que aceptan el día de descanso establecido por la bestia en lugar del dado por Dios. Harán su elección definitiva por el Papa y el domingo, rechazando para siempre el sábado, como dicen: "no tienen descanso de día ni de noche los que adoran a la bestia y a su imagen, ni el que recibe la señal de su nombre". Esto es fácil de entender, considerando que los observadores del sábado serán amenazados de muerte. En tal situación, todos los que no tienen fe genuina en Cristo abandonarán el camino de la obediencia para salvaguardar sus intereses en esta vida. Pero recordemos que Jesús dijo que quien pierda su vida en esta tierra por Él, la encontrará de nuevo. Cualquiera que priorice sus intereses en esta tierra, abandonando a Cristo para ganarse la vida aquí, lo perderá.

La "imagen de la bestia"

La imagen es una copia del original. Puesto que la bestia representaba un poder religioso perseguidor, también lo es la imagen. Vimos en el mensaje del segundo ángel que otras iglesias enseñan el domingo como día de descanso. Este es especialmente el caso de los protestantes y evangélicos. Al hacerlo, están copiando el papado. El tercer ángel indica que irán más allá y también imitarán la forma de proceder del papado con los disidentes. Influirán en los gobiernos para que impongan sus dogmas religiosos tal como lo hicieron en el pasado. Los antiguos tribunales de la Inquisición, en los que el Papa dictaba sentencia y el Estado la ejecutaba, serán recreados en una versión moderna, dirigida por iglesias protestantes. Todo esto puede parecer muy difícil de creer ahora, pero podemos estar seguros de que cuando los hombres rechazan la verdad de Dios y la influencia de Su Espíritu, se vuelven muy crueles.

El tercer ángel indica que los adoradores de la bestia también adorarán su imagen. Esto se debe a que, dado que tanto los católicos como los protestantes predicarán lo mismo, su marca de autoridad será la misma. La cuestión del día de descanso: el domingo, establecido por la autoridad humana, versus el sábado, ordenado por Dios, será el principal punto de controversia. Por él el mundo se dividirá en dos clases. Los dignatarios de la Iglesia y el Estado se unirán para sobornar, subvertir y obligar a todas las clases de personas a rendirse al día fijado por el hombre. Pero la advertencia del tercer ángel se oirá por toda la tierra, declarando claramente las terribles consecuencias de pisotear el mandamiento divino. En medio de esta batalla espiritual, cada persona tomará su decisión final y tanto los justos como los malvados estarán listos para presenciar el evento más esperado de la historia: la segunda venida de Jesús. ¿De qué lado estarás en ese gran día? Tus elecciones cada día determinarán tu posición al final del conflicto. Que sean sabios, junto a Jesús y obediencia a sus mandamientos.

El mensaje del tercer ángel termina indicando cuál será la iglesia escogida de Dios en los últimos días y las características de sus miembros. ¿Quieres conocerla? Lea el siguiente libro de esta colección: “¿Qué es la verdadera Iglesia de Dios en los últimos días”?

Libro 6: Quinta gran verdad: ¿Cuál es la verdadera iglesia de Dios en los últimos días?

“Aquí está la paciencia de los santos; he aquí los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús” Apocalipsis 14:12.

Los mandamientos de Dios son los que dio en el monte Sinaí, escritos en tablas de piedra con su propio dedo, a Moisés. No lo confundamos con el resumen de la ley presentada en el nuevo testamento (amar a Dios y al prójimo), ni con el “mandamiento nuevo” mencionado por Cristo (que os améis unos a otros). Desde Génesis hasta

Apocalipsis, la Biblia enseña que los únicos mandamientos dados por Dios son los Diez de Éxodo 20:3-17.

Aunque fueron dados en el Sinaí alrededor del año 1450 a.C., los mandamientos se conocían mucho antes. El cuarto mandamiento, el sábado, aparece ya en la semana de la creación, incluso antes de que existiera el pecado en la Tierra: "Y acabó Dios en el séptimo día la obra que había hecho, y en el séptimo día reposó de toda su obra que había hecho. Lo que él había hecho. Y bendijo Dios el día séptimo, y lo santificó; porque en Él descansó de toda la obra que Dios había creado y hecho". (Génesis 2:2, 3). En el Sinaí, Dios ordena al hombre que recuerde el mandamiento: "Acuérdate del día de reposo para santificarlo" (Éxodo 20:8). Unos quinientos años antes del Sinaí, Abraham guardó Sus leyes: "Porque Abraham obedeció Mi voz, y guardó Mi precepto, Mis mandamientos, Mis estatutos y Mis leyes". (Génesis 25:6). El salmista declaró que los mandamientos permanecerían para siempre: "Las obras de sus manos son verdad y juicio, todos sus mandamientos son ciertos. Se mantendrán firmes por los siglos de los siglos" (Salmo 11:7, 8). Jesús dijo que no vino a revocar la ley; sino, más bien, que permanecería mientras dure el cielo: "No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas: no he venido para abrogar, sino para cumplir. Porque de cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido". (Mateo 5:17, 18). Pablo afirmó que Jesús cumplió la ley para que nosotros también, siguiendo su ejemplo, la cumplamos: "Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado, al pecado, condenó al pecado en la carne; Para que la justicia de la ley se cumpla en nosotros, que no andamos según la carne, sino según el Espíritu". (Romanos 8:3, 4). También afirmó que, en el nuevo pacto, los mandamientos siguen siendo tan válidos como en el antiguo: "Porque reprendiéndolos, les dice: He aquí vienen días, dice el Señor, en que estableceré con la casa de Israel y con la casa de Judá un nuevo pacto, no como el pacto que hice con sus padres el día que los tomé de la mano para sacarlos de la tierra de Egipto; Como no permanecieron en mi pacto, no les hice caso, dice el Señor.

Porque este es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice el Señor; Pondré mis leyes en su entendimiento y las escribiré en sus corazones. (Hebreos 8:8-10).

El antiguo pacto eran los Diez Mandamientos (Deuteronomio 4:13). Debido a que los líderes y el pueblo decidieron desobedecer los mandamientos, no caminaron en Su pacto. Por eso, Dios los presentó nuevamente al hombre, llamándolos "nueva alianza". Es como un marido, una vez traicionado, que perdonó a su esposa y ahora, después de renovar sus votos de fidelidad, se vuelve a poner el mismo anillo de bodas en el dedo. La alianza es la misma: se trata del mismo compromiso entre el hombre y Dios, ahora restablecido con los creyentes en Jesús.

Pablo también declaró: "El pecado no se enseñoreará de vosotros, porque no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia. ¿Así que lo que? ¿Pecaremos porque no estamos bajo la ley, sino bajo la gracia? De ningún modo." Y "el pecado es la transgresión de la ley". Quien está verdaderamente bajo el reino de la gracia está calificado, mediante

Espíritu, para no transgredir la ley. El sujeto de la gracia obedece los mandamientos de Dios (Romanos 6:14, 15; I Juan 3:4).

En la misma línea que Pablo y todos los demás escritores bíblicos, Santiago afirma que seremos “juzgados por la ley”. Y explicó: “El que guarda toda la ley y tropieza en un punto, ha llegado a ser culpable de todos. Porque el que dijo: No cometerás adulterio, también dijo: No matarás. Si no cometes adulterio, sino que matas, eres transgresor de la ley”. (Santiago 2:12, 10, 11). Y, finalmente, en Apocalipsis, Juan describe a aquellos a quienes el ángel del cielo señala como la iglesia de Dios en los últimos días: “los que guardan los mandamientos de Dios” (Apocalipsis 14:12).

Los Santos de los Últimos Días, como los de todas las épocas desde Adán, guardarán los mandamientos. También tendrán la fe que Jesús tuvo cuando estuvo aquí en la tierra. la fe de Jesús. Por tanto, los Diez Mandamientos y la fe de Jesús son, por así decirlo, la “bandera” que los santos de Dios tienen en sus manos. La experiencia de la obediencia a través de la fe. El gran desafío está en cómo lograr esta experiencia. Comprender esto equivale a encontrar la puerta al cielo, a la vida eterna; para encontrar el camino hacia la victoria contra la bestia y su imagen. Vamos a resolverlo juntos, a continuación.

guardar los mandamientos

En el Apocalipsis, se ve a la bestia parada sobre la arena del mar, lo que simboliza la multitud de malvados engañados por ella: “Satanás... saldrá a engañar a las naciones que están en los cuatro confines de la tierra... cuyo número es como la arena del mar” (Apocalipsis 20:7, 8). Recuerde que Satanás le dio a la bestia “su poder y su autoridad” (Apocalipsis 13:2). La bestia es el instrumento de engaño que utiliza. Aquellos que no se dejen engañar por ellos vencerán a la bestia y, por tanto, a Satanás. Los que caminan en la verdad. El salmista dice: “Tu ley es verdad” (Salmo 119:142). Sólo aquellos que obedecen la ley de los Diez Mandamientos están libres del engaño. Por eso el tercer ángel del Apocalipsis, después de advertir acerca de adorar a la bestia y su imagen, señala a aquellos que guardan los mandamientos de Dios como el verdadero pueblo de Dios, los únicos que no están bajo el poder engañoso del diablo. Dado que la bestia gobierna a los Illuminati y toda la estructura de poder piramidal, la pirámide con el ojo del diablo, la “matriz” en la que vivimos, estar libres de su poder y, por tanto, en obediencia a los mandamientos, significa estar fuera del sistema. Vemos la pirámide y símbolos relacionados en logotipos de bancos, fabricantes de vehículos, masonería, vídeos musicales y programas de cantantes, eventos deportivos, famosos canales de televisión e Internet, como YouTube, e incluso en iglesias. No en vano la Biblia dice: “No améis al mundo, ni lo que hay en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él” I Juan 2:15. “Y este es el amor de Dios, que guardemos sus mandamientos” I Juan 5:2. De aquí entendemos que aquellos que rompen todas sus conexiones con el mundo y sus vanidades guardan los mandamientos.

Todo lo que en nuestras vidas no se ajuste a los Diez Mandamientos de Dios debe ser abandonado si queremos el cielo. El primer paso para guardar los mandamientos es odiar el mundo y los errores personales y estar dispuesto a abandonarlos.

Dios no transformará a nadie en contra de su voluntad. Como dijo Josué, inspirado por Él: "escoged hoy a quién serviréis... pero yo y mi casa serviremos a Jehová" Josué 24:15. Y podemos saber que si alteramos al mundo, es porque Dios ya está obrando en nuestros corazones, por Su Espíritu. Porque la obra del Espíritu Santo es convencer al mundo de pecado (Juan 16:8). En otras palabras, la obra de la salvación comienza por iniciativa de Dios. Concede el Espíritu Santo a Jesús, quien lo envía a través de los ángeles para tocar nuestras conciencias. Sin embargo, depende de nosotros dejarnos convencer de nuestros errores, estar de acuerdo con Él y aceptar su llamado a cambiar nuestra vida.

La promesa del nuevo concierto

Dios prometió: "Pondré mis leyes en sus corazones y las escribiré en sus mentes" (Hebreos 10:16). Escribir con entendimiento significa convencerlos de que el mandamiento es justo, que la obediencia es el mejor camino para nosotros.

Escribir en el corazón es hacer que amemos obedecerle. Dios hace ambas cosas por el Espíritu Santo. Tan pronto como su Espíritu ha convencido nuestras conciencias de pecado, procede a convencerlas de justicia (Juan 16:8). Habernos hecho "con mala conciencia" cuando pensamos en hacer el mal, ahora nos da motivación y fuerza para caminar por el camino de la obediencia. Elegimos servir a Dios y Él nos brinda la ayuda que necesitamos. Así es como guardas los mandamientos. Por lo tanto, si consideramos que tenemos al Dios Todopoderoso y Omnipotente como nuestro ayudante, no es difícil obedecer. Juan afirma que los mandamientos de Dios no son gravosos (1 Juan 5:3). Tuvo esta experiencia. Sabía lo que significaba dejar que Dios guiara su vida y lo ayudara. Jesús dijo: "Yo estaré con vosotros todos los días, hasta el fin de los tiempos".

(Mateo 28:20). Como un padre extiende la mano para estrechar la mano de su hijo antes de cruzar la calle, así es Jesús hacia nosotros. Él es el representante de Dios, nuestro Padre, caminando con nosotros en todo momento, con su mano extendida hacia nosotros, pidiéndole que nos dé una mano para guiarnos a cruzar la calle de las dificultades, en medio de los problemas. que recorren la pista como coches furiosos, a gran velocidad. El "tráfico" puede ser denso; Puede que sea hora punta. Pero, aferrándonos a las manos invisibles del Padre, ciertamente llegaremos sanos y salvos al otro lado.

Puede ser que, como un niño pequeño, no podamos ver por encima de los coches para saber si, pasado el siguiente, el carril estará libre para cruzar. Pero Él ve y sabe.

Si confiamos en Él y esperamos hasta que Él nos diga: "¡Ven!", todo estará bien.

Al consolidar nuestra obediencia hasta cierto punto, de modo que ya no nos conmovamos, se puede decir que hemos guardado el mandamiento. Este es el significado de la palabra "guardar". Es tenerlo contigo, seguro, cuidarlo, para que no se pierda. En el sentido bíblico, significa aferrarse tan fuerte a Dios para no caer, que nadie -personas o demonios- pueda movernos. Jesús, refiriéndose a su inamovible obediencia y su apego a Dios, declaró: "He guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor" (Juan 15:10).

Cuando Dios se asegura de que ya hemos asimilado y obedecido un punto de Su ley, nos revela otro, previamente desconocido. Continúa el proceso de convencernos y darnos la fuerza para obedecer. Este proceso se llama "santificación". En la medida en que recibimos el Espíritu Santo, somos santificados. Y así continúa. Nuestra vida se desarrolla en medio de este constante proceso de purificación y blanqueamiento de nuestro carácter. Dios opera y nosotros cooperamos, sometiéndonos al proceso, aceptando Su instrucción y voluntad para nuestras vidas; haciendo uso del poder dado por Él para obedecer. Aunque se nos da el poder de obedecer en todo momento, a veces caemos al apartar la mirada de Jesús, soltamos la mano del Padre y queremos seguir cruzando solos. Luego tropezamos y caímos en la pista. Nos lastimamos. Cuando esto ocurre, Dios continúa actuando, por Su espíritu, en nosotros.

Jesús intercede por nosotros en el cielo, y Dios intercede en nuestros corazones, "con gemidos indecibles" (Romanos 8:26). Él pone en nuestro corazón el deseo de orar pidiéndole que nos saque de la dificultad espiritual. Y, hasta que aceptemos nuevamente la invitación, Jesús intercede por nosotros, si hay sinceridad en nuestro corazón. Todos los que no han rechazado completamente la obra del espíritu en sus corazones se benefician de la intercesión de Cristo. "Si alguno peca, Abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo" (1 Juan 2:1). Luego, cuando finalmente cedemos a la impresión del espíritu, el proceso de santificación comienza de nuevo.

Para la mayoría de las personas, el proceso termina cuando el hombre respira por última vez y descansa en la tumba. Al final de su vida, Pablo declaró: "He peleado la buena batalla, he terminado mi carrera... desde ahora en adelante me está reservada la corona de justicia, la cual el Señor, juez justo, me dará. yo ese día; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman su manifestación" (II Timoteo 4:7-9). Sin embargo, la Biblia enseña que para un grupo de personas, la obra del espíritu alcanzará su objetivo final mientras aún estén vivos. Esto no quiere decir que sean un grupo de personas especialmente privilegiadas por Dios. Sólo permitirán que la obra de Dios profundice en sus vidas hasta el punto de eliminar el último pecado mientras aún estén vivos. Hace un momento comentábamos lo que sucede cuando un cristiano deja por un momento de elegir obedecer a Dios: depende de la intercesión de Cristo hasta regresar al camino. Cuando el cristiano avanza en el camino, se vuelve cada vez más firme en Dios y sus caídas se hacen menos frecuentes. Ahora considere lo que les sucederá a aquellos que, a través de una sumisión cada vez más constante a Dios y a Cristo, llegarán al punto en que nada los moverá a elegir el mal en lugar del bien. En este caso, aunque Cristo no interceda en el santuario, no será un problema para ellos. Porque la intercesión de Cristo es por los que yerran. Él dijo: "los que están sanos no tienen necesidad de médico" (Lucas 5:31). Podrán vivir en la tierra sin un Intercesor. Cuando Cristo cese su obra, las siete últimas plagas caerán sobre la tierra (Apocalipsis 15:1; 16:1). En ese momento, la ira de Dios se derramará sobre los malvados.

Y este grupo de personas permanecerá viva en la Tierra durante este tiempo. En el Apocalipsis se les señala como irreprochables; ellos son los ciento cuarenta y cuatro mil (Apocalipsis 14:1-5). Aquellos que obedecen los Diez Mandamientos y son perfectamente sumisos a la guía del Espíritu de Dios. Quedarán como testigos de lo que la gracia de Dios es capaz de hacer en quienes se someten a Cristo.

Pasadas las plagas, recibirán la gran recompensa. Quien deja de elegir pecar, de una vez por todas, en la vida, está listo para ver nuevamente el rostro de Dios. Tal como lo hizo Adán antes de pecar. El hombre sólo perdió la comunión personal y visible con el Creador a causa de la desobediencia. Entonces, estos estarán en condiciones de ser llevados a donde está Dios, sin ver la muerte. Como sucedió con Enoc y Elías. Es por esta razón que los 144.000 serán arrebatados al cielo sin ver la muerte. Tú y yo, si alcanzamos esta condición, estaremos vivos en ese gran día, compartiendo el triunfo sobre la muerte. "He aquí os digo un misterio: no todos dormiremos, pero todos seremos transformados, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque sonará la trompeta... y seremos transformados. Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorruptibilidad, y esto mortal se vista de inmortalidad. Y cuando esto corruptible se vista de incorruptibilidad, y esto mortal se vista de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: Sorbida es la muerte en la victoria". (I Corintios 15:51-54). ¡Amén! ¡Aleluya!

La alianza de Dios: la fe - la parte del hombre

Pablo escribió que somos salvos por la fe, y agrega: "esto no de vosotros, es don de Dios" (Efesios) 2:8. La fe es "la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve" (Hebreos 11:1). Es Dios quien pone en nosotros la fe y la confianza en Él. Ambos son fruto del contacto, de la amistad con Él. Creemos en la palabra de nuestros amigos, y ésta es fruto de la convivencia. Y podemos vivir con Jesús y Dios. Podemos notar a Jesús cerca de nosotros, si prestamos atención.

¿Cuántas veces nos han asaltado ideas "repentinas" que nos salvaron del peligro, nos impidieron hacer daño o nos hicieron reflexionar mejor sobre un problema y tomar la decisión correcta? La voz de la conciencia nos habla todos los días, mostrándonos que Jesús siempre está listo, transmitiendo a nuestra mente el consejo de Dios, nuestro Padre, al obedecerlo y tener éxito, nos animamos a seguir la dirección del Espíritu de Dios en nuestra vida. Próximas veces. La Biblia describe esta experiencia de la siguiente manera: "por las obras la fe se perfeccionó" (Santiago 2:22). ¡Sin mencionar los momentos en que muchos de nosotros reconocemos que hemos sido salvados milagrosamente de accidentes fatales, robos y otros peligros! ¡De cuántos labios, agradecidos por la gracia recibida, surgen palabras de agradecimiento a Dios, reconociéndolo como su protector! Y no podemos olvidar las muchas ocasiones en las que, después de meditar un pasaje de la Biblia, la mente queda tan impresionada por la fuerza de las verdades leídas que los problemas del día desciendan al nivel de la insignificancia, y acudamos a Dios, en busca de ayuda, ¡con tanta naturalidad como el girasol sigue al sol! La fe vino por el oír la Palabra de Dios, como dice la Biblia en Romanos 10:17. Todas estas experiencias son prueba real de que el contacto con Dios genera y aumenta la fe. Y Él tiene un canal directo -el Espíritu Santo- a través del cual llega al corazón de cada uno de nosotros. Por lo tanto, nadie puede decir que alguna vez haya sido tocado por Él. Y que, a través de este toque, no se le ofreció el don de la fe. Al creer y confiar en el poder de Dios, podemos obedecerlo siempre. Pablo dijo: "Todo lo puedo en Cristo que me fortalece" (Filipenses 4:13).

fe de jesus

El don de Dios no es la fe de un Dios. Envió a su Hijo, en carne humana, quien, por la fe humana, venció. Y Dios nos hace partícipes de esta fe: la fe de Jesús.

Pablo dijo: "Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y la vida que ahora vivo... la vivo en la fe en el Hijo de Dios" (Gálatas 2:20). "Aquí está la perseverancia de los santos que... tienen la fe de Jesús" (Apocalipsis 14:12). No hay fracaso en la fe de Jesús. Su fe no era "débil". Ella era perfecta y siempre fuerte; siempre suficiente para que Dios, a través de él, realice cualquier milagro y lo fortalezca para obedecer los mandamientos en cualquier circunstancia. Esta fe es el don que se ofrece a los hombres para que puedan salvarse.

Dado que se nos ofrece la fe perfecta de Jesús, siempre que la recibamos obedeceremos a Dios perfectamente. Quien nace de nuevo, mediante el bautismo, nace como un creyente "obediente". No existe tal cosa como un "creyente desobediente" ante Dios. Tampoco hay un creyente con "fe débil". Atribuir un defecto a la fe significa justificar su pecado atribuyendo un defecto al don perfecto de la fe de Jesús, dado por Dios. Pero no recibimos una fe defectuosa. Dios no es un padre que le regala a un niño un juguete estropeado. No, primero lo prueba, ve si funciona y ofrece algo nuevo. Esto es lo que hizo con el don de la fe: primero lo probó en la persona de su Hijo, Cristo Jesús hombre. Sometió a Su Hijo a las pruebas más severas, tan severas que ningún otro hombre tendrá que enfrentar jamás; porque cargó sobre él el peso de los pecados del mundo entero (Isaías 53:6). Nunca los poderes del infierno estuvieron tan unidos y atacaron con tanta fuerza a otro hombre; porque Satanás sabía que todo estaba en juego para él en esta batalla con Cristo. Si ganaba allí, obtendría el control definitivo sobre toda la raza humana. Pero la fe que Dios dio a Cristo Jesús hombre resistió la prueba. Jesús ganó espléndidamente. Podría decir: "el príncipe de este mundo se acerca, y nada tiene en Mí" (Juan 14:30). No había nada en Él en lo que Satanás pudiera confiar para inducirlo a transgredir, en lo más mínimo, los mandamientos de Dios. El don de la fe dado a Jesús fue probado y aprobado.

La fe de Jesús resultó ser un don perfecto, un don con "el sello de calidad del instituto de metrología del cielo". Por lo tanto, dado que nunca tendremos pruebas tan duras como las de Jesús, nunca habrá un momento en que la fe de Jesús ya no sea suficiente para evitar que pequemos. No habrá situación en la que podamos, con justicia, acusar de defectuoso el don de fe que hemos recibido, llamándolo: "fe débil". Y, una vez prohibida esta excusa, que es incluso una afrenta a Dios, nos queda reconocer como un hecho que la desobediencia sólo puede ocurrir por ausencia de fe, o "incredulidad". Esto es bíblico. Dios equipara la desobediencia con la incredulidad: "¿Y a quién juró que no entraría en su reposo, sino a los que fueron desobedientes?"

Y vemos que no pudieron entrar a causa de su incredulidad". "Todo lo que no es por fe, es pecado" (Hebreos 3:18, 19; Romanos 14:23).

La fe viene por escuchar la Palabra.

Dado que no hay fracaso en el don de la fe que se nos da, ¿por qué sucede con tanta frecuencia que el creyente cae en desobediencia cuando es probado? Esto ocurre por dos razones. La primera es: por desconocimiento de la voluntad de Dios para él en esa circunstancia. En este caso, se beneficia de la intercesión de Cristo, que se proporciona precisamente para errores de esta naturaleza: "si caminamos en la luz... la sangre de Jesucristo, su Hijo, nos limpia de todo pecado" (I Juan 1:7). Se entiende: si caminamos en la luz espiritual que ha llegado a nuestra consciencia; según lo que el Señor nos ha enseñado hasta ahora acerca de Sus mandamientos; Si nuestra consciencia no nos acusa de nada, entonces la sangre de Jesús nos limpia de todos los pecados cometidos por ignorancia. La otra razón, la segunda, es porque no recuerda las promesas de Dios y no tiene nada en qué confiar para permanecer en la voluntad divina. Entonces termina queriendo resolver la situación a su manera, según la carne. Aunque sabía lo que Dios esperaba de él en esa situación, la falta de estudio bíblico y oración significó que Dios prometió darle la salida en situaciones como esa.

Una de las razones por las que la Biblia tiene más de mil páginas es precisamente porque puede abarcar todas las situaciones que el hombre encontrará durante su vida. Por tanto, aporta la orientación adecuada para cada momento. Para conocerlas, el hombre debe estudiar la Palabra. Esta parte depende de él. Dios trató de preservar las Sagradas Escrituras hasta el día de hoy. Corresponde al hombre estudiarlos. Aunque haya algún texto mal traducido en las diferentes versiones, el conjunto de las Escrituras sigue siendo coherente. Al estudiar cualquier tema, desde Génesis hasta Apocalipsis, incluso un hombre sencillo con poca educación formal puede llegar a la verdad. Así, nadie puede, para justificar sus errores, alegar falta de condiciones para comprender la verdad enseñada en la Biblia. Quien verdaderamente desee encontrar el camino seguro al cielo lo encontrará mediante un estudio diligente. Jesús dijo: "Escudriñáis las Escrituras, porque en ellas pensáis tener vida eterna" (Juan 5:39).

El estudio de la Palabra está totalmente relacionado con recibir el don de la fe. "La fe viene del oír, y el oír de la palabra de Dios". (Romanos 10:17). A través de la Palabra conocemos a Dios, su voluntad y promesas. Por lo tanto, a través de él desarrollamos una relación de amistad con Él y los principios de Su gobierno. Al estudiarlo, Dios nos da la fe de Jesús. El hombre que estudia diligentemente la Palabra de Dios diariamente es fortalecido por Él. Ante los problemas, Dios, por el Espíritu, le recuerda y le hace interpretar correctamente lo que ha leído. Entonces, él sabe lo que debe hacer para agradar a Dios. Comento esto porque no siempre parece tan sencillo conocer Su voluntad. No todo lo que afrontamos en la vida se discierne rápidamente como la elección entre robar, matar, cometer adulterio o no, etc. Nos enfrentamos a situaciones que nos parecen muy complejas. En cuestiones de relaciones matrimoniales, entre padres e hijos, relaciones laborales, etc., muchas veces nos encontramos con situaciones en las que nos quedamos perplejos. Los estudiantes de la Biblia negligentes o superficiales a menudo malinterpretan la voluntad de Dios en tales situaciones, cayendo en la trampa de Satanás. Pero el estudiante diligente, que conoce la voluntad de Dios desde Génesis hasta Apocalipsis, podrá discernir correctamente y actuar como se espera para mantenerse en el camino de la obediencia. La variedad de situaciones que enfrentamos

El curso de la vida nos parece infinito. Pero Dios, en Su sabiduría, los cubrió a todos en las Páginas Sagradas.

La medida de la fe

La Biblia dice que Dios le dio a cada persona una "medida de fe". Pero al tratar de esto no se refiere a la fe para la santificación, sino a la fe en la profecía: "no sepáis más de lo que conviene saber, sino... según la medida de fe que Dios ha distribuido a cada uno... , teniendo diferentes dones, según la gracia que nos ha sido dada, si es de profecía, o según la medida de la fe" (Romanos 12:3, 6). La profecía es uno de los dones concedidos por Jesús, mediante el derramamiento del Espíritu de Dios, para la edificación de la iglesia. No se concede a todos, porque Jesús concede dones a cada uno, según lo que entiende más conveniente, para beneficio de la persona y de aquellos dentro de su radio de influencia (I Cor. 12:11). No todos serán profetas. "Quizás... ¿son todos profetas?" (I Corintios 12:28-30). Pero, aunque posean diferentes dones del espíritu, todos serán santificados. "Y él mismo dio a unos como apóstoles, y a otros como profetas, y a otros como evangelistas, y a otros como pastores y maestros, faltando el perfeccionamiento de los santos, para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo; hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y al conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la plenitud de la estatura de Cristo" (Efesios 4:11-13).

Hay personas que tienen más dificultades que otras para creer en las profecías sobre el futuro, pero eso no significa que sean menos santificadas. Muchos de ellos dan mejor testimonio como cristianos que la mayoría de los creyentes en profecías.

Prueban, por tanto, que la fe que recibieron para la santificación no fue inferior, o en menor medida, que la recibida por los demás. La fe de Jesús, el don que Dios nos da para la santificación, es perfecta y todo suficiente para generar en nosotros obediencia, tal como lo fue en Jesús. Y se concede a todos, sin distinción. Es diferente del don de profecía, que se ejerce "en la medida de fe" que Dios distribuyó a quienes lo recibieron. En otras palabras, en términos de profecía, quien cree predica, en la medida de lo que cree.

Entonces, sucederá, entre los hijos de Dios, que algunos predicarán algunas profecías y otros no. Incluso entre los predicadores de profecías, sucederá que algunos presentarán más detalles que otros, "en la medida de la fe". Sin embargo, con miras a la santificación, Dios da la fe a todos en la medida del "don de Cristo"; es decir, y la fe de Jesús, en toda su perfección, que se nos concede para que guardemos todos sus mandamientos (Efesios 4:7).

Por lo tanto, dado que el don de la fe permite siempre una obediencia perfecta, el verdadero creyente será más obediente cuanto mayor sea su conocimiento de las promesas de Dios. Todo el que entre al cielo lo hará porque ha cumplido la condición.

de perfecta obediencia a la luz que recibieron de los mandamientos de Dios. Todos recibieron la misma fe. Pero la medida de vuestra obediencia será diferente; proporcional al conocimiento obtenido y aplicado, de la voluntad divina, mientras estamos aquí en la Tierra.

La demostración de fe

Hay una diferencia entre profesión de fe y fe genuina. Incluso los demonios profesan fe. "hasta los demonios creen y tiemblan" (Santiago 2:19). Pero no tienen el don de la fe, concedido por Dios. ¿Cómo se prueba que alguien ha recibido el don de "la fe de Jesús" para salvación? Comprobando si obedece a Dios. Porque, como hemos visto, esta fe siempre permite al creyente obedecer. Entonces, si hubo fe, hubo obediencia. Si no había obediencia, faltaba la fe; la incredulidad tomó su lugar. Santiago dice que, a través de las obras de obediencia de Abraham, "ella fue perfeccionada" (Santiago 2:22 - Versión Cipriano de Valera, 1865). El significado es: "se demostró que era perfecta", o "se vio que la fe era verdadera". Esto lo prueba la conclusión que luego presenta: "la fe sin obras está muerta" (Santiago 2:24). Di quién tiene fe; Exclamar "creo" y no obedecer a Dios es hacer una declaración falsa.

Según el apóstol Pablo, aunque el hombre es justificado, perdonado, por la fe, sin las obras de la ley, esta misma fe introduce la ley en el corazón del hombre. Lo establece en el corazón, como un nuevo habitante del hogar espiritual del hombre -su mente- donde antes no estaba. Por eso escribió: "¿Luego por la fe anulamos la ley? ¡De ninguna manera! Más bien, nosotros establecimos la ley" (Romanos 3:31). Abraham y ningún otro hombre pecador fue justificado ante Dios por las obras que hizo. Pero todo hombre que ha recibido el don de la "fe de Jesús", que ha sido justificado por esta fe, produce obras de obediencia. Y como no hay otra fe para la salvación que la fe perfecta de Jesús, es cierto decir que si alguno no obedece a Dios en lo que ya sabe, su esperanza en el cielo es vana. Sólo puedes entrar al cielo por fe. La desobediencia es la confirmación de la ausencia de fe. Por lo tanto, ningún desobediente consciente de los diez mandamientos de Dios entrará al cielo. Cada uno será juzgado según lo que sabe. Nadie estará obligado a obedecer una orden divina de la que nada sabía, ni pudo haber sabido nada a lo largo de su vida. Pero quien haya recibido el don de la fe será obediente a toda la luz que haya llegado a su conciencia. Los creyentes "muestran la obra de la ley escrita en sus corazones, dando testimonio junto con su conciencia y sus pensamientos, ya sea acusándolos o defendiéndolos, en el día en que Dios juzgará los secretos de los hombres por Jesucristo" (Romanos 2:15). , dieciséis). Por lo tanto, que todos nosotros, los creyentes, avancemos "guardando la fe y una buena conciencia, desechando la cual algunos naufragaron en la fe" (I Timoteo 2:19).

La certeza de la fe

La Biblia demuestra la "certeza" inculcada en la fe de Cristo Jesús hombre. Era tan sólida, tan perfecta, que ni siquiera consideró, por un momento, la posibilidad de la derrota. Incluso frente a los mayores conflictos de su vida, Jesús expresó una confianza absoluta en que Dios lo guardaría. Y también que se cumplirían las promesas de la Biblia respecto a Su victoria sobre Satanás y el pecado. Varias de sus declaraciones lo demuestran. Cuando tuvo ante sí las penurias del Getsemaní, el juicio injusto y el Calvario, demostró total certeza de que vencería y

Ascendería al cielo diciendo: "Ya no estoy en el mundo; pero ellos están en el mundo, y yo vengo a ti" (Juan 17:11). Un poco antes, anunció de antemano su victoria, diciendo: "en el mundo tendréis tribulaciones, pero confiad; Yo he vencido al mundo" (Juan 16:33). Declaró su certeza de que Dios obraría en la vida de Lázaro, incluso cuando ya estaba muerto, diciendo a los discípulos: "Lázaro, nuestro amigo, duerme, pero yo lo despertaré de su sueño". Y para Marta: "tu hermano resucitará" (Juan 11:11, 23). Unos días antes de su arresto, anticipó su victoria y el fin de su obra como Mediador, y predijo su venida en gloria: "y cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria, y todos los santos ángeles con él, entonces siéntate en el trono de su gloria; y todas las naciones serán reunidas delante de él" (Mateo 25:31, 32). En medio de la tormenta que parecía amenazar Su vida, Él se mostró valiente, con la plena certeza de que Dios lo mantendría con vida hasta cumplir Su ministerio en la Tierra. "Las olas subieron sobre la barca, de modo que ya se estaba llenando de agua. Y estaba en la popa durmiendo sobre un cojín; y le despertaron, diciéndole: Maestro, ¿no te importa si perecemos? Y Él, despertando, reprendió al viento y dijo al mar: Cállate, cállate. Y amainó el viento, y hubo gran calma. Y él les dijo: ¿Por qué sois tan tímidos? ¿Todavía no tienes fe? (Marcos 4:37-40).

A veces Jesús declaró: "Os lo dije ahora, antes que suceda, para que cuando suceda, creáis" (Juan 14:29). Y la fe de Jesús, que nosotros, los creyentes, recibimos, nos llevará a creer, hoy, en las promesas de victoria del pueblo de Dios sobre la bestia y su imagen. Creer que saldremos victoriosos y no tener miedo de ser presa del diablo, sin importar las circunstancias. Por la fe de Jesús, hoy sabemos que seremos parte del pueblo de Dios de los últimos días, designado por el ángel del Apocalipsis. El pueblo que "guarda los mandamientos de Dios y tiene la fe de Jesús" (Apocalipsis 14:12). Y, en la plena certeza de la fe, invitaremos a personas de cada "nación, tribu, lengua y pueblo" a recibir el mismo don de la fe de Cristo Jesús hombre, para que también ellos sean vencedores del mundo, la carne, y el diablo. De esta manera, todo aquel que lo desee también se unirá al grupo de los que aceptan este evangelio, esta buena noticia, y vencen. "Y será predicado este evangelio del reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones, y entonces vendrá el fin" (Mateo 24:14). ¡Amén, ahora ven Señor Jesús!

Sexta gran verdad: el verdadero día de descanso de Dios - en el que Jesús sana a los que no saben pedir - sábado

Hoy en día, casi todos los cristianos profesantes observan el primer día de la semana por motivos religiosos. Pero no siempre fue así. Hubo un tiempo en que nadie guardaba el domingo. Un día después de crear a Adán y Eva, "Dios terminó en el séptimo día la obra que había hecho, y en el séptimo día descansó de toda la obra que había hecho. Y bendijo Dios el día séptimo, y lo santificó; porque en él descansó de toda la obra que Dios había creado y hecho". (Génesis 2:2, 3). Y la primera pareja, los únicos habitantes de la Tierra en ese momento, descansaron y santificaron el sábado, junto con Dios.

Más tarde, Adán y Eva cayeron en pecado. Luego tuvieron hijos. No todos decidieron obedecer a Dios. Su primer hijo, Caín, mató a su hermano Abel y se rebeló contra Dios. Se convirtió en el primer rebelde y guió a sus descendientes por el camino de la desobediencia. Luego Adán tuvo otro hijo, Set. "Y a Set también le nació un hijo; y llamó su nombre Enós; Entonces la gente empezó a invocar el nombre del Señor". (Génesis 4:26). El mundo quedó entonces dividido en dos grupos: los que adoraban y servían al Creador, llamados "hijos de Dios", y los rebeldes que no aceptaban su autoridad y querían gobernarse a sí mismos. Y la Biblia enseña que ha seguido siendo así, en todas las edades, y continuará así, hasta el fin de los tiempos. Por no reconocerse hijos y súbditos de Dios, fueron llamados "hijos de los hombres".

"Y aconteció que cuando los hombres comenzaron a multiplicarse sobre la faz de la tierra, y les nacieron hijas, los hijos de Dios vieron que las hijas de los hombres eran hermosas; y tomaron para sí mujeres de todas las que quisieron..." y luego, como resultado de los matrimonios entre los hijos de Dios y los rebeldes, el mal se multiplicó tanto que casi no hubo representante de la verdadera religión en la Tierra. "Y vio el Señor que la maldad del hombre era grande sobre la tierra, y que toda imaginación de los pensamientos de su corazón era continuamente sólo mala". "Pero Noé halló gracia ante los ojos del Señor" (Génesis 6:1-5, 8). A través de Noé, Dios presentó el mensaje de misericordia al mundo, y ocho personas que estaban vivas cuando llegó el diluvio (su familia) se salvaron de la destrucción. A través de él Dios preservó el conocimiento de su voluntad. Y, después del diluvio, proporcionó a la humanidad un nuevo comienzo, donde podrían, como Adán y Eva, obedecer Su voluntad, revelada por Noé. La familia de Noé repoblaría la Tierra.

Pero tan pronto como comenzaron a desarrollarse las primeras páginas de la historia después del diluvio, los hombres volvieron a dividirse en dos clases: obedientes y desobedientes.

Los descendientes de Cam, el hijo menor de Noé, decidieron seguir el camino de Caín. Su nieto, Nimrod, cuyo nombre significa "rebelde", se dedicó a construir una torre que llegara a los cielos, con el objetivo de luchar contra Dios y vengar la muerte de sus padres (Génesis 10:6-10). Los descendientes de Sem, el primer hijo de Noé, permanecieron fieles a Dios. Entre ellos, Dios eligió a Abraham para difundir su alianza hecha con el hombre, "los Diez Mandamientos" (Deuteronomio

4:13). Dios dijo: "Abraham obedeció mi voz y guardó mis mandamientos, mis preceptos, mis estatutos y mis leyes". (Génesis 26:5). Él y sus descendientes permanecieron fieles a Dios. Ellos eran el "hilo de oro" en la Tierra, guardando Sus mandamientos y, entre ellos, el sábado. Dios anticipó eventos futuros a Abraham, revelándole que sus descendientes irían a Egipto y allí serían afligidos por "cuatrocientos años" (Génesis 15:13). Después de la fecha límite, los hijos de Israel "suspiraron a causa de su servidumbre y clamaron; y su clamor subió a Dios... y Dios escuchó su gemido, y se acordó Dios de su pacto con Abraham" (Éxodo 2:23, 24). Luego, Dios los liberó, los llevó al desierto y los confirmó como Su "hilo de oro", el pueblo elegido para transmitir el conocimiento de Su voluntad desde esa generación en adelante. Por eso, les anunció "Su pacto... los Diez Mandamientos" (Deuteronomio 4:13). Y repitió el mandamiento del día de descanso, dado a Adán y a Eva antes de su pecado: "Acordaos del día de reposo para santificarlo..." (Éxodo 20,8). Desde Adán, cada generación de hijos de Dios en la Tierra ha preservado el conocimiento del sábado como día de descanso.

Paralelamente a la historia de los observadores del sábado, se desarrolló otra historia. Nimrod, el nieto rebelde de Cam, bisnieto de Noé, se convirtió en el líder de una generación de rebeldes. Contrariamente a la orden divina: "poblad abundantemente la Tierra... y multiplicaos en la Tierra" para que se extendieran, los condujo en otra dirección, de modo que dijeron: "oye, construyamos una ciudad y una torre cuya toca la cima de los cielos... para que no seamos esparcidos sobre la faz de toda la tierra" (Génesis 11:4).

Nimrod estaba tan desprovisto del temor de Dios que se acostó con su propia madre, y de ella tuvo un hijo, Tammuz. Aún así, fue muy venerado por los hombres de su época. "Comenzó a ser poderoso en la Tierra. Y era un valiente cazador delante de Jehová" (Génesis 10:8,9). El término "delante de Jehová" significa contra Jehová. Es decir, trabajó activamente para establecer un gobierno opuesto a Dios.

La historia cuenta que, después de la muerte de Nimrod, su esposa y madre, Semiramis, que era una prostituta de culto, quedó embarazada. Luego difundió la mentira de que había sido impregnada por el espíritu de Nimrod, quien había desencarnado después de su muerte y se había convertido en el dios Sol. Entonces, su hijo se convertiría en el dios hijo, o el dios niño redentor. De ahí que se estableciera el culto al sol (Nimrod), y también a la diosa madre con el niño. Luego, el sistema de adoración evolucionó hacia el culto a tres personas: Nimrod, Semiramis y su hijo, Tammuz. Se estableció el culto a la Trinidad.

El primer día de la semana, el mes lunar y el año estaban dedicados al culto de la Trinidad. Por lo tanto, el primer día pasó a ser conocido como "el día del Señor Dios, el sol".

Dios frustró parcialmente los planes de Nimrod, confundiendo el lenguaje de los constructores de la torre de Babel, lo que llevó a la interrupción de la construcción: "Entonces descendió Jehová para ver la ciudad y la torre que estaban edificando los hijos de los hombres; y dijo Jehová: He aquí el pueblo es uno, y todos tienen una misma lengua; y esto es lo que empiezan a hacer; y ahora no habrá restricción en todo lo que pretendan hacer. Oye, bajemos y confundamos su idioma allí, para que no entiendan el idioma del otro. Y el SEÑOR los dispersó desde allí sobre la faz de toda la tierra; y dejaron de construir el

ciudad. Por eso se llamó su nombre Babel, porque allí confundió Jehová la lengua de toda la tierra, y desde allí los esparció Jehová sobre la faz de toda la tierra. (Génesis 11:5-9).

Divididos en grupos de familias que hablaban la misma lengua, los hombres llevaron sus costumbres y religión a los lugares donde colonizaron. Esta es la razón por la cual el culto a la trinidad y al sol se encuentra prácticamente en todas las civilizaciones antiguas. Y es también la razón por la que elementos de la religión -pirámides, representaciones de la trinidad y estatuillas de Semiramis con su hijo Tammuz en su regazo- se ven en los restos de estas civilizaciones, en diferentes partes del mundo.

Trinidad: Primera persona	Trinidad: Segunda persona	Trinidad: Tercera persona
nimrod	Semíramis	Tamuz
India		
Brahma	Visnú	shiva
Babilonia		
Marduk	Venus	istar
Egipto		
Osiris	Horus	Isis
Grecia		
Zeus	Apolo	Atenas
Granada		
Júpiter	Marte	Venus

El día dedicado al culto del sol también era llamado "día del sol", o "del Señor Dios, el sol", en las familias repartidas por Babel que dieron origen a las diferentes pueblos. En el idioma inglés, el primer día de la semana se llama "domingo". El sol es "sol"; el día es "día". El domingo es el "día del sol". **En alemán el día es *sunday***, con el mismo significado. En español y portugués es "domingo", que proviene del latín "dominus", y

significa "día del señor dios, el sol". El nombre del primer día de la semana en francés e italiano (dimanche y domenica, respectivamente) también proviene del latín dominus y tiene el mismo significado.

Entonces, el mundo se dividió en dos clases de personas: la gente de la mayoría de las naciones, que guardaban el domingo; y los descendientes de Sem a través del linaje de Abraham, Isaac y Jacob: los israelitas, observadores del sábado. Se ve que, aunque el sábado era la institución más antigua de Dios, el domingo instituido en el culto de Nimrod era, con mucho, el más observado: era el más popular.

Según la historia, el pueblo de Israel deambuló por el desierto entre los años 1450 y 1400 a.C. Se cree que la época de Adán se remonta al 4000 a.C. Así, después de unos 2.600 años de historia humana, los fieles siempre han observado el sábado. El domingo fue instituido por el hombre más tarde. El hilo dorado de Dios observaba el sábado, mientras que los seguidores de la religión rebelde de Nimrod reservaban el domingo para fines religiosos.

De Moisés a Cristo

Mientras estaba en el desierto, Dios le indicó a Moisés que, como había ocurrido hasta entonces, la observancia del sábado sería para siempre una señal que diferenciaría a su pueblo de los demás. "Por tanto, los hijos de Israel guardarán el sábado, celebrando el sábado por sus generaciones como pacto perpetuo. Entre mí y los hijos de Israel será una señal para siempre; porque en seis días Jehová hizo los cielos y la tierra, y en el séptimo día descansó y reposó" (Éxodo 31:16, 17). La razón para observar el sábado será mucho más allá de las necesidades del pueblo israelita. Abarca a toda la humanidad. Deben conservarlo para recordar a Dios como su Creador, para aprender a amarlo y reverenciarlo como tal. Note que Dios señala la creación como una razón para observar el sábado: "Porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra", no sólo para los israelitas, sino para toda la humanidad; "Y al séptimo día descansó y fue restablecido". El sábado tiene que ver con todos los descendientes de Adán.

Han pasado otros 1400 años. A lo largo de este tiempo, Dios recordó repetidamente a su pueblo la importancia del sábado como señal de obediencia y sumisión a su gobierno. Unos cuarenta años después del Sinaí, al final de la peregrinación por el desierto, repitió el mandamiento del sábado en Deuteronomio 5:12: "guarda el día del sábado... como Jehová tu Dios te ha mandado". El profeta Isaías, en el siglo VIII antes de Cristo, recordó el mandamiento (Isaías 56:2-4). Unos doscientos años después, antes de la última invasión de los babilonios, Jeremías recordó al pueblo el mandamiento del sábado y las bendiciones de su observancia (Jer. 17:21). Ezequiel hizo lo mismo, señalando el sábado como una señal del pacto entre Dios y el hombre (Eze.

20:12, 20). Y Malaquías, el último de los profetas del Antiguo Testamento, denuncia a quienes abandonaron la obediencia a la ley de los Diez Mandamientos, que ordena guardar el sábado: “si yo soy el Padre, ¿dónde está mi honor? Y si yo soy Señor, ¿dónde está mi temor? - os dice Jehová de los ejércitos, oh sacerdotes que menospreciáis mi nombre... porque los labios del sacerdote guardarán el conocimiento, y de su boca buscarán la ley, porque él es el ángel de Jehová de los ejércitos. Pero tú te has desviado del camino, y has hecho tropezar a muchos de la ley” (Mal. 1:6; 2:7, 8).

Mientras tanto, las naciones paganas guardaban el día del sol, en contraste con el sábado del cuarto mandamiento. Lo mismo hicieron los babilonios, griegos y romanos, que eran amos del imperio mundial en el momento de la venida de Cristo a la Tierra.

En el Ministerio de Jesucristo

Jesús, el Hijo de Dios, el Verbo Encarnado, nació en Belén, como estaba profetizado (Miqueas 5:2). Fue creado por José y María, ambos judíos, observadores del sábado.

Recibió instrucción de ellos. La Biblia dice que Él creció “en sabiduría, en estatura y en favor ante Dios y ante los hombres” (Lucas 2:52). Agradó a Dios en todo y, al hacerlo, participó en el culto de Dios los sábados: “cuando llegó a Nazaret, donde había crecido, entró en la sinagoga un día de reposo, según su costumbre, y se puso de pie. levantarse a leer” (Lucas 4:16). De esto concluimos que a Dios le agrada que la iglesia lo adore en este día.

En su primer gran sermón después de comenzar su ministerio, Jesús enfatizó que él no vino a cancelar o abolir la ley del sábado, sino que afirmó que seguiría vigente mientras duren el cielo y la tierra: “no penséis que vine a abrogar la ley o los profetas; No vine a abrogar, sino a cumplir. Porque de cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido”. (Mateo 5:17, 18).

No mucho después, Jesús entró deliberadamente en controversia con los fariseos para liberar la enseñanza del sábado de los mandamientos de los hombres con quienes la habían asociado. Los fariseos habían añadido una serie de ordenanzas al día de reposo, todas las cuales eran contrarias a la Biblia, convirtiéndolo literalmente en una carga para quienes lo observaban. Dos tratados completos del libro judío llamado “Mishna” están dedicados a representar diversas regulaciones relacionadas con el sábado.

Citamos algunos:

- No se podía llevar pañuelo en la mano, para evitar hacer "trabajo". Uno de sus extremos debería haber sido cosido a la ropa. Por lo tanto, se consideraba parte de él, y llevarlo no sería una transgresión del sábado;
- No se podrá deshacer un nudo, escribir más de dos letras ni borrar espacios equivalentes a más de dos letras;
- Se podía vender el huevo que puso la gallina el sábado, pero al judío se le prohibió comerlo;
- Estaba prohibido mirarse al espejo el sábado;
- No estaba permitido encender fuego ni velas el sábado. Pero se podría contratar a un gentil para que hiciera el trabajo;
- Estaba prohibido escupir en el suelo los sábados, para evitar que una planta fuera regada por este acto;
- No se podía caminar más de mil metros, aproximadamente, el sábado. Entonces, al planificar adónde ir, una persona debe evaluar primero si la distancia excede "el camino del sábado" (Hechos 1:12), para evitar caer en la transgresión.

El objetivo de Jesús era presentar la verdadera doctrina en el sábado. Enseñó que las horas de este día pueden dedicarse a aliviar el sufrimiento de las personas y de los animales: "¿Quién de vosotros será aquel que, teniendo una oveja, si cae en un hoyo en sábado, no la agarrará? y levantarlo? ¿Cuánto más vale un hombre que una oveja? Por tanto, es lícito hacer el bien los sábados".

(Lucas 12:11, 12). Y la Biblia informa varios milagros de curación realizados por Jesús en sábado (Marcos 3:1-5; Lucas 4:38, 39; 13:10-17; 14:1-4; Juan 5:1-15; 9:1). -14). En el mismo sentido, también dijo que no es transgresión buscar alimento para aquellos que por fuerza mayor no pudieron preparar su comida para este día: "en aquel tiempo, Jesús pasaba por el campo, un sábado. ; y sus discípulos, teniendo hambre, comenzaron a recoger trigo y a comer. Y cuando los fariseos vieron esto, le dijeron: He aquí, tus discípulos hacen lo que no es lícito hacer en sábado. Pero él les dijo: ¿No habéis leído lo que hizo David cuando tuvo hambre él y los que estaban con él? ¿Cómo entró en la casa de Dios y comió los panes de la proposición, que no le era lícito comer a él ni a los que estaban con él, sino sólo a los sacerdotes? ¿O no habéis leído en la ley que los sábados los sacerdotes en el templo violan el sábado y son libres de culpa?... Pero si supierais lo que significa: Quiero misericordia y no sacrificio, no condenaríais al inocente. ." (Mateo 12:1-7).

Colocándose en la posición de co-Creador de todas las cosas, Jesús afirmó tener el derecho de determinar qué es una transgresión del sábado y qué no lo es. Él hizo el sábado. "Sin Él nada de lo que fue hecho fue hecho" (Juan 1:3). Por eso, dijo a los fariseos: "Os digo que aquí está el que es mayor que el templo... Porque el Hijo del Hombre es Señor del sábado" (Mateo 12:8). Al afirmar ser "Señor" del sábado, Jesús se llamó a sí mismo su dueño. Sería tan ilógico pensar que Jesús vino a abolir lo que Él mismo instituyó como creer que un hombre destruiría la misma casa que construyó y donde vive. Enseñó, por precepto y ejemplo, que el sábado debía dedicarse al culto.

a Dios y a las buenas obras, aliviando el sufrimiento de los hombres y de los animales y predicando el evangelio. Y, para que no hubiera duda de esto, dijo que no había venido para abolir la ley que contenía el mandamiento del sábado. Recordemos: “no penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; No vine a abrogar, sino a cumplir. Porque de cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido” (Mateo 5:17, 18)

Pero él no dio ejemplo, ni enseñó cómo trabajar para el propio beneficio - para pagar las cuentas del hogar - en este día. Él mismo ya había inspirado a Isaías a escribir: “Si apartas tu pie del sábado, de hacer tu voluntad en mi día santo, y si llamas al sábado delicia y día santo de Jehová honorable, y si honras si no sigues tus caminos, ni pretendes hacer tu voluntad, ni tus propias palabras, entonces te deleitarás en Jehová, y yo te haré cabalgar sobre las alturas de la tierra y te alimentaré con la herencia de Jacob tu padre, porque la boca de Jehová lo dijo. (Isaías 58:13, 14). El sábado no es un día para trabajar en beneficio propio.

después de la cruz

Los discípulos de Jesús aprendieron a guardar el sábado y retuvieron la enseñanza incluso después de su muerte. José de Arimatea pidió entonces el cuerpo de Jesús, para rendir los últimos honores al difunto Maestro. Lucas nos dice que “era el día de la preparación, y amaneció el sábado. Y también lo siguieron las mujeres que habían venido con él desde Galilea, y vieron el sepulcro y cómo era puesto su cuerpo. Y cuando regresaron, prepararon especias y ungüentos, y el sábado descansaron, según el mandamiento” (Lucas 23:54-56). Volvieron a trabajar “el primer día de la semana, muy de mañana”, cuando “fueron al sepulcro, tomando los aromas que habían preparado” (Lucas 24:1).

El mismo Jesús, justo antes de ascender al cielo, ordenó a sus discípulos que enseñaran a la gente a “guardar todas las cosas que os he mandado” (Mateo 28:20).

Hasta entonces, Él había dado un ejemplo y una enseñanza sobre cómo guardar el sábado. Los discípulos deben seguir enseñando el sábado como día de descanso. En armonía con el orden de Jesús, el apóstol Pablo enseña, en el libro de Hebreos, la necesidad de que los creyentes en Cristo guarden el sábado: “Porque nosotros los que hemos creído entramos en el reposo... porque en cierto lugar dijo así de el séptimo día: Y Dios reposó de todas Sus obras en el séptimo día... por lo tanto aún queda un descanso para el pueblo de Dios. Porque el que entró en su reposo, él mismo descansó de sus obras como Dios de las suyas. Procuremos, pues, entrar en ese reposo, para que nadie caiga en el mismo ejemplo de desobediencia” (Hebreos 4:3, 4, 9-11).

La enseñanza de los apóstoles sobre el sábado

¿Qué ley fue abolida: los Diez Mandamientos o la ley ceremonial?

En el Sinaí, Dios le dio a Moisés dos leyes: la moral y la ceremonial. La primera fue escrita con Su propio dedo en tablas de piedra: "Y dio a Moisés (cuando terminó de hablar con él en el Monte Sinaí) las dos tablas del Testimonio, tablas de piedra, escritas con el dedo de Dios". (Éxodo 31:18). Cuando los entregó, hizo mención especial del mandamiento del sábado: "Y habló Jehová a Moisés, diciendo: Habla, pues, a los hijos de Israel, diciendo: Mis sábados ciertamente guardaréis, porque es una señal entre mí. y vosotros en vuestras generaciones; para que sepáis que yo soy Jehová, que os santifico. Por tanto, guardaréis el sábado, porque os es santo; el que la profana ciertamente morirá; porque cualquiera que haga alguna obra en él, esa alma será cortada de entre su pueblo. Seis días estará hecha la obra, pero el séptimo día es sábado de descanso, santo a Jehová; Cualquiera que trabaje en día de reposo ciertamente morirá... y le dio a Moisés (cuando terminó de hablar con él en el Sinaí) las dos tablas del Testimonio, tablas de piedra escritas con el dedo de Dios" (Éxodo 31: 12-15, 18). La segunda ley estaba compuesta por ordenanzas que prescribían el sacrificio de animales, ofrendas de comida y bebida y una serie de prohibiciones sobre no tocar o probar cosas consideradas inmundas, etc. También prescribía la ordenanza de guardar siete "sábados ceremoniales" por año, durante el calendario religioso. Son: "1 y 2 - el primer y último día de la fiesta de los panes sin levadura; 3 - día de la fiesta de Pentecostés; 4 - primer día del séptimo mes, también conocido como fiesta de las trompetas; 5 - el Día de la Expiación, décimo día del séptimo mes; 6 y 7 - el primer y último día de la fiesta de los Tabernáculos. Se presentan en Levítico 23. Después de mencionar el sábado semanal del cuarto mandamiento (Lev.

23:3), Moisés describe las ceremonias prescritas para cada uno de los siete sábados ceremoniales. Todas las ordenanzas de la ley ceremonial se realizaban desde el santuario hebreo. En ellos participaban activamente los sacerdotes descendientes de Aarón, de la tribu de Leví.

Cuando Jesús dio su vida en la cruz, Dios dio una señal de que ya no aceptaría los servicios del santuario hebreo. Y por lo tanto, éste y las ceremonias asociadas a él, prescritas en la ley ceremonial, fueron abolidas. La Biblia dice: "Y Jesús, clamando otra vez a gran voz, entregó el espíritu. Y he aquí, el velo del templo se rasgó en dos, de arriba a abajo" (Mateo 27:50, 51). El velo, o cortina, del santuario tenía un techo alto, de más de veinte metros de altura. Sólo una mano sobrenatural podría rasgarlo "de arriba" a abajo. Se rociaba sobre él la sangre de los animales sacrificados (Levítico 4:15-17). Al destrozarla, Dios demostró que ya no aceptaría la sangre de los animales ni el servicio de los sacerdotes hebreos. La sangre del verdadero Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo, había sido derramada en la cruz; y Jesús entraría al verdadero santuario del cielo para oficiar como Sacerdote de la humanidad (Juan 1:29; Hebreos 8:1, 2).

Dado que Dios había abolido el servicio del santuario, era cierto decir que la ley ceremonial, que preveía los servicios del santuario, también había sido abolida. Pablo dijo esto cuando advirtió a los creyentes contra los judaizantes. Se trataba de judíos supuestamente convertidos al cristianismo que querían imponer las ordenanzas de la ley ceremonial a los creyentes. Pablo afirmó que la ley ceremonial, con sus ordenanzas, fue abolida, clavada en la cruz: "habiendo tachado el proyecto de ley que había contra vosotros en vuestros decretos, que en alguna manera era contrario a nosotros, y quitado de en medio de nosotros, clavándolo en la cruz... Por tanto, nadie os juzgue en la comida o en la bebida, ni por las fiestas, ni por la luna nueva, ni por los sábados, que son sombra de lo que ha de venir, sino que el cuerpo es de Cristo". (Colosenses 2:14-16). Nótese que hace referencia

preceptos de esta ley ceremonial. No a la ley moral. Los "sábados" se mencionan con él junto con las fiestas judías, lo que implica claramente que son los siete sábados ceremoniales previstos en la ley de ordenanzas. Tenga en cuenta que escribe: "Sábados" - en plural - se refiere a más de uno. La ley moral ordena la observancia de un solo sábado (singular), el séptimo día de la semana. Por lo tanto, entendemos que los sábados abolidos fueron los siete de la ley ceremonial, no el cuarto mandamiento de la ley moral. El texto de Colosenses dice que la ley ceremonial, con sus ordenanzas, fue abolida. Esto está en armonía con lo que Cristo enseñó acerca de la ley (Mateo 5:17, 18).

La cuestión de la carta a los Gálatas

En la carta a los Gálatas, en un esfuerzo por defender la fe como único medio para obtener el favor de Dios en detrimento de las obras, Pablo también hace referencia al error de los judaizantes al tratar de preservar la observancia de la ley ceremonial entre los creyentes. Los gálatas habían sido influenciados por esta falsa enseñanza. Escribió: "Ahora, conociendo a Dios o, más bien, siendo conocido por Dios, ¿cómo volver a esos rudimentos débiles y pobres a los que de nuevo queréis servir? Mantienes días, meses, tiempos y años. Temo por ti haber trabajado en vano para ti". (Gálatas 4:9-11). Fue la ley ceremonial la que estableció la observancia de "días, meses, tiempos y años": sábados ceremoniales, meses de fiestas, tiempos de cosecha y sacrificio y los llamados "años sabáticos": uno de cada siete años era especialmente dedicado a los religiosos (Deuteronomio 15). No se puede decir, a partir del texto anterior, que Pablo haya declarado abolido el sábado.

Por otro lado, Gálatas enseña, positivamente, que quien guarda el sábado para ser salvo, o para hacerse digno de algo delante de Dios, ha caído en desgracia: "de Cristo estáis separados, los que por la ley os justificáis; De la gracia has caído". (Gálatas 5:4). Las bendiciones vienen por gracia y a través de la fe. Los dos objetivos de la carta a los Gálatas eran demostrar que ninguna obra de obediencia puede: 1 - hacer al hombre digno de algo delante de Dios (por ejemplo, recibir el Espíritu Santo - Gálatas 3:1, 2, 9, 14); 2 - garantizar el perdón de Dios (justificación) y un lugar en el cielo para él (Gálatas 2:16; 3:11, 18, 22). Pero, en la misma carta, Pablo enseña positivamente que todo aquel que tiene verdadera fe llega a ser obediente a la ley de Dios: "Porque si nosotros, que buscamos ser justificados en Cristo, somos hallados pecadores, ¿acaso es Cristo ministro del pecado? De ninguna manera. Porque si vuelvo a edificar lo que destruí (el viejo desobediente), me hago transgresor" (Gálatas 2:17, 18). El verdadero creyente guarda el sábado como resultado de su fe. Porque por la fe recibe el espíritu de Dios, que le permite guardarla y santificarla, según el mandamiento: "por el espíritu de fe esperamos la esperanza de la justicia" y "todos tus mandamientos son justicia"

(Gálatas 5:5; Salmo 119:172). "Si sois guiados por el Espíritu, no estáis bajo la ley", es decir, estáis en obediencia a ella (Gálatas 5:18). "El fruto del espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, bondad, fe, mansedumbre, templanza. Contra tales cosas no hay ley". En otras palabras, el espíritu nos guía a hacer lo que está en armonía con la ley; que ella no condena. Nos guía a obedecer la ley (Gálatas 5:22, 23). De ahí se entiende, por tanto, que Gálatas de ninguna manera presenta la abolición de la ley moral. Más bien, refuerza la enseñanza de la doctrina de la justificación por la fe, previamente dada en Romanos, y la limpia de los errores asociados con ella por los fariseos convertidos.

al cristianismo: los judaizantes. A continuación nos ocuparemos del evangelio en Romanos y su asociación con el sábado.

La dispensación de la gracia en Romanos

El propósito de la carta, anunciado por el propio escritor en el primer capítulo, es “proclamar el evangelio” (Romanos 1:15). La carta a los Romanos presenta esta doctrina, paso a paso.

Cuando leemos la carta, nos damos cuenta de que la enseñanza popular de que los judíos son salvos por la ley, mientras que los gentiles son salvos por la gracia, está lejos de ser cierta. La ley es para todos, para mostrar a todos los hombres, judíos y gentiles, cuál es su verdadera situación ante Dios: “tanto judíos como griegos están todos bajo pecado, como está escrito: no hay uno solo justo... diga lo que diga la ley, dice a los que están bajo la ley, para que toda boca sea tapada y todos sean condenados delante de Dios. Por tanto, ninguna carne será justificada delante de Él por las obras de la ley” (Romanos 3:19, 20).

El propósito de la ley es llevar a todos los hombres “el conocimiento del pecado” (Romanos 4:20). Muéstrales a todos quiénes son realmente. El judío no es, por naturaleza, mejor que el no judío: “no hay justo... no hay quien haga el bien, no hay uno” (Romanos 3:9). Por tanto, ambos necesitan ser perdonados y salvos de la misma manera.

Pablo escribió: “Dios es uno, que justifica la circuncisión (judíos) por la fe, y la incircuncisión (gentiles) por la fe” (Romanos 3:30). Ambos son justificados por la fe, porque, como también escribió: “ya hemos demostrado que tanto judíos como griegos están todos bajo pecado”. La “justicia de Dios” es “por la fe de Jesucristo para todos y para todos los que creen; porque no hay diferencia. Por cuanto todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios, siendo justificados gratuitamente por su gracia”. La gracia de Dios abarca tanto a judíos como a gentiles. “Concluimos, pues, que el hombre (judío o gentil) es justificado por la fe sin las obras de la ley” (Romanos 3:9, 22-24, 28). Defendiendo la igualdad de condiciones entre judíos y gentiles respecto a la necesidad de la gracia y del don de la fe para la salvación, Pablo recordó que incluso Abraham, el padre carnal de los judíos, fue perdonado por Dios, por la fe, cuando todavía era considerado gentil (no circuncidado): “la fe fue contada por justicia a Abraham. ¿Cómo entonces se le imputó? Ser...incircunciso”

(Romanos 4:9, 10). Y, cuando Abraham llegó a ser el “padre de la fe”, su fe llegó a ser un ejemplo de la fe de todos los que creerían para salvación, ya fueran judíos circuncidados o gentiles incircuncisos: “para que él sea padre de todos los que creen (aunque eran incircuncisos...) [de los creyentes gentiles], y fue padre... de los que no sólo son de la circuncisión, sino que también andan en las pisadas de aquella fe de Abraham [de los judíos creyentes]” (Romanos 4:11, 12). “Porque si los que son de la ley son herederos, entonces la fe es vana, y la promesa percedera” (Romanos 4:14). Sólo los judíos y no judíos que creen en Jesucristo heredarán la Nueva Tierra.

Recordando que la fe en Jesucristo se manifiesta también en la sumisión a la Palabra de Dios enviada a la conciencia. Porque Jesús es la Palabra (Juan 1:1, 14). De esta manera, incluso el indio que nunca tuvo la Biblia a su alcance, sino que se sometió a la verdad de la Biblia enseñada por el espíritu de Dios a su conciencia, es considerado creyente por Él.

Y serás salvo si permaneces en esta fe hasta el final de tu vida.

Pablo también enseña que el hombre que está bajo la gracia está capacitado para obedecer la ley de Dios y, en consecuencia, el sábado del cuarto mandamiento: "porque el pecado no se enseñoreará de vosotros, porque no estáis bajo la ley, sino bajo la ley". gracia. ¿Así que lo que? ¿Pecaremos porque no estamos bajo la ley, sino bajo la gracia? ¡De ningún modo!" (Romanos 6:14). "el pecado es transgresión de la ley" (1 Juan 3:4 American King James Version). "¿Permaneceremos en el pecado para que la gracia abunde más? ¡De ningún modo! Nosotros que estamos muertos al pecado, ¿cómo viviremos todavía en él? (Romanos 6:1, 2). "Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan según la carne, sino según el espíritu. Porque la ley del espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado... Dios, enviando a su Hijo... condenó el pecado en la carne, para que la justicia de la ley se cumpliera en nosotros, que no andan según la carne, sino según el espíritu". Y "todos sus mandamientos son justicia". Por lo tanto, el que está bajo la gracia recibe el espíritu de Dios, y por él puede vivir sin pecar, sin transgredir la ley de Dios. Tiene poder para vivir en obediencia a la ley. El que está bajo la gracia también obedece el cuarto mandamiento y guarda el sábado (Romanos 8:1-4; Salmo 119:172). No guardas el sábado para ser salvo o para ser digno de algo ante Dios. El que hace esto con este propósito verdaderamente ha caído de la gracia, como se enseña en Gálatas (Gálatas 5:4). Las bendiciones vienen por gracia y a través de la fe. El verdadero creyente guarda el sábado como resultado de su fe. Por la fe recibió el espíritu, y por él pudo guardarlo y santificarlo según el mandamiento.

El nuevo pacto

El primero, o "antiguo", son los Diez Mandamientos: "Entonces os declaró su pacto, que os prescribió, los diez mandamientos, y los escribió en dos tablas de piedra". (Deuteronomio 4:13). Resulta que los israelitas no caminaban en el pacto de Dios. Transgredieron los mandamientos y se entregaron a la idolatría. Por lo tanto, dijo que haría un nuevo pacto con ellos. No es que Dios haya cambiado lo que había establecido previamente. El nuevo pacto fue una repetición del primero, con el agregado de la promesa de que Él se encargaría de escribir los diez mandamientos en la mente y el corazón del pueblo: "He aquí vienen días, dice Jehová, en que hacer un nuevo pacto con la casa de Israel y con la casa de Judá. No como el pacto que hice con sus padres el día que los tomé de la mano para sacarlos de la tierra de Egipto; dice El Señor.

Pero este es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice Jehová: Pondré mi ley dentro de ellos, y la escribiré en sus corazones; y yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo. Y... todos me conocerán... porque perdonaré sus maldades y no me acordaré más de sus pecados". (Jeremías 31:31).

Este pacto no se limitó a los judíos ni a la época del Antiguo Testamento. Pablo afirma que Dios considera judío, no a un descendiente por sangre, sino a todo aquel que abre su corazón y recibe el Espíritu Santo: "Porque no es judío el que lo es exteriormente, ni es circuncisión el que se hace exteriormente en la carne. Pero es judío el que es interiormente, y la circuncisión es el que es del corazón, en espíritu, no en letra, cuya alabanza no viene de los hombres, sino de Dios. (Romanos 2:28, 29). Y, al tratar del ministerio sacerdotal de Cristo, y su papel como nuestro Intercesor en la dispensación de la gracia, repite las palabras de Jeremías sobre el nuevo pacto: "Pero ahora ha alcanzado

ministerio tanto más excelente cuanto que es Mediador de un mejor pacto, que se confirma en mejores promesas. Porque, si el primero hubiera sido irreprochable, nunca habría habido lugar para el segundo. Porque reprendiéndolos, les dice: He aquí vienen días, dice Jehová, en que estableceré con la casa de Israel y con la casa de Judá un nuevo pacto, no como el pacto que hice con sus padres. el día que los tomé de la mano para sacarlos de la tierra de Egipto; Como no permanecieron en mi pacto, no les hice caso, dice el Señor. Porque este es el pacto que haré con la casa de Israel, dice el Señor: Pondré mis leyes en su entendimiento y en sus corazones las escribiré... porque seré misericordioso con sus iniquidades y con sus pecados. y a sus transgresiones. Me acordaré más. Decir nuevo envejecido el primero. Ahora, lo que se ha vuelto viejo y envejece está cerca de terminar". (Hebreos 8:6-13). E incluso en el nuevo testamento, en el libro de Hebreos, está escrito que Dios espera que sus hijos observen el sábado: "Porque en cierto lugar dijo así cerca del séptimo día: Y reposó Dios de todas sus obras en el día séptimo. séptimo día... Porque si Josué les hubiera dado descanso, no hablaría después de eso, dice otro. Por tanto, todavía queda un descanso para el pueblo de Dios. Porque el que ha entrado en su reposo, él mismo descansó de sus obras, como Dios descansó de las suyas. Procuremos, pues, entrar en ese reposo, para que nadie caiga en el mismo ejemplo de desobediencia". (Hebreos 4:4, 7-11).

En definitiva: la nueva alianza consiste en que Dios escriba en nuestra mente y en nuestro corazón los mismos mandamientos anunciados en la antigua. No se limita al judío, sino a todo aquel que se somete a Cristo por Su Espíritu. De hecho, es, en esencia, la repetición de lo viejo. Se le llama "nuevo" sólo por el cambio en el sistema que lo presenta. En el antiguo testamento, la alianza era anunciada por los servicios del santuario hebreo, donde los sacerdotes pecadores representaban al verdadero Sacerdote (Cristo), y la sangre de los animales representaba la del Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Los sacerdotes señalaban la sangre de los animales como prefiguración del Mesías que vendría a obtenernos el perdón de los pecados y la vida eterna. Luego, enseñaban la ley al adorador, para que fuera y no pecara más: "los labios del sacerdote guardarán el conocimiento, y de su boca buscarán la ley" (Malaquías 2:7). En el nuevo pacto, Jesucristo, como verdadero sacerdote, presenta los méritos de su sangre a Dios para garantizar el perdón de los pecados del adorador. Por su intercesión, recibe el Espíritu Santo de Dios Padre y lo envía al adorador. Esto lo guía en el aprendizaje de la ley de Dios a través del estudio de la Biblia y le capacita para obedecer. Así, la nueva alianza se anuncia mediante la predicación de la buena nueva de la muerte de cruz y el ministerio sacerdotal de Cristo a favor nuestro. En el nuevo pacto, Cristo se presenta, no como el Salvador que vendría, sino como el Salvador que ya ha venido. No como Aquel que, en el futuro, conquistaría el pecado y merecería interceder por nosotros, sino que ya venció y recibió "toda potestad en el cielo y en la tierra" (Mateo 28:18). En otras palabras, el antiguo pacto presentaba la promesa de un Mesías que vendría; el nuevo presenta la certeza de que Jesucristo ya venció y hoy intercede por nosotros en el cielo; la certeza de que Él, por derecho y autoridad que posee, está como Ayudador, a nuestro lado, "todos los días, hasta el fin de los tiempos" (Mateo 28:20). Por Su Espíritu, Cristo está tan cerca y presente como lo estuvo con Sus discípulos en la tierra. Y, en este sentido, aún más: porque ahora, además de estar a nuestro lado, puede estar, a través de su espíritu, en nosotros. "He aquí, yo estoy a la puerta" del corazón, "y llamo; Si alguno oye mi voz y abre la puerta, yo entraré". (Apocalipsis 3:20). Por eso la Biblia dice que el nuevo pacto se basa en "promesas mejores" (Hebreos 8:6).

El antiguo pacto se basaba en el ministerio de los sacerdotes hebreos, los levitas. Lo nuevo, en el ministerio de Cristo, Hijo de Dios; nacido, según la carne, de la tribu de Judá. Cuando Cristo murió, Dios hizo rasgar el velo del templo, mostrando que ya no aceptaría el ministerio del santuario hebreo (Mateo 27:50, 51). Así, quedó demostrado que el nuevo pacto, basado en Cristo y su ministerio en el santuario del cielo, en el "verdadero tabernáculo, que fundó el Señor, y no el hombre" (Hebreos 8:2), reemplaza al primer pacto. No reemplaza al primero en esencia, ya que continúa prediciendo que el hombre guardará los diez mandamientos (y, por lo tanto, el sábado). Pero lo reemplaza en la forma de presentación. Muestra lo que Cristo hizo y hace hoy, no sólo lo que haría. Hoy no miramos la sangre de toros y machos cabríos, sino la sangre del mismo Hijo de Dios, por la fe, derramada para el perdón de nuestros pecados.

No nos acercamos a un hombre tan pecador como nosotros para que interceda por nosotros ante Dios; sino al Perfecto, Cristo Jesús Hombre, Hijo del hombre e Hijo de Dios, que está a la diestra del trono del Padre (I Timoteo 2:5). Él es nuestro único confesor y no hay otro. Le confiamos nuestros secretos en oración y esperamos una respuesta y un alivio real de nuestras ansiedades.

Y Él, a través del ministerio del santuario en el cielo, del nuevo pacto, quitará definitivamente nuestros pecados. Considerando que "el pecado es transgresión de la ley" (1 Juan 3:4), esto significa que Cristo nos permitirá obedecer la ley y guardar el sábado del cuarto mandamiento. Este es el punto donde existe la diferencia más marcada entre los servicios del santuario hebreo y el de Cristo. Refiriéndose al ceremonial del santuario hebreo, del antiguo pacto, y a los sacerdotes que allí ministraban, Pablo dijo que "nunca por los mismos sacrificios que se ofrecen continuamente cada año, pueden perfeccionarse los que a ellos acuden. De lo contrario... hasta el final del capítulo 10". Por tanto, guardemos el sábado del cuarto mandamiento por la fe en Cristo y en su ministerio, confiando en su ayuda, y permanezcamos así hasta el fin, acordándonos de la promesa:

"Bienaventurados los que guardan sus mandamientos, para tener poder en el árbol de la vida y pueda entrar por las puertas en la ciudad" (Apocalipsis 22:14, original).

El ejemplo de los apóstoles

Antes de ascender al cielo, Jesús ordenó a sus discípulos que enseñaran a la gente a "guardar todo lo que os he mandado" (Mateo 28:19). Ya hemos estudiado cómo Él mismo guardó el sábado. Y no podía ser de otra manera, pues expresamente decía que los diez mandamientos estaban y seguirían estando vigentes en la Tierra mientras duraran los cielos. Dijo que no vino a cambiarlos: "No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; No vine a abrogar, sino a cumplir. Porque de cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido" (Mateo 5:17, 18). Por lo tanto, los discípulos demostrarían al mundo que siguieron el ejemplo del Maestro, guardando la ley y el sábado. Y de hecho ya lo hicieron, incluso después de la muerte de Jesús. Poco después de sacar Su cuerpo de la cruz, el viernes, "era el día de la Preparación y amaneció el sábado. Y también lo siguieron las mujeres que habían venido con él a Galilea, y vieron el sepulcro y cómo era puesto su cuerpo. Y cuando regresaron, prepararon especias y ungüentos, y el sábado descansaron, según el mandamiento". El sábado era considerado tan santo por los seguidores de Jesús que ni siquiera se le daban honores al cuerpo del Maestro durante sus horas. Sólo "en la primera

día de la semana”, domingo, “muy de mañana, fueron al sepulcro, tomando los aromas que habían preparado” (Lucas 23:54 - 24:1).

Después de la ascensión de Cristo, los discípulos continuaron siguiendo el ejemplo del Maestro. Jesús enseñaba en la sinagoga los sábados: “y cuando llegó a Nazaret, donde se había criado, entró en la sinagoga en día de sábado, según su costumbre, y se levantó para leer” (Mateo 4:16). El libro de los Hechos informa, en cuatro ocasiones diferentes, que Pablo y los demás discípulos de Cristo hicieron lo mismo: “entrando en la sinagoga en día de sábado, se sentaron. Y después de la lección de la Ley y de los Profetas, los jefes de la sinagoga los enviaron a decir: Varones hermanos, si tenéis alguna palabra de consuelo para el pueblo, hablad. Y Pablo se levantó y pidió silencio con la mano, y dijo: Varones israelitas y temerosos de Dios, escuchad... y cuando se despidió la sinagoga, muchos de los judíos y prosélitos religiosos siguieron a Pablo y a Bernabé... y , El sábado siguiente, casi toda la ciudad se reunió para escuchar la Palabra de Dios” (Hechos 13:14, 16, 43, 44).

“Y pasando por Anfípolis y Apolonia, llegaron a Tesalónica, donde había una sinagoga de los judíos. Y Pablo, como era su costumbre, fue a ellos y durante tres sábados discutió con ellos acerca de las Escrituras, explicándoles y demostrando que convenía que Cristo padeciera y resucitara de entre los muertos. Y este Jesús que yo os anuncio, dijo, es el Cristo” (Hechos 17:1-3).

“...Pablo salió de Atenas y llegó a Corinto... y cada sábado disputaba en la sinagoga y convenció a judíos y griegos.” (Hechos 18:1, 4).

Este último relato muestra que los discípulos dedicaban el sábado a la oración y a predicar el evangelio, incluso fuera de la iglesia: “El día de sábado, salimos fuera de las puertas, a la orilla del río, donde pensamos que había un lugar para orar; y sentándonos, hablamos con las mujeres que allí se habían reunido. Y una mujer llamada Lidia, vendedora de púrpura, de la ciudad de Tiatira, y que servía a Dios, nos escuchó, y el Señor abrió su corazón para que prestara atención a lo que decía Pablo. Después que fue bautizada, ella y su casa nos rogaron, diciendo: Si habéis juzgado que soy fiel al Señor, entrad en mi casa y quedaos allí. Y nos obligó a hacerlo”. (Hechos 16:13-15).

De ello se deduce, por tanto, que, con la enseñanza y el ejemplo, los apóstoles proclamaron el sábado del cuarto mandamiento como un verdadero día de descanso, y demostraron que estaba vigente incluso después de la muerte de Jesús. No dieron lugar a que los miembros de la iglesia concluyeran que había habido un cambio en el día.

El domingo en la dispensación cristiana y su papel en la paganización del cristianismo.

Aunque enseñaron la verdad con claridad, el Espíritu de inspiración profética advirtió a los apóstoles que surgiría la apostasía dentro de la iglesia después de su muerte. Y advirtieron a los creyentes más de una vez. Pablo dijo: “Sé que todos ustedes, a quienes pasé predicando el Reino de Dios, ya no verán mi rostro.

Por eso hoy os prometo que estoy limpio de la sangre de todos; porque nunca he dejado de declararos todo el consejo de Dios. Por tanto, cuidado de vosotros y de todo el rebaño... porque esto sé: que después de mi partida entrarán entre vosotros lobos feroces, y no perdonarán al rebaño. Y que, entre vosotros, si

levantarán hombres que hablarán cosas perversas, para atraer discípulos tras sí. Por tanto, estad vigilantes, acordándoos de que durante tres años no cesé de amonestar a cada uno de vosotros con lágrimas, de noche y de día” (Hechos 20:25-31). Pedro también advirtió: “habrá entre vosotros falsos maestros, que en secreto introducirán herejías destructivas y negarán al Señor que los rescató, atrayendo sobre sí mismos destrucción repentina. Y muchos seguirán sus disoluciones, por quienes el camino de la verdad será blasfemado; y por avaricia negociarán con vosotros con palabras fingidas” (II Pedro 2:1-3).

Las profecías de Pablo y Pedro pronto se cumplieron. Pablo fue martirizado alrededor del año 66 d.C. y Pedro entre el 67 y el 68 d.C., en Roma. Ya en aquella época, Justino Mártir, que aunque hoy es aclamado por muchos como uno de los padres legítimos de la Iglesia, era uno de los lobos predichos, afirmó cosas completamente contrarias a las enseñanzas de los apóstoles, herejías originadas en el paganismo:

“Nos reuníamos todos el día del Sol [el primer día de la semana se llamaba día del Sol en el Imperio Romano hasta el siglo IV], no sólo porque era el primer día en que Dios, transformando las tinieblas y materia, creó el mundo, sino también porque ese mismo día Jesucristo, nuestro Salvador, resucitó de entre los muertos. Lo crucificaron la víspera del día de Saturno; y al día siguiente, es decir, el día del Sol, apareciéndose a sus apóstoles y discípulos, les enseñó todo lo que también os propusimos como digno de consideración” – Justino, 66-67, I – Apología, páginas. 6, 427-31.

Lamentablemente la historia muestra que, en general, cuando hay apostasía, la mayoría sigue el camino equivocado. Así fue cuando Jezabel y el rey Acab dirigieron al pueblo en la adoración de Baal: sólo Elías y siete mil rodillas no se doblaron ante el dios falso. El resto de la nación, la mayoría, estaba del lado equivocado. Esto se repitió en tiempos de los profetas Eliseo, Isaías, Jeremías e incluso en tiempos de Jesús. El Hijo de Dios no llevó a la mayoría tras Él. Ésta estaba junto a los fariseos, gritando: “crucifícale” en el día del Calvario. Y en la dispensación cristiana no fue diferente. Justino Mártir pronto se contó entre la mayoría de los creyentes de la iglesia de su época que también enseñaban el error. En otras palabras, los lobos eran considerados los verdaderos pastores; mientras que los creyentes sinceros, que no estaban de acuerdo con los cambios, eran vistos como disidentes, rebeldes, elementos que trabajaban para dividir y debilitar a la iglesia; gente que acusaba a los “hombres de Dios”. Estos que no eran de Dios, más bien predicaban mentiras. Así, a medida que la mayoría se volvió a favor del día pagano de descanso, fue gradualmente aceptado como norma. La observancia del domingo se ha convertido en una doctrina aceptada por la tradición, no por la revelación bíblica. Y, a su paso, vinieron todas las demás doctrinas paganas introducidas en la iglesia: la trinidad, la adoración de imágenes talladas, el bautismo por aspersion, etc.

A pesar de la paulatina paganización del cristianismo, éste todavía no fue aceptado y sus seguidores fueron ferozmente perseguidos y asesinados. Los paganos no parecían dispuestos a aceptar al “Jesús judío de Nazaret” como Hijo de Dios, Salvador de la humanidad.

Querían que los cristianos saludaran al emperador con un “Ave César” y lo reconocieran como el legítimo representante de Dios. Como no lo hicieron, los coliseos romanos entretuvieron a los paganos con presentaciones del asesinato de cristianos por parte de bestias salvajes. Ser cristiano equivalía a ser desleal al imperio. La persecución se volvió más intensa en los diez años posteriores a la orden de Diocleciano, en el año 303 d.C.

Refiriéndose a este terrible tiempo de prueba, Jesús dijo, en lenguaje profético: “tendréis tribulación de diez días. Sé fiel hasta la muerte y yo te daré la corona de la vida”. (Apocalipsis 2:10).

Luego vino lo que pareció ser el alivio de Dios; pero resultó ser la peor arma del enemigo: un emperador romano se mostró, por primera vez, a favor del cristianismo. Constantino firmó en Milán un Edicto que puso fin a las persecuciones: el Edicto de Tolerancia, a partir de entonces los cristianos tuvieron los mismos derechos que los paganos. Poco después, el cristianismo sería reconocido como religión oficial del imperio. Resulta que el trasfondo político de esta escena de “tolerancia” reveló a los sinceros una verdadera trampa. Constantino no había aceptado a Jesús ni lo había reconocido como Señor de su vida. Antes, al ver que los cristianos constituían casi el cincuenta por ciento de la población del imperio, pidió su apoyo en su campaña contra Maximiliano; prometiéndoles, si ganaba, poner fin a la persecución y transformar el cristianismo en la religión oficial del imperio. Movimiento político que funcionó. Constantino ganó y se convirtió en emperador. Cumplió su promesa, pero sólo en parte. Como político, también intentó complacer a otra parte de la población, los paganos. Esto lo hizo trabajando con los obispos de la iglesia para formar una mezcla de cristianismo y paganismo, que se ha convertido en el símbolo de la iglesia romana desde entonces. Actuando en esta línea, Constantino decretó que el día de descanso cristiano sería el mismo que el pagano: “adorad todos al venerable día del sol”

(Constantino, 321 d.C.). Y la mayoría de los obispos, que ya habían estado en el camino de la apostasía durante dos siglos, venerando este mismo día y dispuestos a complacer al emperador a cambio de poder y dinero, se unieron fácilmente al emperador en esta obra. Así, los obispos que cumplieron el decreto del emperador (la mayoría) fueron favorecidos, mientras que los demás fueron gradualmente desterrados. El emperador convocó concilios, en los que la mayoría de los obispos (los apóstatas, que, en ese momento, ya dominaban la iglesia) votaron sobre lo que se debía creer y lo que no. Y las iglesias recibieron estos decretos, que acompañaban anatemas y amenazas a quienes no se sometieran a ellos. La Biblia dejó de ser la guía de la iglesia romana oficial. La tradición de los obispos, la doctrina del magisterio de la Iglesia, se consideraba superior.

Como todavía había gente que cuestionaba esta asunción de autoridad por parte de los hombres sobre la Palabra de Dios, se tomó la decisión de prohibir la Biblia, sacarla de las manos del pueblo. Así, los obispos de la iglesia podían dirigir a los fieles según su voluntad, mientras escribían nuevos decretos y los imponían a las iglesias. Y fue así como el sábado del cuarto mandamiento, guardado por Adán y por todos los patriarcas del Antiguo Testamento, fue olvidado. El día de descanso que instituyó Jesús, siendo su Señor; que Él enseñó cómo ser guardado con Su ejemplo en Su ministerio en la Tierra, fue condenado al olvido por los líderes de la iglesia del imperio: la Iglesia Católica Apostólica Romana.

Y el mundo quedó inmerso en la oscuridad de la época conocida en la historia como la "Edad Oscura". En ausencia de la luz de la Palabra de Dios, la oscuridad parecía prosperar.

Pero, como en todos los tiempos en que la apostasía parecía dominar por completo, Dios no quedó sin testimonio. Algunas iglesias, como las del norte de África, todavía observaban el sábado bíblico. Y, después de siglos de apostasía, la Biblia volvió a estar disponible para el pueblo. Las sociedades bíblicas se formaron en el siglo XIX, gracias a cuyo trabajo miles de personas pudieron estudiar la Palabra de Dios. Luego florecieron las iglesias que observaban el día de descanso indicado en la Palabra de Dios: el sábado del cuarto mandamiento. Se ve en la historia que, a pesar de los esfuerzos de los hombres apóstatas por cambiar el día de descanso, Dios no sancionó ni ordenó ningún cambio. Él había dicho: "el séptimo día es sábado de descanso, santo a Jehová... guardarán el sábado... por sus generaciones por pacto perpetuo... será señal para siempre; porque en seis días Jehová hizo los cielos y la tierra, y en el séptimo día descansó y reposó". (Éxodo 31:15-17). Y así permanecerá eternamente, incluso en la nueva Tierra restaurada, cuando Dios quite de ella toda mancha de pecado: "porque como los nuevos cielos y la nueva tierra que yo haré estarán delante de mi faz, dice Jehová, así será tu posteridad y tu nombre. Y acontecerá... de sábado en sábado vendrá toda carne a adorar delante de mí, dice Jehová" (Isaías 66:22, 23).

Cómo observar el sábado

Desde el principio de la historia, incluso antes del pecado, el Señor enseñó que el sábado debía considerarse un día diferente a los demás. "Y acabó Dios en el día séptimo toda la obra que había hecho, y en el día séptimo reposó de toda la obra que había hecho. Y bendijo Dios el día séptimo y lo santificó, porque en él reposó de toda la obra que Dios había creado y hecho". (Génesis 2:2, 3). En él se debe descansar del trabajo realizado del domingo al viernes: "porque en cierto lugar dijo así acerca del séptimo día: Y reposó Dios de todas sus obras en el séptimo día... el que entró en su reposo, él mismo descansó de sus obras, como Dios descansó de las suyas". Por lo tanto, no se debe trabajar para ganarse el pan de cada día. "Por cuanto Jehová os ha dado el sábado, por eso os dará pan para dos días en el sexto día; Que cada uno permanezca en su lugar, para que nadie salga de su lugar en el séptimo día" (Éxodo 16:29).

También deben cesar otras actividades laborales realizadas en los primeros seis días, como limpiar la casa, cocinar, preparar la ropa, comprar. Para saber qué hacer y qué no, simplemente aplica el principio bíblico: "si apartas tu pie del sábado, de hacer tu voluntad en mi día santo... y si lo honras, no siguiendo tus propios caminos, ni fingiendo hacer tu propia voluntad, ni hablando tus propias palabras, entonces te deleitarás en Jehová" (Isaías 58:13, 14). De ahí que quede claro que no es apropiado, el sábado, ver telenovelas, películas que no enseñan los caminos del Señor, ver juegos deportivos, programas de auditorio, asistir a fiestas e involucrarse en actividades que sólo son de nuestro interés. Los juguetes y juegos infantiles deben permanecer almacenados para que toda la familia tenga

oportunidad de ocuparte simplemente en acercarte a Dios en este día. De ahí se entiende que la preparación para el sábado comience mucho antes, cuando está prevista la agenda familiar.

La Biblia nos enseña que es necesario esforzarse, tomar algunas iniciativas para guardarlo según el mandamiento: "Esforcémonos, pues, por entrar en ese reposo, para que nadie caiga en el mismo ejemplo de desobediencia" (Hebreos 4:10, 11). Al comenzar la semana, debemos planificar nuestras actividades de tal manera que cuando llegue el sábado, no nos encontremos en la necesidad de transgredir el día del Señor. Esto incluye planificar el stock de pañales, medicinas, comida, llenar el coche, etc. Puede parecer difícil al principio –"mucho"- hacer. Pero si cada domingo el creyente dedica tiempo a planificar la semana, verá que, en unas semanas, prepararse para el sábado se convierte en una rutina tranquila. Y la semana, cuando se planifica, rinde más.

De todos los días laborales, el viernes es el día de preparación por excelencia. "Jehová dijo a Moisés: He aquí, os haré llover pan del cielo, y el pueblo saldrá y recogerá cada día su ración diaria, para ver si andan en mi ley o no. Y sucederá que al sexto día prepararán lo que recojan; y será el doble de lo que cosechen cada día... así lo cosecharon cada mañana; cada uno, según lo que podía comer... y sucedió que en el sexto día recogieron doble pan, dos omer para cada uno... Miren, como Jehová les dio el sábado, por eso Él, en el sexto día, os daréis pan para dos días; Que cada uno permanezca en su lugar, para que nadie salga de su lugar en el séptimo día" (Éxodo 16:5, 6, 21, 22, 29). Hasta los tiempos de Jesús, los miembros de la verdadera iglesia contaban el sexto como el día de preparación: "José... natural de Arimatea... pidió el cuerpo de Jesús. Y sacándolo, lo envolvió en una sábana y lo puso en un sepulcro... y era el Día de la Preparación, y amaneció el sábado. Y también lo siguieron las mujeres que habían venido con él desde Galilea, y vieron el sepulcro y cómo era puesto su cuerpo. Y cuando regresaron, prepararon especias y ungüentos, y el sábado descansaron, conforme al mandamiento" (Lucas 24:54-56). Teniendo en cuenta que la semana estuvo correctamente planificada, el sábado es el día de los ajustes finales. Preparar la comida del sábado, dar los últimos retoques a ordenar la casa, planchar la ropa y lustrar los zapatos.

El atardecer del viernes

La Biblia enseña que, al comienzo del sábado, "se abrirá" "la puerta del atrio interior" del santuario de Dios. "Y el pueblo de la tierra se postrará a la entrada de esa puerta los sábados" (Ezequiel 46:1, 3). Por eso, al atardecer del viernes, hora en que comienza el sábado, los creyentes deben estar unidos, adorando y adorando a Dios. Un servicio que comienza con himnos de alabanza, seguido de una breve oración, una meditación sobre un breve extracto de la Biblia y finaliza con otra oración. Si hay niños, la historia bíblica debe contarse en su idioma y el servicio no debe ser largo y tedioso, para que no pierdan el interés en el servicio religioso. Desde que

había pecado, correspondía a los padres de familia ofrecer servicios de sacrificio a Dios (Génesis 12:7, 8; 13:18). Siguiendo el ejemplo, el padre, cuando es creyente, debe dirigir el servicio. Que presente y consagre a su esposa e hijos a Dios en oración. Pero que elijan algunos himnos y también participen en preguntas y comentarios sobre el pasaje bíblico elegido para la meditación.

servicio del sábado

Los sábados Jesús aparecía, “según su costumbre, en la sinagoga y se levantaba para leer. Y le fue dado el libro” (Lucas 4:16). Siguiendo Su ejemplo, los creyentes se reúnen los sábados, en la iglesia del templo o en la iglesia que se reúne en casa (Colosenses 4:15). Allí alaban a Dios y estudian Su Palabra, buscando aprender el camino a la vida eterna. Durante el servicio religioso no podemos olvidarnos de los más pequeños. Jesús no estaba demasiado ocupado atendiendo a sus hermanos al punto de no poder prestarles atención. “Entonces le trajeron algunos niños, para que se los pusiera en las manos y orara; pero los discípulos los reprendieron. Pero Jesús dijo: Dejad a los pequeños, y no les impidáis venir a mí, porque de los que son como estos es el reino de los cielos”. “Y tomándolos en sus brazos, imponiéndoles las manos, los bendijo”.

(Mateo 19:13, 14; Marcos 10:16). Debería llegar un momento en que los niños reciban instrucción de la Biblia y alabe a Dios en su lenguaje sencillo. Dedicamos la primera parte del servicio de adoración a la Escuela Bíblica para adultos y niños. Luego, se reúnen con sus padres para escuchar juntos el sermón. Tampoco debe ser demasiado largo, para que el servicio religioso no resulte agotador y tedioso.

Cuarenta minutos a una hora son suficientes para transmitir un mensaje.

El Maestro enseñó que no es una transgresión del sábado participar en actividades relacionadas con la predicación de la palabra de Dios. Él dijo: “¿No habéis leído en la ley que los sacerdotes en el templo los sábados quebrantan el sábado y quedan sin culpa?”

(Mateo 12:5). El oficio de los sacerdotes era conducir el culto del sacrificio y enseñar la Palabra de Dios al pueblo. “En el día de reposo”, los sacerdotes ofrecían “dos corderos de un año, sin defecto, y dos décimas de flor de harina amasada con aceite, como ofrenda vegetal, con su libación; El holocausto es del sábado cada sábado, además del holocausto continuo”. Y también enseñaron la ley “porque los labios del sacerdote guardarán la ciencia, y de su boca buscarán la ley, porque él es el ángel de Jehová de los ejércitos” (Números 28:9, 10; Malaquías 2:7). Ministran la palabra en la iglesia, trabajar para transmitir el sermón en vivo por Internet, radio o televisión, nada de esto caracteriza una transgresión del sábado. En este particular, todo lo que no sea necesario salir para el sábado, deberá hacerse los demás días. Sin embargo, encender equipos preestablecidos, realizar las últimas pruebas de audio y video, ajustes de cámara y otras actividades que deben realizarse en el momento del culto, no son una transgresión a los ojos de Cristo.

Después del culto - resto de horas el sábado

Después del servicio, Jesús visitó a los necesitados y curó a los enfermos, “saliendo de la sinagoga, fueron a casa de Simón y Andrés, con Santiago y Juan, y la suegra de Pedro estaba acostada con fiebre; y luego le hablaron de ella. Entonces se acercó a ella, la tomó de la mano y la levantó; y la fiebre la abandonó, y les servía” (Marcos 1:29-31). Debemos seguir su ejemplo.

Aunque es un día dedicado a los servicios religiosos, no debe guardarse en una fría formalidad. Los verdaderos creyentes siempre estarán dispuestos a servir a los necesitados y aliviar el sufrimiento, incluso en sábado, siempre que haya una oportunidad.

Jesús, durante el servicio mismo, curó a la gente - dentro de la iglesia: “y entró de nuevo en la sinagoga, y había allí un hombre que tenía una mano seca. Y estaban acechando si sería sanado en sábado... Y dijo al hombre que tenía la mano seca: Levántate y ven en medio. Y les preguntó: ¿Es lícito en sábado hacer el bien o el mal? ¿Salvar la vida o matar? Y guardaron silencio. Y mirándolos a su alrededor con indignación, sintiendo compasión por la dureza de sus corazones, dijo al hombre: Extiende tu mano. Y lo extendió, y le fue devuelto como el otro” (Marcos 3:1-5).

En la misma línea, Jesús enseñó que, si surge una necesidad imprevista y es necesario comprar ropa o medicinas para aliviar el hambre o el dolor de otros o de los animales, el verdadero creyente debe hacerlo. El sábado es un día para hacer el bien, como cualquier otro. “Y aconteció que, pasando él por los campos en sábado, sus discípulos, yendo por el camino, comenzaron a arrancar espigas. Y los fariseos le dijeron: ¿Ves? ¿Por qué hacen lo que no es lícito en sábado? Pero Él les dijo: ¿Nunca habéis leído lo que hizo David cuando tuvo hambre, él y los que con él estaban?

¿Cómo entró en la casa de Dios en tiempos de Abiatar, sumo sacerdote, y comió los panes de la proposición, que no les era lícito comer a los sacerdotes, y dio también a los que estaban con él? Y él les dijo: El sábado fue hecho para el hombre, y no el hombre para el sábado. (Marcos 2:23-27).

Los niños tienen dificultades para permanecer quietos durante largos periodos de tiempo. Se sienten más cómodos al aire libre. Dedicar un tiempo de la tarde, después del culto, a llevarlos a contemplar escenas de la naturaleza y mostrar las huellas del amor de Dios dejadas en flores y árboles, animales, ríos y lagos, es una tarea que honra al Señor. Que descubran que las “cosas invisibles” de Dios, “tanto su poder eterno como su divinidad, son entendidas y claramente vistas por las cosas creadas”.

(Romanos 1:20). Esto se puede hacer visitando un parque, lago, río, montaña o campo cercano. Esta es una de las formas en que los niños reciben mayor instrucción. Sus pequeños corazones están así unidos al de Cristo y al del gran Dios de amor por tiernos lazos que no se romperán, porque está escrito: “Instruye al niño en el camino en el que debe andar, y cuando sea viejo no se apartará de ella” (Proverbios 22:6).

El atardecer del sábado

En la dispensación judía, se ofrecía un servicio de sacrificio “por la tarde”, similar a la “ofrenda de la mañana” (Éxodo 29:39, 41). En consecuencia, los creyentes deben ofrecer adoración a Dios todas las mañanas y todas las tardes, incluido el sábado. Un servicio que comienza con himnos de alabanza, seguido de una breve oración, una meditación sobre un breve extracto de la Biblia y finaliza con otra oración. Si hay niños, la historia bíblica debe contarse en su idioma y el servicio no debe ser largo y tedioso, para que no pierdan el interés en el servicio religioso. Como había pecado, correspondía a los padres de familia ofrecer servicios de sacrificio a Dios (Génesis 12:7, 8; 13:18). Siguiendo el ejemplo, el padre, cuando es creyente, debe dirigir el servicio. Que presente y consagre a su esposa e hijos a Dios en oración. Pero que elijan algunos himnos y también participen en preguntas y comentarios sobre el pasaje bíblico elegido para la meditación. En la oración final, pide la bendición del Señor para llevar a todos a caminar en santidad, en obediencia a los mandamientos de Dios, durante la semana, confiando en la promesa: “y santificad mis sábados, y serán una señal entre mí y vosotros”. , para que sepáis que yo soy Jehová vuestro Dios” (Ezequiel 20:20).

Santificación mediante la perfecta observancia del sábado: un día para sanar a los que no saben pedir

Hay una bendición espiritual reservada por Dios para aquellos que santifican el sábado. Está expresado en este versículo: “Les di mis sábados, para que fueran por señal entre mí y ellos, para que supieran que yo soy Jehová, que los santifico” (Ezequiel 20:12). El significado es: cuando santificamos el sábado, conocemos mejor a Dios, porque Él hace una obra especial y diferente en nosotros. Él nos santifica. Qué significa eso? Considere una manzana con algunos puntos negros en la piel. Cuando alguien lo prepara para comer, le quita la porción de piel defectuosa. Resulta que hay otros puntos dañados dentro de la pulpa, que no son visibles en la superficie. En este caso, la cocinera tiene que abrir más las frutas hasta encontrarlas y sacarlas. Este pequeño ejemplo ilustra la obra de Dios, a través de Cristo, en nuestras vidas. Cuando aceptamos a Cristo, somos justificados, recibimos el poder para caminar en novedad de vida. De ahí en adelante, busquemos tener “una conciencia sin ofensa, tanto para con Dios como para con los hombres” (Hechos 24:16). Y, por el poder recibido de Cristo, mantenemos “fe y buena conciencia” evitando naufragar en la fe (I Timoteo 1:17). En otras palabras, obedecemos lo que sabemos de la voluntad de Dios, o incluso, caminamos según la luz que tenemos. Somos como una manzana con la piel limpia. Sin embargo, la obra de Dios en nosotros debe continuar “hasta que todos lleguemos a ser... un hombre perfecto, conforme a la medida de la plena estatura de Cristo” (Efesios 4:13). Porque la iglesia debe ser “sin mancha ni arruga ni cosa semejante, sino santa e irreprochable” cuando Cristo venga a tomarla (Efesios 5:27). La pulpa interna de nuestra vida debe ser limpiada. También hay que corregir los defectos que hoy se nos ocultan, los errores que cometemos por ignorancia.

Este proceso es el de santificación. Es el trabajo gradual de profundizar la limpieza, hasta que “todas las manchas” sean eliminadas de la pulpa de nuestro corazón. Este proceso es continuo en la vida del creyente. Quien se lo impida con su elección se pondrá fuera del camino de la Salvación: “perseguid la paz con todos y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor” (Hebreos 12,14).

Aquí es donde la santificación del sábado juega un papel crucial en la vida del creyente. Como fruto suyo, Dios lo santifica. Esto se demuestra plenamente en el ministerio de Jesús mientras estuvo en la Tierra. Dado que los cuatro evangelios están llenos de relatos de las curaciones realizadas por Jesús, presentan una marcada diferencia en las curaciones realizadas el sábado.

Explicamos: en muchos casos, los creyentes acudieron a Cristo y le pidieron que los sanara. Un leproso le dijo: "si quieres, puedes limpiarme". Otro paralítico pidió abrir el techo y bajar su cama a Jesús. La mujer con flujo de sangre se arrastró hacia él para tocar su manto. Y los ciegos gritaron: "¡Ten piedad de nosotros, Hijo de David!" (Marcos 1:40; Marcos 2:3,4; Mateo 9:27; Mateo 9:20-22). Pero, el sábado, Jesús se presenta sanando a los que no pidieron, a los que no acudieron a Él; más bien, fue en Su camino, en el lugar por donde pasó durante ese día. Veamos algunos ejemplos; tenga en cuenta que, en todos los casos, los enfermos no pidieron curación:

El paralítico en el estanque de Betesda:

"Y hay en Jerusalén, cerca de la puerta de las Ovejas, un estanque, que en hebreo se llama Betesda, el cual tiene cinco pórticos... Y estaba allí un hombre que hacía treinta y ocho años que estaba enfermo. Y Jesús, viéndole acostado y sabiendo que llevaba mucho tiempo en este estado, le dijo: ¿Quieres ser sano? El enfermo le respondió: Señor, no tengo nadie que, cuando se remueve el agua, pueda meterme en el estanque; pero mientras voy, otro desciende delante de mí. Jesús le dijo: levántate, toma tu camilla y anda. Pronto el hombre se recuperó, tomó su cama y se fue.

Y aquel día era sábado" (Juan 5:2-9).

El hombre ciego de nacimiento

"Y al pasar Jesús, vio a un hombre ciego de nacimiento. Y sus discípulos le preguntaron, diciendo: Rabí, ¿quién pecó, éste o sus padres, para que haya nacido ciego? Jesús respondió: Ni él pecó, ni sus padres; pero fue para que las obras de Dios se manifestaran en él... Dicho esto, escupió en la tierra, hizo barro con la saliva y untó con el barro los ojos del ciego. Y él le dijo: Ve, lávate en el estanque de Siloé... Entonces fue y se lavó, y volvió viendo... Y era sábado cuando Jesús hizo el barro, y abrió los ojos" (Juan 9: 1-14).

la mujer encorvada

"Y enseñó el sábado, en una de las sinagogas. Y he aquí, había allí una mujer que hacía dieciocho años que tenía un espíritu de enfermedad; y ella estaba encorvada y no podía enderezarse en absoluto. Y cuando Jesús la vio, la llamó y le dijo: Mujer,

estás libre de tu enfermedad. Y él impuso sus manos sobre ella, y al instante se enderezó y glorificó a Dios". (Lucas 9:10-13).

El endemoniado de Cafarnaum

"Entraron en Capernaúm, y un sábado fue a la sinagoga y enseñaba allí... Y había en la sinagoga de ellos un hombre con un espíritu inmundo, el cual exclamaba, diciendo: ¡Ah! ¿Qué tenemos contigo, Jesús Nazareno? ¿Has venido a destruirnos? Sé quién eres: el Santo de Dios. Y Jesús le reprendió, diciendo: Cállate y sal de él. Entonces el espíritu inmundo, sacudiéndolo y gritando a gran voz, salió de él". (Marcos 1:21-26).

la suegra de pedro

"E inmediatamente, saliendo de la sinagoga, fueron a casa de Simón y Andrés, con Jacobo y Juan. Y la suegra de Simón estaba acostada con fiebre; y luego le hablaron de ella. Luego, acercándose a ella, la tomó de la mano y la levantó; y la fiebre la dejó, y les sirvió". (Marcos 1:29-31).

El hombre con una mano se marchitó.

"Y aconteció que otro sábado entró él en la sinagoga y estaba enseñando; y había allí un hombre cuya mano derecha estaba seca. Y los escribas y fariseos miraban fijamente si le sanaría en sábado... Pero él, conociendo sus pensamientos, dijo al hombre que tenía la mano seca: Levántate y ponte en medio. Y se levantó y se levantó. Entonces Jesús les dijo: Una cosa os preguntaré: ¿Es lícito en sábado hacer el bien o el mal? ¿Salvar la vida o matar? Y mirando a todos alrededor, dijo al hombre: Extiende tu mano. Y así lo hizo, y su mano le fue devuelta tan sana como la otra". (Lucas 6:6-10).

El hombre hidrópico

"Aconteció un sábado que entrando en casa de uno de los principales fariseos para comer pan, ellos lo acechaban. Y he aquí, un hombre hidrópico estaba delante de él. Y hablando Jesús, habló a los maestros de la ley y a los fariseos, diciendo: ¿Es lícito curar en sábado? Ellos, sin embargo, guardaron silencio. Y tomándolo, lo sanó y lo despidió". (Lucas 14:1-4).

Jesús vinculó la curación de las enfermedades físicas con la curación del alma enferma de pecado. Por eso, advirtió a aquellos a quienes devolvía la salud: “no pequen más” (Juan 5:14). La cura para las enfermedades era comparable a la de nuestros defectos de carácter. Y la obra en favor de los que no pidieron representa la obra de santificar a los que no saben pedir. Cuando oramos a Dios, le pedimos lo que creemos que debemos recibir. Y eso no siempre es lo que Él sabe que es mejor para nosotros. Está escrito que “no sabemos qué hemos de pedir como conviene” (Romanos 8:26). Por esta razón, se nos instruye a hacer eco de las palabras de Jesús en nuestras oraciones: “Pero no sea como yo quiero, sino como tú” (Mateo 26:39). Sabiendo cuál es nuestra verdadera necesidad, Dios ha proporcionado una manera de eliminar los defectos que yacen “en la pulpa” de nuestro corazón, nuestras faltas que se nos ocultan, los errores que cometemos por ignorancia. Esta es Su obra de santificarnos. Por supuesto, Él no puede hacer esto sin nuestra autorización, ya que esto sería privarnos del libre albedrío, lo que sería contrario a su propuesta de gobierno. Entonces, Él nos enseña, por Su palabra, que podemos darle nuestra autorización para que Él haga tal obra. Lo damos cuando santificamos el sábado. Y sucede así: santificando el sábado, acompañaremos, por la fe, a Jesús durante el día. Estaremos donde Él vaya: en la iglesia “sinagoga”, y luego estudiando la Palabra con otros, haciendo Sus obras a favor de los necesitados y llevando a los niños a contemplar la naturaleza. Y así como los que estuvieron en Su camino, el sábado, fueron sanados incluso sin pedirlo, nosotros seremos sanados de nuestros defectos de carácter. En otras palabras: seremos transformados, imperceptiblemente, “conformándonos a su imagen”. Así, al final de cada sábado, efectivamente nos santificamos más a los ojos de Dios. Más parecido a Cristo y a Él.

Esto también es comparable a alguien que va al médico para recibir instrucciones para exámenes de rutina y, al examinarlo, le diagnostican una enfermedad que no sospechaba. El médico da la receta adecuada y, si se trata a tiempo, la enfermedad desaparece.

Jesús es el gran Doctor del alma. Tenemos citas, exámenes de rutina, programados con Él todos los sábados. En ellos Él nos examinará y conocerá las faltas que se nos ocultan. Y aplicará la medicina necesaria.

Esta obra continuará hasta el sábado, cuando se completará en la vida de ciento cuarenta y cuatro mil miembros de la iglesia. No serán los únicos salvos, sino los que pasarán por la gran tribulación y, entre todos los salvos en la última generación, recibirán una recompensa especial. El nombre del Padre será puesto en sus frentes (Apocalipsis 1:1). Este nombre representa que experimentarán a Dios sin ver la muerte. Y tendrán un carácter similar al de Cristo: “Estos son los que siguen al Cordero dondequiera que va... no se halló engaño en su boca; porque son irreprochables delante del trono de Dios” (Apocalipsis 14:4, 5). Y una vez que estén listos, Dios permitirá el último conflicto entre las fuerzas del bien y del mal antes del regreso de Jesús. Hablaremos de él en el próximo capítulo.

La Biblia enseña que cuando el carácter de Jesús nazca en los corazones de los miembros de la iglesia, entonces vendrá la tribulación final: “y se vio en el cielo una gran señal: una mujer vestida del sol, con la luna debajo de ella. pies, y una corona de doce estrellas sobre la cabeza. Y ella estaba encinta y con dolores de parto y clamaba con deseos de dar a luz... y dio a luz un Hijo, un hombre que regirá las naciones con vara de hierro; y su hijo fue arrebatado para Dios y para su trono. Y la mujer huyó al desierto, donde tenía un lugar preparado por Dios para ser alimentada allí por mil doscientos sesenta días” (Apocalipsis 12:1, 2, 5, 6).
Traduciendo los símbolos:

Mujer = iglesia:

“Por tanto, el hombre dejará a su padre y a su madre y se unirá a su mujer; y serán dos en una sola carne. Grande es este misterio; Pero digo esto acerca de Cristo y la iglesia”.
(Efesios 5:31, 32).

Hijo que la mujer dará a luz = Cristo naciendo en el carácter de los miembros de la iglesia:

“Hijitos míos, por quienes vuelvo a trabajar hasta que Cristo sea formado en vosotros”
(Colosenses 4:19).

Hijo arrebatado a Dios y Su trono = recompensa destinada a los miembros de esta iglesia triunfante:

“Al que venciere, le concederé sentarse conmigo en mi trono, como yo vencí y me senté con mi Padre en su trono” (Apocalipsis 3:21).

Ahora, juntando las piezas, tenemos revelado el mensaje de Apocalipsis 12:

Una gran señal se vio en el cielo (los habitantes del cielo lo notaron): una mujer... embarazada de dolores de parto (los miembros de la verdadera iglesia luchando en oración y obediencia a Dios para que Cristo terminara de formarse en ellos). Y dio a luz a un Hijo (su carácter llegó a reflejar perfectamente el de Jesús). Y su Hijo fue arrebatado para Dios (en el juicio del cielo se determinó su recompensa - se sentarán en el trono - reinará con Cristo). Y la mujer huyó al desierto, donde tenía un lugar preparado por Dios para ser alimentada por mil doscientos sesenta días (los miembros de la iglesia pasarán por la gran tribulación). Cuando Juan, escritor del Apocalipsis, escuchó “desierto”, seguramente lo asoció con la peregrinación del pueblo de Israel después de su

salida de Egipto. El tiempo del "desierto" estuvo dedicado a la preparación final del pueblo para ocupar la tierra de Canaán. Asimismo, el paso de la iglesia por la tribulación será la fase final de su preparación para el arrebatamiento y la entrada a la herencia eterna prometida por Dios. Nótese que el tiempo del desierto coincide con el reinado de la bestia:

"toda la tierra se maravilló tras la bestia... y adoraron a la bestia... y le fue dada autoridad para permanecer cuarenta y dos meses" (Apocalipsis 13:3-5). Cuarenta y dos meses según el cómputo bíblico (donde un mes vale treinta días) equivalen a mil doscientos sesenta días:

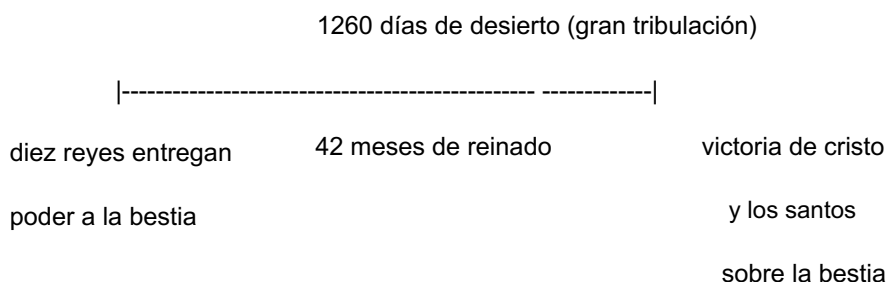
$$42 \times 30 = 1260 \text{ días}$$

* Para confirmar la duración del mes bíblico, compare Génesis 7:24 con 7:11; 8:4 (150 días en 5 meses: 150 dividido por 5 = 30 días).

Y la Biblia enseña que ambos son el mismo período. Cuando terminen los cuarenta y dos meses del reinado de la bestia, terminarán los mil doscientos sesenta días de desierto, y la iglesia vencerá con Cristo:

"Y los diez cuernos que viste son diez reyes que aún no han recibido el reino, pero que recibirán poder como reyes por una hora, junto con la bestia. Éstos tienen la misma intención y entregarán su poder y autoridad a la bestia. Estos pelearán contra el Cordero y el Cordero los vencerá, porque él es Señor de señores y Rey de reyes; Los que están con él, los llamados, los escogidos y los fieles, vencerán" (Apocalipsis 17:12-14).

Lo anterior lo plasmamos en un gráfico, para facilitar la comprensión:



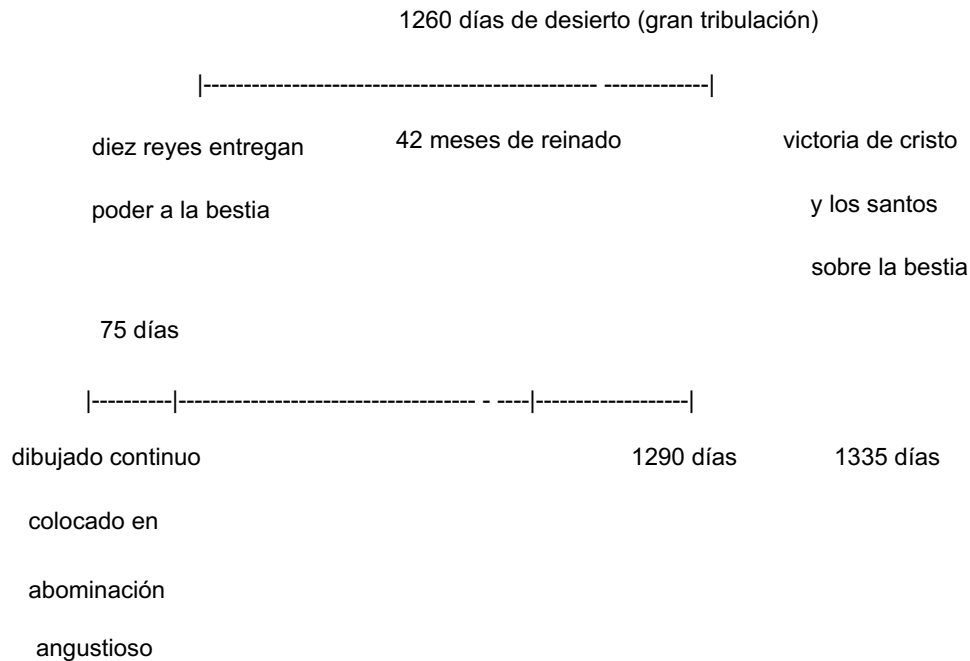
En Su sermón profético, Jesús dijo que la tribulación comenzará cuando "la abominación desoladora de que habló el profeta Daniel esté en el lugar santo... entonces... habrá... gran angustia, como nunca la hubo". (Mateo 24:15, 16, 21). Se refirió a la profecía de Daniel 12: "y desde el tiempo que sea quitada la corona y puesta en lugar la abominación desoladora, habrá mil doscientos noventa días. Bendito es lo que

espera hasta mil trescientos treinta y cinco días” (Daniel 12:11, 12). Este período de tiempo es un poco más largo que el mencionado en Apocalipsis. Ambos períodos terminan juntos, porque es al final de ellos cuando el pueblo de la voluntad será bendito (= feliz), según Daniel, y victorioso sobre la bestia, según el Apocalipsis:

“Bienaventurado el que espera y alcanza los 1335 días” (Daniel 12:12)

“Los que están con Él, los llamados, los escogidos y los fieles, vencerán” (Apocalipsis 17:14)

Por tanto, el gráfico con las dos líneas de tiempo es el siguiente. Tenga en cuenta que los 1260 días comienzan 75 días después de que comienza la cuenta de Daniel:



La Biblia enseña que la abominación desoladora, o “que trae desolación”, es la imposición de leyes relacionadas con la adoración del Sol. Cuando los líderes de Israel fueron vistos por Dios “de espaldas al templo de Jehová. .. por ejemplo .. adoraban al sol”, dijo Dios al profeta: “¿has visto, hijo del hombre? ¿Hay algo más frívolo para la casa de Judá que estas abominaciones que aquí hacen?... Por tanto, procederé con furor; Mi ojo no perdonará, ni tendré misericordia; aunque clamen en mis oídos a gran voz, no los oiré” (Ezequiel 8:16-18). Al profeta Isaías le dijo: “He aquí, Jehová vacía la tierra, la asola, trastorna su superficie y dispersa a sus habitantes... la tierra se lamenta y se seca, el mundo se debilita y se seca... De hecho, la Tierra está contaminada por culpa de sus habitantes, porque transgreden las leyes, cambian los estatutos y rompen el pacto eterno. Por tanto, la maldición consumirá la tierra, y los que en ella habitan serán asolados” (Isaías

Al parecer, hasta el momento tenemos entendido que la crisis final durará 1.335 días. Al final de ellos, Cristo le dará a su pueblo fiel la victoria sobre la bestia y sus aliados. Ya hemos presentado, en los libros anteriores de esta serie, un estudio sobre quién es la bestia y cuál es su marca. Sabemos que la marca de la bestia es la observancia del domingo. Y esto está en línea con lo que estudiamos aquí en este capítulo y el movimiento político-religioso que observamos a nuestro alrededor. Durante los 1335 días, el contraste entre los hijos de Dios y el maligno será revelado por la observancia o no del sábado del cuarto mandamiento. Una clase, aliándose con los poderes de la Tierra, dirigida por la bestia, abrazará el domingo y recibirá la señal o marca de la autoridad humana terrenal, la "marca de la bestia". Mientras tanto, los siervos de Dios tendrán Su señal: "guardarán el sábado... celebrando el sábado por sus generaciones como pacto perpetuo. Entre mí y los hijos de Israel será una señal para siempre; porque en seis días Jehová hizo los cielos y la tierra, y al séptimo día fue restaurado" (Éxodo 31:16, 17).

Durante el período indicado en Daniel 12, Dios permitirá que los malvados tengan poder en sus manos. Satanás tendrá su oportunidad de gobernar el mundo y mostrar plenamente cuáles son los verdaderos frutos de su gobierno. En este momento, debido a esto, los siervos de Dios serán duramente probados: oprimidos, desterrados de la sociedad, calumniados, juzgados, sentenciados a confiscación e incluso a muerte. Pero al final, Dios revertirá -para siempre- la suerte de su pueblo. En una visión profética, Juan vio "a los que salían victoriosos de la bestia, de su imagen, de su marca y del número de su nombre, los que estaban junto al mar de vidrio y tenían las arpas de Dios. "

(Apocalipsis 15:2). "Miré, y he aquí una multitud, que nadie podía contar, de todas las naciones, tribus, pueblos y lenguas, de pie delante del trono y delante del Cordero, vestidos de vestiduras blancas, con palmas en las manos; y clamaron a gran voz, diciendo: La salvación es para nuestro Dios que está sentado en el trono, y para el Cordero... Y uno de los ancianos me habló, diciendo: Estos que están vestidos de vestiduras blancas, que están ellos, y ¿de dónde vinieron? Y yo le dije: Señor, tú lo sabes. Y me dijo: Estos son los que han salido de la gran tribulación, y han lavado sus vestidos y los han emblanquecido en la sangre del Cordero. Por eso están delante del trono de Dios y le sirven día y noche en Su templo; y el que está sentado en el trono los cubrirá. Nunca más tendrán hambre, nunca más tendrán sed; ni sol ni calma caerán sobre ellos, porque el Cordero que está en medio del trono los pastoreará y guiará a los manantiales de las aguas de la vida; y Dios enjugará toda lágrima de sus ojos" (Apocalipsis 7:9-17).

Una vez, Josué, líder de Israel, al ver que se acercaba el día de su muerte, llamó al pueblo con estas palabras: "Ahora pues, temed a Jehová, y servidle con sinceridad y en verdad, y dejad, desechad los dioses a los cuales sirvieron vuestros padres al otro lado del río y en Egipto, y servid a Jehová. Pero si mal os parece servir a Jehová, escoged hoy a quién sirváis: si a los dioses a quienes sirvieron vuestros padres, que estaban al otro lado del río, o a los dioses de los amorreos, en cuya tierra habitáis; pero yo y mi casa serviremos a Jehová" (Josué 24:14, 15).

Hacemos tuyas nuestras palabras para usted, el lector. Teniendo el futuro revelado ante tus ojos, ¿quieres elegir estar entre los siervos fieles, bienaventurados y victoriosos de Dios, guardando el sábado, santificándolo, para recibir su señal de protección y salvación? ¿O deseas tener tu suerte entre aquellos que luchan contra su gobierno y

ley, estableciendo el día pagano, el falso día de descanso? La decisión es tuya. "Todavía queda un descanso para el pueblo de Dios. Porque el que entró en su reposo, él mismo reposó de sus obras, como Dios de las suyas" (Hebreos 4:9, 10). "Pongo hoy por testigos al cielo y a la tierra... que os he puesto delante la vida y la muerte, la bendición y la maldición; Escoge, pues, la vida, para que vivas... amando a Jehová tu Dios, escuchando su voz y acercándote a Él; porque él es tu vida" (Deuteronomio 30:20). Dios te bendiga.

Séptima gran verdad: la vacuna de Jesús contra el veneno más mortífero de Satanás

la primera mentira

Poco después de crear al hombre y a la mujer, Dios les explicó que tenía un adversario, Satanás, que quería destruir sus almas. El árbol de la ciencia del bien y del mal fue colocado como una prueba a través de la cual podían demostrar qué lado elegirían: el de Dios o el de la rebelión. Y añadió: "Comeréis libremente de todo árbol del huerto, pero del árbol del conocimiento del bien y del mal no comeréis; porque el día que de él comierdes, ciertamente morirás" (Génesis 2:16, 17).

En el primer encuentro de la humanidad con Satanás, el contraste entre su gobierno y lo divino fue marcado. Usó mentiras. Usando la serpiente como medio, le dijo a Eva: "¿Es esto lo que dijo Dios: No comerás de todos los árboles del jardín? Y la mujer dijo a la serpiente: Del fruto de los árboles del huerto comeremos; pero del fruto del árbol que está en medio del huerto, dijo Dios: No comerás de él, ni lo tocarás. , para que no mueras. Entonces la serpiente dijo a la mujer: "Ciertamente no morirás".

(Génesis 3:1-4). Eva comió del fruto, se lo dio a Adán y él también comió. Y ambos murieron. La primera pareja descubrió, a través de una amarga experiencia, que Dios había dicho la verdad. Pero dieron crédito a la mentira.

que pasa al morir

Adán se volvió mortal después del pecado. "Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por esto todos pecaron" (Rom. 5:12). Luego no existe ningún hombre inmortal.

El alma del hombre es mortal, ya que todos pecaron y "el alma que pecare, morirá" (Ezequiel 18:20).

La Biblia explica el origen de la vida y lo que sucede en la muerte. Sobre la vida: "Y Jehová Dios formó al hombre del polvo de la tierra y sopló en su nariz aliento de vida; y el hombre se convirtió en alma viviente" (Génesis 2:7). O sea:

polvo de la tierra + aliento de vida (poder de Dios) = alma viviente (hombre viviente)

Y, cuando la persona muere: "el polvo vuelve a la tierra, como era, y el espíritu vuelve a Dios que lo dio" (Ecl. 12:7). Una visita al cementerio, cuando se cavan las tumbas, en nos permitirá confirmar esta verdad. El cadáver se pudre y se convierte en "fertilizante", parte de la tierra. El alma era la unión del aliento de vida y el polvo de la tierra. Cuando el aliento "regresa a Dios" y se separa del polvo, el alma se desmorona. No existe más. Una vez más concluimos que el alma del hombre pecador es mortal.

¿Qué es el "alma" y cuál es su estado después de la muerte?

Dios explica que el alma es la propia vida física de la persona: "Y cualquiera de la casa de Israel o de los extranjeros que moran entre vosotros comiere sangre, yo pondré mi rostro y lo cortaré de su pueblo. Porque el alma de la carne está en la sangre".

(Levítico 17:10, 11). Y, dado que aquellos que, por medio de Jesús, forman un buen carácter, heredarán la vida eterna, Pablo usa la palabra "alma" (vida) para referirse al carácter: "Que el Dios de paz os santifique en todo; y que todo vuestro espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo" (I Tes. 5:23). Por "espíritu, alma y cuerpo" queremos decir: mente, carácter y cuerpo*. En la Biblia, el alma nunca se identifica como una entidad separada del cuerpo humano. Esta enseñanza se origina únicamente en la antigua tradición pagana.

Jesús usó una vez una parábola para ilustrar el hecho de que, después de la muerte, nuestro destino está sellado y no se puede cambiar. Una parábola es una historia ficticia, no real. Algo que no sucedió; sin embargo, se cuenta con el propósito de enseñar una verdad moral. La parábola era la siguiente: "Había entonces un hombre rico, que se vestía de púrpura y de lino fino, y vivía cada día con lujo y esplendor. Había también cierto mendigo llamado Lázaro, que yacía lleno de llagas a sus puertas. Y quería alimentarse de las migajas que caían de la mesa del rico; y los propios perros acudieron a lamerle las heridas. Y aconteció que el mendigo murió y se fue

llevado al seno de Abraham; y también murió el rico y fue sepultado. Y en el Hades alzó sus ojos, estando en tormentos, y vio de lejos a Abraham, y a Lázaro en su seno.

Y clamó y dijo: Abraham, padre mío, ten piedad de mí y envía a Lázaro para que moje la punta de su dedo en agua y refresque mi lengua, porque estoy atormentado en esta llama. Pero Abraham dijo: Hijo, recuerda que recibiste tus bienes en tu vida, y Lázaro sólo males; y ahora él es consolado, y vosotros atormentados. Además, hay un gran abismo entre nosotros y vosotros, de modo que los que querían pasar de aquí a vosotros no pudieron, ni los de allá, pasar hasta aquí. Y él dijo: Por tanto, te ruego, oh padre, que lo envíes a la casa de mi padre, porque tengo cinco hermanos, para que les dé testimonio de que no vengán a este lugar de tormento. Abraham le dijo: Tienen a Moisés y a los profetas; escúchanos. Y él dijo: No, mi padre Abraham; pero si alguno de los muertos viniera a ellos, se arrepentiría. Pero Abraham le dijo: Si no escuchan a Moisés y a los profetas, tampoco creerán, aunque alguno resucite de entre los muertos. (Lucas 16:19-31). La evidencia de que esta historia no fue ni será real proviene de varios detalles. Una persona no puede estar, literalmente, "en el seno" de otra. Y la Biblia enseña que Abraham aún no ha heredado la promesa. En Hebreos, Pablo dice que "Abraham... por la fe habitó en la tierra prometida como en tierra extranjera... porque esperaba la ciudad que tiene cimientos, cuyo arquitecto y constructor es Dios" es decir, la Nueva Jerusalén. Más adelante, Pablo dice que, en su tiempo, Abraham y su descendencia "todos éstos... no recibieron la promesa, disponiendo Dios algo mejor para nosotros, para que sin nosotros no se perfeccionaran" (Hebreos 11:8-10, 39, 40). En otras palabras, Abraham y sus descendientes esperaban a Pablo y a los demás creyentes en Jesús (incluidos nosotros), para que todos heredáramos juntos la ciudad santa. Todavía no han "cumplido la promesa".

Ni Abraham ni el vulgar Lázaro, un personaje inventado de la parábola, están hoy en la bendición.

Respecto al estado de los muertos, y por tanto del alma después de la muerte, la enseñanza bíblica es clara: "los muertos nada saben, ni tienen jamás recompensa, sino que su memoria ha sido relegada al olvido. Aun su amor, su odio y su envidia han perecido y no tienen parte en este siglo, en todo lo que se hace debajo del sol" (Ecles. 9:5, 6). "Así como la nube se disuelve y pasa, así el que desciende al sepulcro nunca más volverá a subir. Nunca volverá a su casa, ni volverá a conocer su lugar" (Job 7:9, 10). "Porque el sepulcro no puede alabarte, ni la muerte glorificarte; Ni los que descienden al abismo esperarán en tu verdad. Los vivos, los vivos, te alabarán como yo hoy" (Isaías 38:18, 19).

David había cometido adulterio y la mujer con la que había estado quedó embarazada. Como castigo por su error, Dios declaró, a través del profeta Natán, que el niño moriría. Así que ayunó y se humilló ante Dios, esperando que la sentencia fuera revertida. Pero cuando oyó que el niño había muerto, "David se levantó de la tierra, se lavó, se ungió, se cambió de ropa, entró en la casa de Jehová y adoró; luego vino a su casa y pidió pan; y le dieron pan, y él comió. Y sus siervos le dijeron: ¿Qué es esto que has hecho? Por el niño vivo ayunaste y lloraste; pero después que murió el niño, te levantaste y comiste pan. Y él dijo: Mientras el niño aún vivía, ayuné y lloré, porque decía: ¿Quién sabe si el SEÑOR tendrá misericordia de mí, y el niño vivirá? Pero ahora que ella está muerta, ¿por qué debería ayunar ahora? Estaré disponible

¿La hago volver otra vez? Yo iré a él, pero ella no volverá a mí” (2 Sam. 12:20-23).

Sin contradecir la enseñanza de toda la Biblia sobre el estado de los muertos, Jesús utiliza la parábola como recurso didáctico una vez más, en el libro del Apocalipsis. Pero allí, en lugar de contar la historia, como lo hizo cuando estuvo en la Tierra, se la presenta en visión al profeta Juan, esto representaba la retribución que Dios dará a los asesinos de los santos y la recompensa que recibirán los mártires en el futuro. El relato sigue: “después de abrir el quinto sello, vi debajo del altar las almas de los que habían sido asesinados por la palabra de Dios y por el testimonio que habían dado. Y clamaron a gran voz, diciendo: ¿Hasta cuándo, oh Santo y verdadero Gobernante, no juzgarás y vengarás nuestra sangre de los que habitan la tierra? Y a cada uno se le dio una túnica blanca, y se les dijo que descansaran todavía un poco de tiempo, hasta que se completara el número de sus consiervos y de sus hermanos que habían de ser asesinados como ellos”.

(Apocalipsis 6:9-11).

Nadie concluirá que el Dios santo, justo y misericordioso arrestará bajo un altar, después de la muerte, a los santos mártires que tanto sufrieron por Él en vida. Lo que la visión revela es que Dios ha determinado un tiempo para dar a los malvados retribución por sus malas acciones. Y, mientras esto no llega, se realiza en el cielo una obra de investigación y juicio, y se determina cuál será la recompensa de los santos cuando resucite. En este caso, se ve que determinó que “reciban túnicas blancas”. La revelación va en línea con otros pasajes que hablan del juicio investigador: “el que venciere será vestido de vestiduras blancas, y no borraré su nombre del libro de la vida; y confesaré tu nombre delante de mi Padre y delante de sus ángeles”. “Por tanto, a cualquiera que me confiese delante de los hombres, yo le confesaré delante de mi Padre que está en los cielos. Pero al que me niegue delante de los hombres, yo también le negaré delante de mi Padre que está en los cielos”. “Y yo os digo que cualquiera que me confiese delante de los hombres, también el Hijo del Hombre se confesará delante de los ángeles de Dios. Pero el que me niegue delante de los hombres, será negado delante de los ángeles de Dios” (Apocalipsis 3:5; Mateo 10:31, 32; Lucas 12:8, 9). Es evidente, por tanto, que las “almas” de los santos que claman bajo el altar son sólo una representación de que Dios no dejará impune el asesinato de sus santos. La enseñanza del Apocalipsis también está en consonancia con la del Génesis, dada en las palabras de Dios a Caín: “Caín se levantó contra su hermano Abel y lo mató. Y Jehová dijo a Caín: ¿Dónde está Abel tu hermano? Y él dijo: No lo sé; ¿Soy el guardián de mi hermano? Y Dios dijo: ¿Qué has hecho? La voz de la sangre de vuestro hermano me clama desde la tierra. Y ahora maldito serás tú desde la tierra, que abrió su boca para recibir de tu mano la sangre de tu hermano” (Gén. 4:8-11). La “voz de sangre” de Abel tampoco es una expresión literal. Al igual que el Apocalipsis, sólo demuestra que el acto no pasó desapercibido para Dios y que Él castigará a los malvados.

*Para conocer la asociación entre “espíritu” y mente, consulte los siguientes pasajes: “Daniel 2:1; 1 Corintios 2:11).

resurrección de los justos

resurrección de los malvados

primera resurrección

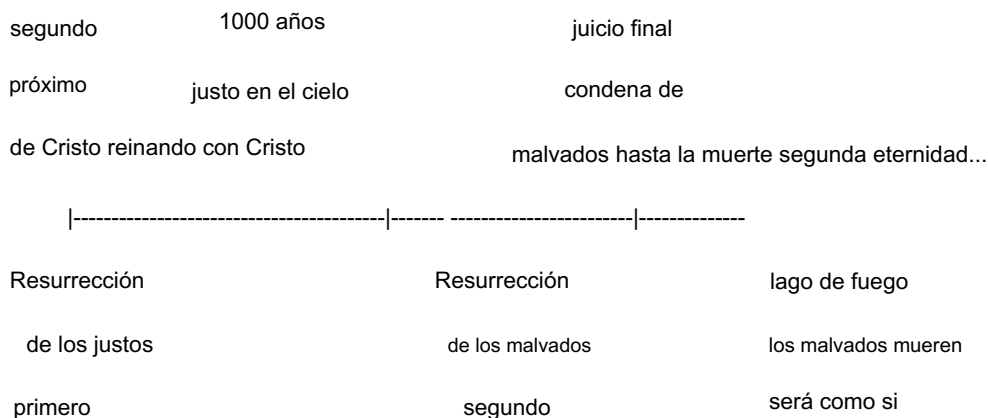
segunda resurrección

Siguiendo tratando el mismo tema, la Biblia añade: "Bienaventurado y santo el que tiene parte en la primera resurrección; La muerte segunda no tiene poder sobre éstos" (Apocalipsis 20:6). A partir de aquí, aprendemos algunas lecciones:

- Si los malvados sufrieron la "muerte segunda" es porque ya experimentaron la "primera".
En otras palabras, morirán dos veces;
- Por tanto, los malvados que ya murieron resucitarán, después de 1000 años, para morir de nuevo.

Después de la resurrección, los malvados recibirán su sentencia. Dice el profeta Juan: "Y vi un gran trono blanco y al que estaba sentado en él, de delante del cual huyeron la tierra y el cielo, y no se encontró lugar para ellos. Y vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie delante del trono, y los libros fueron abiertos. Y se abrió otro libro, que es el de la vida. Y los muertos fueron juzgados por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras. Y el mar entregó los muertos que había en él; y la muerte y el Hades entregaron los muertos que había en ellos; y fueron juzgados cada uno según sus obras. Y la muerte y el infierno fueron arrojados al lago de fuego. Esta es la segunda muerte. Y el que no fue hallado inscrito en el libro de la vida fue arrojado al lago de fuego" (Apocalipsis 20:11-

20). Sobre la muerte segunda, el lago de fuego, está escrito: "porque he aquí, viene aquel día ardiendo como un horno; todos los soberbios y todos los que hacen el mal serán como hojarasca; y el día que ha de venir los prenderá fuego, dice Jehová de los ejércitos, de modo que no les dejará raíz ni rama... Y a los impíos hollarás, porque serán ceniza bajo las plantas de tus pies. pies en el día que yo haré, dice Jehová de los ejércitos" (Mal. 4:1-3). Los malvados no arderán para siempre; "serán como si nunca hubieran sido" (Oba. 1:16)*. A continuación, en forma gráfica, se resume lo que estudiamos sobre las resurrecciones y el destino de los justos y los malvados, para facilitar la comprensión:



Resurrección

Resurrección

nunca tuve

existió

*La explicación detallada sobre el "fuego eterno" se encuentra en el libro 5 de esta serie, titulado: "El Mensaje de los Tres Ángeles".

Dios es Dios de los vivos - una explicación

Vimos la explicación bíblica de que Él considera que los muertos en el Señor están "durmiendo" (Juan 11:11-14; I Tes. 4:13-17). A través del lenguaje, Dios demuestra que, aunque se encuentran en completo estado de inconsciencia y "no tienen parte en nada de lo que se hace debajo del sol", Él los considera herederos de la vida eterna. La respuesta de Jesús a los saduceos demuestra lo mismo: "En cuanto a los muertos que han de resucitar, ¿no habéis leído en el libro de Moisés cómo Dios le habló en la zarza, diciendo: Yo soy el Dios de Abraham, y el ¿Dios de Isaac y el Dios de Jacob? Ahora bien, Dios no es de muertos, sino Dios de vivos" (Marcos 12:25-27). Jesús estaba consciente de que "Abraham expiró y murió" (Gén. 25:8), al igual que Isaac y Jacob, sin embargo, Dios consideró que, aunque durmieron el sueño de la muerte, resucitarían, en su segunda vida, para disfrutar de la eternidad. . Comparado con ella, el tiempo que estuvieran en la tumba sería sólo un breve sueño. Para Dios, quien recibe a Jesús tiene vida eterna, sin importar que pase por el sepulcro (Juan 3:16).

El momento de la muerte será considerado, por la eternidad, sólo como un breve descanso. El alma del pecador es mortal. Sin embargo, "Tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna" (Juan 3:16). El alma que peca, morirá, porque la paga del pecado es muerte; "mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús" (Romanos 6:23). También en este sentido Jesús dijo: "Todo aquel que vive y cree en mí, no morirá jamás" (Juan 5,26). No significa que el creyente nunca irá a la tumba; pero antes, aunque descienda al sepulcro, la vida eterna está asegurada y resucitará el día de la segunda venida de Cristo. Por la fe, si perseveramos hasta el fin, recibiremos nuevamente la inmortalidad. Para Dios, a Abraham, Isaac y Jacob, que murieron en la fe, se les aseguró la promesa de la vida eterna. Entonces, para Él, ambos estaban vivos. Tu despertar es sólo cuestión de tiempo. Cuando suene "la última trompeta" del Apocalipsis, "los muertos resucitarán incorruptibles", es decir, resucitarán con la posesión de la inmortalidad (I Cor. 15:52).

Hablando de la transformación de los cuerpos de los creyentes que ocurrirá durante la segunda vida de Cristo, Pablo dice: "seremos transformados. Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorruptibilidad, y esto mortal se vista de

inmortalidad. Y cuando esto corruptible se vista de inmortalidad, y esto mortal se vista de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: Sorbida es la muerte en la victoria" (I Cor. 15:52-54).

El contraste entre verdad y error

Aunque, como hemos visto hasta ahora, la Biblia explica claramente que el alma es mortal, "la serpiente antigua, que se llama diablo y Satanás, que engaña al mundo entero" (Apocalipsis 12:9), ha insistido en la mentira de que tuvo mucho éxito contra Adán y Eva. A lo largo de todas las épocas de la historia, el conflicto entre el bien y el mal en el planeta Tierra ha insistido en la afirmación: "no moriréis". Al ver los cuerpos de los pecadores descender a la tumba, no se podía hacer creer a los hombres que el "cuerpo humano" no muere. Luego el enemigo refinó su engaño y lo introdujo en el sistema religioso pagano. Se decía que aunque el cuerpo muriera, la vida continuaba, pero en otra forma: en un estado de "alma". De ahí la idea, transmitida hasta nuestros días, de que el alma es inmortal. Las naciones paganas creían que los muertos vivían en un estado diferente y podían comunicarse con ellos. De ahí el desarrollo de la hechicería o nigromancia, el arte de pretender comunicarse con los muertos. Los hechiceros afirmaban ser capaces de "extraer sabiduría" y consejos de los muertos.

Desde que Dios llamó a Abraham e hizo el pacto con él, no hay registro de que algún hombre o mujer entre sus descendientes estuviera involucrado en esta práctica pagana hasta el momento de la llegada de Israel a Egipto. Pero, a medida que el pueblo entró en contacto más estrecho con esta nación pagana, gradualmente asimilaron muchas de sus costumbres. Por eso, cuando los sacó de Egipto y les enseñó su voluntad, Dios les advirtió expresamente contra esta práctica: "no dejaréis vivir a la bruja". "Cuando un alma se vuelva a los adivinos y encantadores, para prostituirse tras ellos, pondré mi rostro contra esa alma y la cortaré de entre mi pueblo". Por lo tanto, cuando algún hombre o mujer tenga espíritu divino en sí o sea encantador, ciertamente morirá; se apedrearán; su sangre está sobre ellos". (Éxodo 21:18; Lev. 20:6, 27). Y, antes de morir, Moisés le hizo entregar Su mandamiento: "Cuando entréis en la tierra que Jehová vuestro Dios os da, no aprenderéis a hacer conforme a las abominaciones de aquellas naciones. No será hallado entre vosotros quien haga pasar a su hijo o a su hija por el fuego, ni adivino, ni pronosticador, ni augurio, ni hechicero, ni encantador de encantamientos, ni quien consulte a un espíritu divino, ni mago, ni cualquiera que consulte a los muertos. , porque abominación es a Jehová todo el que hace tal cosa; y por estas abominaciones el SEÑOR tu Dios las echa fuera de delante de ti. Serás perfecto, como Jehová tu Dios. Porque estas naciones que vais a poseer, escuchad a los pronosticadores y a los adivinos; pero Jehová vuestro Dios no os ha permitido esto" (Deuteronomio 18:9-14).

A pesar de la advertencia de Dios, a lo largo de los siglos los israelitas se vieron, una y otra vez, arrastrados a esta práctica pagana. La reina Jezabel era fanática de la brujería (1 Reyes 9:22). El rey Manasés "fue un augurio, y puso adivinos y hechiceros, y continuó haciendo lo malo ante los ojos de Jehová, para provocarlo a ira" (2 Reyes 21:6).

Dios no dejó de levantar atalayas que, con el tiempo, advirtieron al pueblo contra esta locura. A través del profeta Isaías, dijo: "cuando os digan: Consultad a los adivinos y a los adivinos, que chirrían y murmuran entre los dientes; - ¿No se volverá un pueblo a su Dios? ¿Se preguntarán los muertos a favor de los vivos? ¡A la ley y al testimonio! Si no hablan conforme a esta palabra, nunca verán la aurora" (Isaías 8:19, 20).

Digno de mención especial es el caso de Saúl. La historia sagrada nos hace comprender quiénes se hacen pasar por familiares y amigos fallecidos, y responde a quienes "consultan a los muertos". El profeta "Samuel había muerto, y todo Israel había hecho duelo por él y lo sepultaron... y se reunieron los filisteos, y vinieron, y acamparon en Sunem; y Saúl reunió a todo Israel, y acamparon en Gilboa. Y cuando Saúl vio el ejército de los filisteos, tuvo miedo y su corazón tembló mucho. Y Saúl preguntó a Jehová, pero Jehová no le respondió, ni por sueños, ni por Urim, ni por profetas. Entonces Saúl dijo a sus siervos: Buscadme una mujer que tenga espíritu de bruja, para ir a ella y consultarla. Y sus siervos le dijeron: He aquí hay en Endor una mujer que tiene espíritu de adivinación. Y Saúl se disfrazó y se puso otras ropas, y fue y con él dos hombres, y vinieron a la mujer de noche; y él dijo: Te ruego que me adivines por el espíritu de una bruja, y hazme subir a quien te lo diré" (I Sam. 28:3-8). Aquí está claro que ella no invocaría a Dios ni a nadie de su lado, ya que Él no respondió a Saúl de ninguna manera. El rey buscaba otra fuente de información, distinta a la divina. La historia sigue: "Entonces la mujer le dijo: ¿A quién te llevaré? Y él dijo: Llévame a Samuel... Entonces la mujer dijo a Saúl: Veo dioses que suben de la tierra" (I Sam. 28:11, 13). Nota: el Dios verdadero está en el cielo. Los que vio fueron otros: del diablo. Sigue: "Y le dijo: ¿Cómo es tu figura? Y ella dijo: Se acerca un anciano, y está envuelto

en una portada. Saúl entendió que era Samuel, y se postró rostro en tierra y se postró. Samuel dijo a Saúl: ¿Por qué me has inquietado haciéndome subir? (Yo Sam. 28:14, 15). De aquí ya entendemos que no era Samuel. Era el diablo haciéndose pasar por Samuel. De aquí vemos que la práctica de comunicarse con los muertos pone a los hombres en contacto directo con los demonios. Éstos, contrariamente a la creencia popular, son más inteligentes que los hombres. Puestos así frente a frente con los hombres, pueden engañarlos según su propia voluntad.

La visita de Saúl es comparable a las que tanta gente hace hoy en día a las sesiones espirituales. En ellos, el médium pretende comunicarse con los muertos y obtener de ellos sabiduría. El resultado final de tales encuentros se puede ver en la secuencia de la historia de Saúl: "Entonces Saúl dijo: Estoy muy angustiado porque los filisteos están en guerra contra mí, y Dios se ha apartado de mí y ya no me responde, ni siquiera a través de el ministerio de los profetas, ni por sueños; Por eso te llamé para decirme qué debo hacer. Entonces Samuel dijo: ¿Por qué entonces me preguntas a mí, si Jehová te ha desamparado y se ha vuelto tu enemigo? Porque Jehová ha hecho contigo tal como te había dicho por mi boca, y Jehová ha arrancado el reino de tu mano, y te ha

entregado a tu compañero David. Por cuanto no escuchasteis la voz de Jehová ni ejecutasteis su furor contra Amalec, por eso Jehová hizo esto con vosotros hoy.

Y también entregará Jehová a Israel contigo en mano de los filisteos, y mañana tú y tus hijos estaréis conmigo; y Jehová entregará el campamento de Israel en manos de los filisteos. Y al instante Saúl cayó a tierra, y tuvo mucho miedo a causa de las palabras de Samuel" (1 Sam. 28:15-20).

Dios fue tan enfático en sus órdenes a los israelitas de no tolerar la brujería dentro de los límites de su territorio porque sabía los efectos catastróficos que causaría en quienes la practicaban.

Saúl, ese mismo día, murió en la guerra.

Perdió esta vida y la oportunidad de una vida tierna. Selló su destino perdido, eternamente perdido. Pero eso fue completamente innecesario. Si hubiera obedecido al Señor, creído y confiado en Él, podría haber estado entre los salvos hoy.

Los tiempos han cambiado en muchos aspectos, pero no en la esencia del conflicto entre el bien y el mal. En esta era moderna, Satanás insiste en el mismo engaño. Logró mantener dentro de las creencias de las iglesias cristianas profesas la creencia de que el alma es inmortal. El siguiente paso es hacer que la gente crea que "si los muertos aún viven, ¿por qué no podemos comunicarnos con ellos?" Satanás y sus ángeles pueden transfigurarse fácilmente a semejanza de los que murieron, imitar perfectamente sus voces y gestos, así como presentar detalles muy privados de sus vidas, que casi nadie conocía. De esta manera logran engañar a miles y arrastrarlos a sus filas. Pablo escribió, por inspiración divina: "y no es extraño, porque el mismo Satanás se transforma en ángel de luz" (2 Corintios 2:14, 15). Puede aparecer a los hombres incluso con la gloria de los resplandecientes serafines del cielo. Por lo tanto, tampoco se debe confiar en las apariciones de los ángeles como una señal segura de que su mensaje proviene de Dios. "¡A la ley y al testimonio! Si no hablan conforme a esta palabra, nunca verán la aurora" (Isaías 8:20).

La esencia del espiritismo moderno es la comunicación con los muertos. Y la única defensa contra esto es la verdad que corta el mal de raíz: "los muertos nada saben... y no tienen parte en este siglo, en todo lo que se hace debajo del sol" (Eclesiastés 9:5, 6). Por tanto, no tiene sentido intentar comunicarse con ellos. La creencia bíblica de que el alma es mortal daña las bases del espiritismo y las derriba. Y la doctrina de la inmortalidad del alma, sostenida por tantas iglesias cristianas, es la que abre la puerta al error del espiritismo, que no es más que una antigua hechicería, cubierta con una capa de modernidad. ¿Quién no ha oído hablar de las "apariciones de los santos"? ¿Has notado cuánto crédito se les da? Pero la enseñanza bíblica de que "los muertos no saben nada" socava la afirmación divina de tales apariciones. Muestra que no vienen de Dios. Ningún hombre o mujer, por muy correcta que haya sido su vida en el pasado, volverá a trabajar por la salvación de esta generación de personas.

Jesús enseñó esto a través de la parábola del hombre rico y Lázaro, que ya hemos cubierto en este libro. Al final, leemos la petición del rico a Abraham, para que Lázaro regrese de entre los muertos y avise a sus familiares: "Te ruego, pues, padre, que lo envíes a casa de mi padre, porque tengo cinco hermanos, para que deis testimonio de ellos, para que ellos también no vengan a este lugar de tormento. Abraham le dijo: A Moisés y a los

profetas; escuchanos. Y él dijo: No, Abraham mi padre; pero si alguno de los muertos viniera a ellos, se arrepentirían. Pero Abraham le dijo: Si no escuchan a Moisés y a los profetas, tampoco creerán, aunque alguno resucite de entre los muertos. (Lucas 16:27-31).

No podemos determinar por qué medios Dios debería trabajar con nosotros o con nuestros seres queridos para inducirlos al arrepentimiento. Es Él quien elige. Jesús dijo: "Escudriñáis las Escrituras, porque creéis que en ellas tenéis vida eterna, y ellas son las que dan testimonio de mí" (Juan 5:39). Son "las santas letras, que te pueden hacer sabio para la salvación por la fe en Cristo Jesús" (2 Tim. 3:15). Si queremos ser salvos, debemos estudiar profundamente la Biblia por nosotros mismos. Nuestro esfuerzo debe ser proporcional al valor del premio ofrecido: la vida eterna. Cuando estudiamos, debemos pedirle a Dios en oración que nos conceda Su espíritu y nos ayude a entenderlo correctamente. Así, no sucederá, como muchos dicen, que "de ella tomaremos nuestra interpretación, como cada uno puede tomar la suya", de la Biblia.

Al contrario, encontraremos en él una verdad, la transmitida por Dios en su palabra. Esta es una verdad que también encontrará todo aquel que estudie pidiendo la guía divina. Así, todos serán guiados por Dios por el mismo camino. Porque "Dios no es Dios de confusión" (I Cor. 14:33). Las diferentes iglesias no tienen ni pueden tener razón todas, ya que sus credos son muy discordantes. Cada persona sólo puede tener razón en la medida en que lo que predica esté acorde con lo que dice la Biblia.

Volviendo al tema de los muertos y concluyendo, contrariamente a otra enseñanza popular del espiritismo, la Biblia dice que, después de la tumba, no reencarnarán en otro cuerpo. Dios dice que "está establecido que los hombres mueran una sola vez, y después vendrá el juicio" (Heb. 9:27). Es en esta vida donde cada uno sella su destino. Nadie tendrá una segunda oportunidad.

En los últimos días

Dios enseña que continuará el conflicto entre la verdad sobre los muertos y el error de la inmortalidad del alma, el espiritismo y la brujería. Las trompetas del Apocalipsis son revelaciones sobre los últimos acontecimientos antes de que termine la gracia de Dios hacia los hombres. El revelador dice: "y vi a los siete ángeles que estaban de pie delante de Dios, y les fueron dadas siete trompetas... y los siete ángeles que tenían las siete trompetas, se prepararon para tocarlas" (Apoc. 8: 2, 6) . La Biblia enseña que, después del toque de la séptima y última trompeta, Jesús regresará: "todos seremos transformados, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque sonará la trompeta, y los muertos resucitarán incorruptibles, y nosotros seremos transformados" (1 Cor.

15:51, 52). Entonces no habrá más gracia para los hombres. La última oportunidad será durante el sonido de la sexta trompeta. Y se nos revela qué clase de personas no aprovecharán, perdiendo su última oportunidad de heredar el cielo: "y los sextos ángeles tocaron la trompeta, y oí una voz que salía de los cuatro cuernos del altar de otro que estaba delante de Dios, el cual dijo al sexto ángel que tenía la trompeta: Suelta los cuatro

ángeles... y fueron soltados los cuatro ángeles que estaban preparados para la hora, y el día, y el mes, y el año, para matar la tercera parte de los hombres... y los demás hombres, que no fueron muertos por estas plagas, no se arrepintieron de las obras de sus manos, para no adorar a los demonios... y no se arrepintieron de sus homicidios, ni de sus hechicerías” (Apoc. 13-15, 20).

Al describir el cielo nuevo y la tierra nueva que Dios formará para que habiten los santos, Juan escribe, por mandato de Jesús: “en cuanto a... los hechiceros y los idólatras... su parte será en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda”. (Apocalipsis 21:8). Y añade: “Bienaventurados los que guardan sus mandamientos, para tener poder en el árbol de la vida y entrar por las puertas en la ciudad. Quedarán fuera... los hechiceros” (Apoc. 22:14, 15).

Al revelar el futuro de antemano, Dios busca impedir nuestra ruina, garantizando nuestra salvación. La elección nos pertenece a nosotros. ¿De qué lado nos gustaría estar? Elige la vida hoy, para vivir. Si hasta ahora has creído en el error, tienes la oportunidad de abandonarlo y elegir la verdad, para la salvación de tu alma. Jesús te ayudará. Murió por todos, incluido usted. no importa qué tan lejos hayas llegado eventualmente en el camino del enemigo. No importa si hiciste un pacto con él. En Jesús todo esto se rompe. Su sangre rompió las cadenas que unían a todos los seres humanos a Satanás. Y, aun respecto de aquellas que no fueron sus ovejas, pero hoy lo eligen, dice: “Aún tengo otras ovejas que no son de este redil; También me conviene recogerlos, y oirán mi voz, y habrá rebaño y pastor... no perecerán jamás, y nadie los arrebatará de mis manos. Mi Padre, que me lo dio, es mayor que todos; y nadie puede arrebatarlas de las manos de mi Padre” (Juan 10:16, 28, 29). Por tanto, que todos elijamos a Jesús, hoy y todos los días de nuestra vida, renunciando al error, para la salvación total y completa de nuestras almas.
¡Amén!

Dios te bendiga.

Anexo 1

Muebles del Lugar Santo

El lugar "Santo", donde Jesús comenzó a ministrar cuando ascendió al cielo, tenía tres muebles: el candelero de oro, la mesa de los panes de la proposición y el altar del incienso (Heb. 9:2; Éxo. 30:1-3). Ahora nos centraremos en estudiar el significado de estos muebles para tener una mejor comprensión del santuario celestial y el plan de salvación.



Figura 1 - Vista superior del compartimento Santo, que contiene el candelabro (a la izquierda), con siete lámparas; el Altar del Incienso (parte superior de la figura), con dos varas portantes, y la mesa de los panes de la proposición (a la derecha), también con dos varas portantes.



Figura 2 – La Lámpara Dorada

Una descripción detallada del candelero de oro se encuentra en Éxodo 25:31-39. Corresponde a los siete candeleros del verdadero santuario en el cielo. Jesús dijo que estos representan las siete iglesias presentadas en Apocalipsis: “los siete candeleros que viste, son las siete iglesias”. Apocalipsis. 1:20. El número siete representa la totalidad en la Biblia. La semana completa tiene 7 días. Asimismo, los siete candeleros representan la totalidad de los miembros de la verdadera iglesia de Dios en la tierra.

Las siete lámparas de la lámpara se mantenían encendidas constantemente, siendo alimentadas con el aceite, aceite, que fluía por los tubos de la lámpara: “Y habló Jehová a Moisés, diciendo: Manda a los hijos de Israel, que os traigan aceite de oliva. , puro, batido. , para la lámpara, para encender las lámparas continuamente”. (Levítico 24:1, 2). Así como la lámpara debe ser alimentada siempre con aceite para que sus lámparas permanezcan encendidas, la iglesia debe ser alimentada siempre con el Espíritu Santo de Cristo, para que brille en buenas obras. Jesús, utilizando el simbolismo contenido en el candelero, dijo: “Así brille vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos”. Mateo 5:16.

En el santuario de la tierra, la responsabilidad de alimentar la lámpara con aceite y mantener las mechas de tal manera que las lámparas estuvieran siempre encendidas era responsabilidad del sumo sacerdote: “Aarón las pondrá en orden delante de Jehová continuamente, desde desde la tarde hasta la mañana, fuera del velo del Testimonio, en la tienda de reunión; Estatuto perpetuo es por vuestras generaciones” (Levítico 24:3). Así también, Jesús, nuestro verdadero Sumo Sacerdote, constantemente nos envía Su Espíritu e intercede en nuestros corazones para que no rechacemos Su guía; y cooperemos con Él, para que Su Espíritu nos impulse a hacer buenas obras: “si sois guiados por el Espíritu, no estáis bajo la ley... el fruto del Espíritu es: amor, gozo, paz, paciencia, bondad, bondad, fe, mansedumbre, templanza. Contra tales cosas no hay ley.” (Gálatas 5:18, 22, 23).

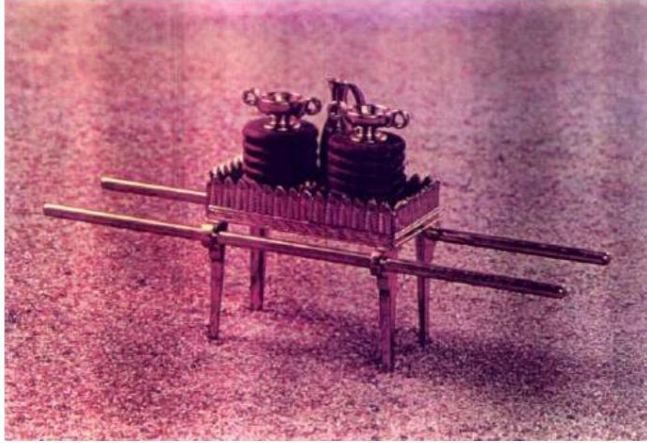


Figura 3 – la mesa del pan de la proposición

Mesa de pan de la proposición. Encontramos una descripción detallada de esta tabla en Éxodo 25:23-30. Estaba hecho de madera satinada, recubierta de oro puro, y en el borde tenía una corona tallada. La Biblia compara a las personas con los árboles. Hablando de lo que haría con cada clase de hombres, el Señor dijo: “Así sabrán todos los árboles del campo que yo, el SEÑOR, corté el árbol alto, levanté el árbol bajo, sequé el árbol verde y sequé el árbol verde. , e hizo crecer de nuevo el árbol seco” (Ezequiel 17:24). La madera seca satinada cubierta de oro, que compone la mesa, representa a los hombres privados del Espíritu Santo de Dios que, mediante una fe preciosa como el oro, lo reciben y luego caminan en santidad: “para que la prueba de vuestra fe, mucho más precioso que el oro que perece y es probado por el fuego, sea hallado en alabanza, honra y gloria en la revelación de Jesucristo” (I Pedro 1:7). La corona representada en los bordes de la mesa es un símbolo de victoria, como dice Jesús: “sed fieles hasta la muerte, y yo os daré la corona de la vida” (Apoc. 2:10). Vemos, por tanto, que la mesa también representa la iglesia de Cristo, formada por personas que, por la fe como el oro, son victoriosos y herederos de la vida eterna según la promesa del evangelio.

Observe en la figura que el tablero de la mesa tiene forma rectangular. Según el texto de Éxodo 25, el ancho era de un codo y el largo de dos: “Harás también una mesa de madera satinada; su largo será de dos codos, y su ancho de un codo” (Éxodo 25:23). Un tablero de madera, que representa a los hombres, con estas dimensiones, también tiene un significado. El “codo” era una unidad utilizada para medir la longitud, y equivalía a la medida del antebrazo, tomada desde el codo hasta la punta del dedo medio de la mano. Se basaba en el tamaño de cada hombre, por eso la Biblia llama al codo medida de un hombre: “Y midió su muro, ciento cuarenta y cuatro codos, según la medida de un hombre” (Apoc. 21:17). El tablero de la mesa estaba formado por una

conjunto de tablas satinadas y, por tanto, representa a un determinado número de personas. De ancho, era un codo, la medida de un hombre, y por tanto representa un grupo de hombres. Sin embargo, la longitud de la mesa era de dos codos, lo que representa dos grupos. Estos son los dos grupos de creyentes que se unieron como resultado del sacrificio de Jesús:

Judíos y gentiles. Ambos son parte de la misma tabla, del mismo cuerpo de Cristo, formando un todo unido: “Porque él es nuestra paz, que hizo uno de ambos pueblos... para crear en sí mismo un solo y nuevo hombre de los dos, haciendo la paz”. , y, por medio de la cruz, reconciliar a ambos con Dios en un solo cuerpo, haciendo morir con él sus enemistades”. (Efesios 2:14-16). Tanto judíos como gentiles llegan a Dios por el único medio: la fe en el Cordero de Dios, que murió por todos.

Sobre la mesa había doce hogazas de pan. Fueron llamados los panes de la presencia, o panes continuos: “Extenderán también un paño azul sobre la mesa de la demostración... y sobre ella estará el pan continuo”. (En uno. 4:7). En la Biblia, el pan representa al grupo de creyentes en la verdadera iglesia – el cuerpo de Cristo: “Porque nosotros, siendo muchos, somos un solo pan y un solo cuerpo”. (I Corintios 10:17). Los doce panes representaban las doce tribus de Israel, el pueblo de Dios, y el hecho de que sean “panes de la presencia” significa que la verdadera iglesia de Dios vive continuamente en la presencia divina, por la fe. Las doce tribus de Israel, al igual que los doce apóstoles, representan doce conjuntos diferentes de temperamentos que pueden tener los seres humanos. Esto nos lo revela un estudio del temperamento de cada uno de los hijos de Jacob, de donde se originaron las doce tribus, y también de los doce discípulos de Jesús. La ciencia hoy admite la existencia de doce combinaciones de distintos temperamentos en la humanidad. El hecho de que los doce panes estén siempre en la presencia de Cristo, en el santuario, muestra que hay personas de todos los temperamentos que pertenecen a la verdadera iglesia y que, aunque físicamente están en esta tierra, viven en la presencia de Cristo por la fe. Esta es la prueba dada por el cielo de que, no importa el temperamento que poseas o cuán desventajosa pueda parecer tu posición en relación con los demás, puedes, como ellos, caminar en la presencia de Cristo, y como Él caminó –

simplemente usa Su poder. Note también, en la figura, que los doce panes estaban dispuestos en dos columnas de seis panes: “Tomarás también flor de harina y cocerás con ella doce tortas; cada torta serán dos diezmos. Y los pondrás en dos hileras, seis en cada hilera, sobre la mesa pura delante de Jehová. Levítico 24:5, 6. La división de los panes en dos confirma la verdad ya vista al estudiar las dimensiones de la mesa: se representan dos clases como pertenecientes a la iglesia: judíos y gentiles. A través de este simbolismo, vemos que Dios no mira a judíos y gentiles con distinción, como muchos predicán hoy: ambos tienen acceso a Él de la misma manera –a través de la fe; y los creyentes, judíos y gentiles, son hoy objeto de igual cuidado de su parte: “porque no hay diferencia. Porque todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios... ¿Es Dios sólo los judíos? ¿Y no ocurre lo mismo con los gentiles? También de los gentiles, ciertamente. Si Dios es uno que justifica por la fe la circuncisión y por la fe [es decir, igualmente por la fe] la incircuncisión”. “Este misterio fue manifestado por revelación... a saber, que los gentiles son coherederos y del mismo cuerpo, y participantes de la promesa en Cristo por el evangelio” (Ro. 3:22, 23, 29, 30; Efesios 3:3, 6).

Nótese que los textos en los que encontramos el significado espiritual del santuario celestial son de los escritos de Pablo, en este caso los Romanos y Efesios. Jesús le permitió a Pablo entender cuál sería la situación de los gentiles que aceptaran el evangelio ante Dios, y también cómo Él los consideraba. ¿Cómo llegó Pablo a entender estas cosas?

Nos dimos cuenta de que lo que predicaba no era más que una verdad espiritual resultante de una comprensión correcta del simbolismo del santuario. Pablo era judío; por eso conoció el santuario en la tierra, copia del cielo, y lo estudió.

De lo que hemos visto hasta ahora, concluimos que Jesús le dio a Pablo una revelación sobre las verdades reveladas por el simbolismo del santuario, respecto a la posición y privilegios de los gentiles que creerían.

Respecto a los panes, también está escrito: “Y será de Aarón y de sus hijos quienes lo comerán en el lugar santo, porque es cosa santísima”.

(Levítico 24:9). Estas palabras muestran cómo Dios considera a su iglesia en la tierra: “una cosa santísima”. Una reflexión constante sobre ellas llevaría a los creyentes de hoy a comportarse con mucha más prudencia incluso en las cosas cotidianas, procurando siempre asegurarse de hacer la voluntad de Cristo.

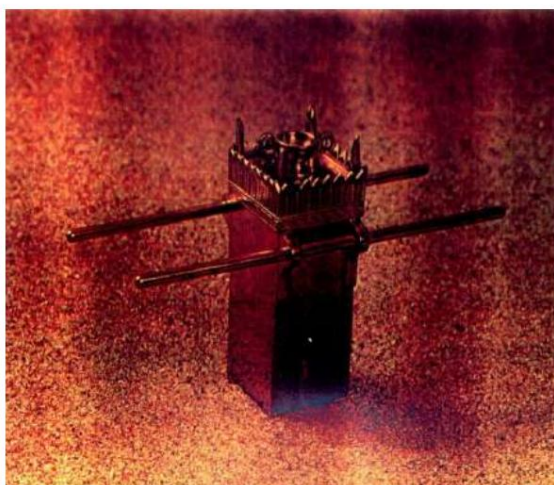


Figura 3 – el altar del incienso

Altar de incienso. Una descripción detallada del altar del incienso se encuentra en Éxodo 30:1-8. Estaba hecho de madera satinada, recubierto de oro puro y tenía una corona tallada alrededor de los bordes. La madera representa al hombre, el oro que la recubre es la fe mediante la cual sale victorioso y obtiene la corona, tallada en los bordes. Era cuadrado y medía un codo de ancho por un codo de largo. El codo era la medida de un hombre.

El altar representaba entonces a un hombre, Jesucristo, un hombre como nosotros, que por fe perfecta, como el oro, en Su Padre celestial, derrotó a Satanás, obteniendo la corona de la victoria, y hoy está ante Dios.

El altar del incienso era el mueble que estaba más cercano al lugar santísimo, donde se manifestaba la presencia de Dios. Sobre él, el sacerdote hacía subir el humo del incienso, el cual tenía un olor agradable, que vencía el desagradable olor de la sangre que era rociada por el sacerdote sobre la cortina o velo, conteniendo simbólicamente los pecados confesados. Así también Cristo presenta nuestras oraciones a Dios en el altar del incienso, mezclando su justicia con el olor desagradable de nuestros pecados (Heb. 9:5-9). Esta justicia corresponde a los 33 años de perfecta obediencia a la ley de Dios, que Él, como hombre nacido con tendencias al pecado como nosotros, nacido de una pecadora, María, vivió en esta tierra.

Nuestras oraciones son agradables en el cielo y pueden ser contestadas por Dios por los méritos de esta victoria obtenida por Jesús. Al presentarlo, como nuestro Sumo Sacerdote, este registro de Su vida de obediencia, Satanás queda avergonzado y nuestras oraciones son contestadas según la voluntad de Dios.

Al describir esta obra de Jesús, el Apocalipsis revela: "Y vino otro ángel y se puso junto al altar, teniendo un incensario de oro; y le dieron mucho incienso, para poner con las oraciones de todos los santos sobre el altar de oro que está delante del trono. Y el humo del incienso subió con las oraciones de los santos de la mano del ángel delante de Dios". (Apocalipsis 8:3). Dado que el altar representa a Cristo, sabemos que también representa: "Su cuerpo, que es la iglesia" (Col. 1:24).

El lugar mas santo

"Pero más allá del segundo velo estaba el tabernáculo que se llama el Lugar Santísimo, el cual tenía el incensario de oro y el arca del pacto cubierta de oro por todas partes, en la cual estaba un vaso de oro que contenía el maná, y la vara de Aarón, que tenía reverdecido, y las tablas del pacto; y sobre el arca estaban los querubines de gloria, que hacían sombra al propiciatorio" (Heb. 9:3-5).